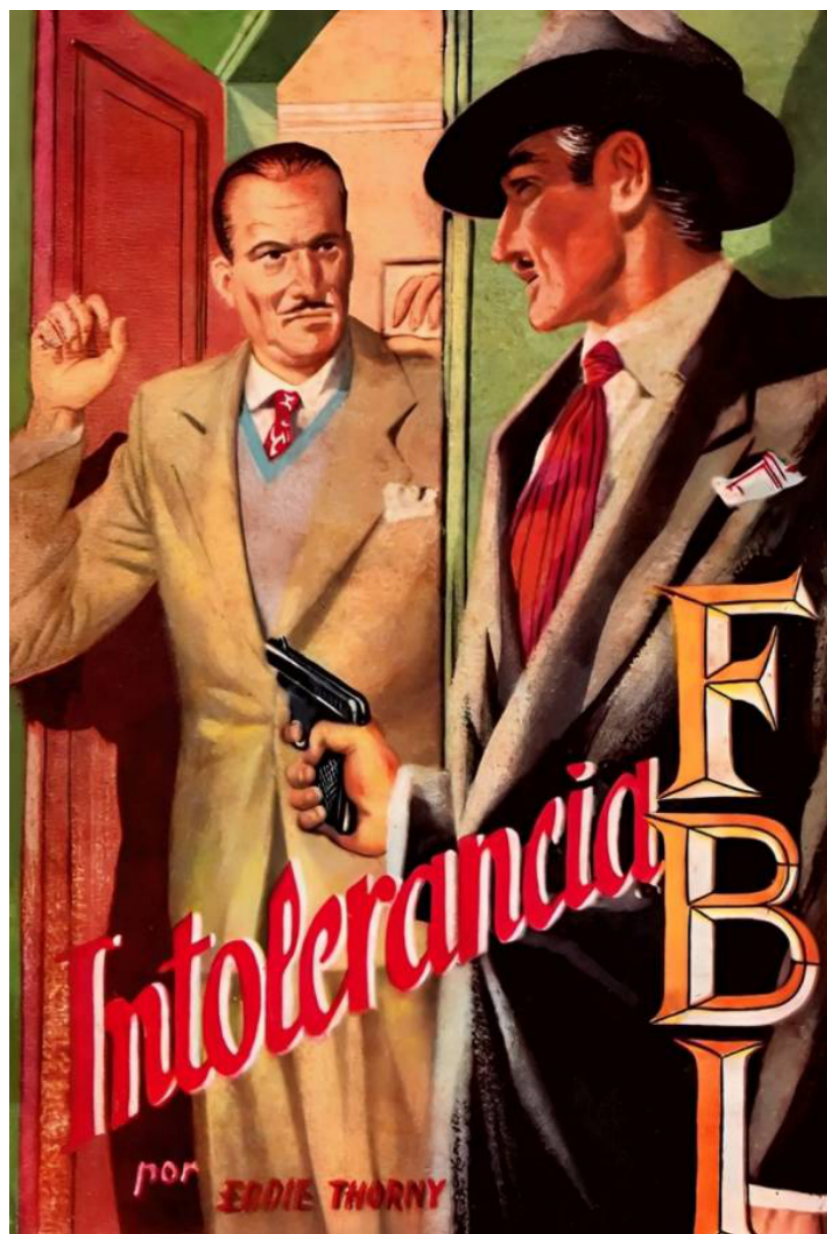




INTOLERANCIA

EDDIE THORNY



EDDIE EDDIE

INTOLERANCIA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1)
2. La hora gris (4.ª ed.) (1)
3. El Rey del Hampa (4.ª edición) (2)
4. El cobarde (3.ª ed.) (1)
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3)
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición) (1)
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición) (2)
8. La ruta de la locura (2.ª edición) (3)
9. A la ofensiva (2.ª edición) (4)
10. La redada (2.ª ed.) (5)
11. Shanghai (3.ª ed.) (1)
12. Guerra de gangsters (2.ª edición) (2)
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5)
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6)
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7)
16. Tánger (3.ª ed.) (1)
17. ¡Tráidori! (2.ª ed.) (6)
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición) (4)
19. Alta traición (2.ª ed.) (2)
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1)
21. El delator (6)
22. Armonías de muerte (3)
23. Destinos cruzados (1)
24. Persecución (6)
25. Una ciudad abierta (4)
26. Horas trágicas (7)
27. La muerte alada (8)
28. Doctor X (1)
29. El coloso de hierro (5)
30. Trampas mortales (5)
31. Contrabando funesto (5)
32. Nueva York-San Francisco (7)
33. Entre rejas (1)
34. Muerte en el Caribe (6)
35. Secuestro (5)
36. El dueño del mundo (4)
37. Hermano contra hermano (7)
38. Filibusteros modernos (2)
39. Palestina en llamas (3)
40. La ley del terror (3)
41. A la desesperada (5)
42. La promoción de la muerte (6)
43. Tinieblas (1)
44. Espías en la noche (2)
45. Fidelidad (6)
46. Sin cuartel (7)
47. Armour, expulsado (5)
48. La huida de Varká (3)
49. La Maffia (1)
50. Alaska, final de ruta (3)
51. Tras el telón de acero (6)
52. Gangsters de guante blanco (9)
53. ¡Acusado! (7)
54. Misterio en Viena (5)
55. El genio del mal (6)
56. Hombres armados (10)
57. Pavorosa elección (5)
58. La bestia escarlata (3)
59. Huellas de ultratumba (11)
60. S. O. S. (6)
61. Billetes malditos (8)
62. Caminos de perdición (13)
63. Camaradas enemigos (3)
64. A la deriva (6)
65. ¡Odio! (1)
66. Cita de madrugada (3)
67. «Killers» a sueldo (5)
68. Muerte en el atardecer (4)
69. Loup-Garou (3)
70. Punto final (5)
71. ¡Mirad a las sombras! (6)
72. Entre esas brumas... (6)

73. Tortura (18).
 74. El confidente (8).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Codicial! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (8).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Tralción sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (6).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Casa mayor (4).
 99. La muerte falsifica dóla-
 res (18).
 100. Yo, director del F. B. I.
 (1) (2.ª edición.)
 101. De Harward a Quantico
 (16).
 102. El asfalto rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown
 (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York
 (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección 20.
 114. El misterio de los locos
 del aire (21).
 115. El hombre de Whitecha-
 pel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125. Fidelidad, Bravura, Inte-
 gridad (3).
 126. La ciudad prohibida (2).
 127. Fatalidad (6).
 128. Escalera de color (18).
 129. La muerte blanca (15).
 130. Ojo siniestro (3).
 131. El espectro del pasado
 (25).
 132. Club nocturno (8).
 133. Persiguiendo cadáveres
 (26).
 134. Prisión de oro (4).
 135. Pasión inmortal (1).
 136. ¿Volverá O'Regan? (5).
 137. Cubil de alimañas (17).
 138. La aventura de Harris
 (3).
 139. Ratas del puerto (27).
 140. Billeto para la eternidad
 (4).
 141. El triunfo de los mejores
 (21).
 142. Al final, la muerte (5).
 143. La encrucijada sangrien-
 ta (28).
 144. Horas eternas (3).
 145. Buck «Parabellum» (17).
 146. El hombre de la cámelia
 escarlata (1).

EN PREPARACION:

Actuación extralegal

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) André O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wan- | (21) Fel Marly. |
| (5) O. C. Tavin. | ton. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alor Benet. | (14) F. N. Graw. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (15) Robert Deaf. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (16) Alan Carson. | (25) Joseph Tell. |
| (9) J. L. Marjia. | (17) Alu Corfrea. | (26) Ned Ryman. |

I

ODIOS DE RAZA



UANDO el autobús abandonó la costa el calor se hizo más insoportable. Eran las doce de un día caliginoso de agosto; el sol caía de plano, la tierra despedía fuego y los viajeros, amontonados en el interior del vehículo sudaban copiosamente. Mientras marcharon paralelos a la playa una ligera brisa marina alivió sus torturas; pero ahora, cruzando las tierras bajas y pantanosas del interior, la atmósfera se había tornado irrespirable.

—Esos malditos negros huelen que apestan —gruñó un tipo gordo, sentado cerca del conductor, secándose la frente con un pañuelo y dirigiendo una mirada rencorosa hacia el asiento posterior, donde se apretujaban nueve o diez individuos de color.

—Sobre todo en agosto —replicó otro—. Debían prohibirles que se mezclaran con las personas.

Varios pasajeros blancos les hicieron coro. Eran buenas gentes, empleados, campesinos, viajantes de comercio o simples turistas. La mayoría se sentían totalmente incapaces de pegar a un perro o a un caballo. Pero ni a los caballos ni a los perros se les ocurría compararse con las personas ni hablar de igualdad de derechos. Y era esto, precisamente esto, lo que estaban haciendo los negros; sobre todo desde que a Traman se le ocurrió combatir la discriminación racial durante su campaña presidencial de 1948.

—Todas las gentes huelen cuando sudan —murmuró, entre dientes, uno de los negros—. Incluso los blancos.

Estaba bebido, indudablemente; de no estarlo, no se hubiera atrevido a expresarse en tales términos. Por fortuna, nadie entendió sus palabras. De cualquier forma tres o cuatro rostros airados se volvieron hacia él, y el pasajero gordo hizo ademán de levantarse dispuesto a castigar su insolencia. El conductor quiso evitar incidentes desagradables.

—Haga el favor de sentarse, caballero. Y tú, moreno: cierra el pico. Si vuelvo a oírte otra palabra, te quedas en tierra.

—He pagado mi billete y tengo derecho a ir en el autobús.

—Pero no a rebuznar en él, convirtiéndolo en una cuadra. ¿Entendido? Si te oigo rechistar, te tiro por la ventanilla.

El negro quiso contestar algo, pero sus hermanos de raza le obligaron a callar. No resultaba conveniente enfrentarse con los blancos. Eran los más, se indignaban con facilidad y los jueces les daban siempre la razón. Allá, en las grandes ciudades industriales del Norte —en Detroit o Chicago, Pittsburgh o New York—, acaso fuera un hecho la igualdad de todos los ciudadanos ante la Ley, con indiferencia del color de su piel. Aquí, en el Sur, no. Ni siquiera en Florida, que tenía un gobernador demócrata y un tanto demagogo.

—Se gana más sonriendo que armando escándalos. Sólo conseguirías que te sobasen la piel.

El joven negro que había iniciado el alboroto dio con un gruñido su asentimiento al consejo de la oronda matrona de color que viajaba a su lado. Sin embargo, en el fondo estaba más irritado que nunca. Los años de guerra primero y los de la postguerra después, habían colocado en muy segundo plano el problema racial. En la lucha, valía tanto un soldado negro como otro blanco; en la paz insegura que siguió a la contienda, a las chicas alemanas, francesas,

austriacas o italianas no les molestaba que les acompañase un hombre de piel oscura... siempre que llevase dólares en la cartera y unos paquetes de «Camel» o «Lucky» en los bolsillos.

Aunque nacido en el Sur, todos aquellos años habían hecho olvidarse a Dan del abismo que le separaba de los blancos. Ni siquiera lo recordó por completo cuando, al licenciarse, empezó a trabajar en una factoría de Toledo (Ohio). Llegó a soñar que la vieja línea divisoria entre ambas razas se había esfumado por completo, hasta que tuyo la malhadada ocurrencia de ir a visitar a su madre, enferma, en un pueblecito del sur de Florida. Allí la realidad se impuso con fuerza arrolladora. Los viejos prejuicios raciales seguían en pie con la misma virulencia de siempre; incrementados quizá por la elevación económica y cultural de la gente de color.

—Estamos en Palatka, señores. Pararemos quince minutos para que puedan comer algo; pero no se descuiden, porque vamos retrasados.

Como de costumbre, el autobús se había parado delante del Arlington Hotel. Todos los pasajeros se apearon con rapidez. Los últimos en hacerlo fueron, naturalmente, los negros. Dan no tenía hambre, pero sí sed. Había agotado el contenido de la botella comprada en Daytona y quería seguir bebiendo. Se dirigió al salón del Arlington y se detuvo vacilante en la puerta. Un letrero bien visible advertía que estaba prohibida la entrada a las personas de color.

—Dos manzanas más abajo tienes lo que buscas, moreno. Date prisa, si no quieres quedarte en tierra.

Cuando Dan volvió, llevaba unos cuantos vasos de «*whisky*» más en el cuerpo y había aumentado su mal humor. El autobús estaba a punto de partir. Encontró el asiento trasero totalmente ocupado, porque en Palatka habían subido tres negros más.

—Tendrás que ir de pie, amiguito —le dijo el conductor.

—No —protestó Dan—. He pagado un asiento, y quiero ir sentado.

—¡Pues si no te callas la boca, no irás de ninguna manera, porque te echaré a patadas!

Parecía dispuesto a cumplir su amenaza. El alcohol ingerido se le subió a Dan a la cabeza. Colérico, hizo frente al conductor, chillando:

—¡Ladrones! Todos los blancos son unos...

Antes de terminar la frase tenía la boca aplastada y había perdido tres dientes. Intentó defenderse, pero no consiguió nada. Cinco o seis viajeros blancos secundaban al conductor. El pobre negro recibió veinte puñetazos por cada uno que consiguió asestar a sus adversarios. Un instante miró suplicante a las gentes de color que se apretujaban en el asiento posterior. Pero sus hermanos de raza, amedrentados por siglos de esclavitud, no se hallaban con fuerzas para enfrentarse con los todopoderosos blancos.

Dos minutos después, con la cara ensangrentada y molido a golpes, Dan era arrojado sobre la acera como un fardo. Mike Randolph, el comisario local salió de Arlington, preguntando a voces por el motivo del alboroto.

—Ese cerdo negro —indicó el conductor, señalando a Dan—. Empezó a escandalizar y nos llamó ladrones a los blancos.

—Debíamos hacer un escarmiento, colgándole de cualquier farol —indicó el pasajero gordo, y varios asintieron, complacidos.

—¡Déjenlo de mi cuenta, amigos! —indicó, en tono autoritario, Mike—. Les aseguro que no tendrá frío esta noche.

Agachándose sobre Dan, que permanecía medio atontado, le puso las esposas. Luego, volviéndose hacia el conductor, dijo:

—Puedes seguir, Dick. Cuando vuelvas pasado mañana tendré preparada la declaración para que la firmes.

—¡Gracias, Mike! Te lo agradezco porque llevo media hora de retraso.

El autobús, cargado de pasajeros, desapareció por un extremo de la calle en el instante mismo en que Dan empezaba a volver en sí. Randolph le dio con el pie.

—Levántate, amiguito. Y cuidado con escandalizar. Si abres la boca, te la cierro de un tortazo.

Maquinalmente el negro obedeció, poniéndose en pie. Con modales que nada tenían de amables, Mike le empujó hacia el sitio donde tenía aparcado su coche. La cárcel estaba lejos y hacía demasiado calor para que fuera agradable darse un paseo.

—¿Dónde me lleva? —preguntó Dan, resistiéndose a entrar en el coche.

—Donde pasarás una buena temporada. Es lo menos que mereces.

—No he hecho nada, señor —protestó el negro—. Había pagado mi billete, y el conductor quería...

—¡Chitón! Ya se lo dirás al juez. Y sube de una vez. No voy a estar cociéndome al sol por tu cara bonita.

Dio un empujón a Dan para obligarle a subir al coche. El negro se volvió para continuar hablando:

—Le aseguro que no tuve la culpa. Si me hubiesen dejado mi asiento...

—¿Callarás de un vez, maldito negro? —preguntó, irritado, Mike.

—Pero es que yo...

—¡Toma, cerdo! Así aprenderás a no replicar.

Uniendo la acción a la palabra, su puño derecho fue a estrellarse contra la nariz de Dan, que retrocedió tambaleante. Sonriendo, el comisario vio que un hilillo de sangre le corría por el labio superior. Sí; aquél era el único idioma que entendían las gentes de color.

—No debió pegarme —gruñó, en tono rencoroso, el negro—. Es una cobardía pegar a un hombre esposado.

—¿Te atreves a insultarme, eh? Pues voy a seguir pegándote hasta que me canse.

Una serie de puñetazos que cayeron sobre el rostro de Dan, demostraron que la amenaza no era vana palabrería. El negro sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Levantó las manos unidas por las esposas y las descargó violento sobre el comisario.

Mike tenía cincuenta años, y no había podido presumir de fuerte ni en los tiempos lejanos de su juventud. El golpe recibido era mucho más de lo que podía encajar y estuvo a punto de caer al suelo.

Verse golpeado en medio de la calle y por un negro, le sacó de quicio. Por un instante pensó que tenía que habérselas con un terrible forajido; incluso temió que Dan se le echase encima para estrangularle. La indignación y el miedo, entrelazados, le impulsaron a cometer la barbaridad que hizo. Apartándose dos pasos sacó con rapidez la pistola.

—¡No dispare, señor; no dispare! —suplicó, aterrado, el negro.

Pero como al hablar avanzaba, con ánimo de desviar la puntería del comisario. Mike sintió centuplicado su pánico. Apretó el gatillo mientras una nube roja dificultaba su visión.

Dan lanzó un verdadero alarido al recibir los balazos en mitad del pecho. No cayó, sin embargo. Tuvo fuerzas para llegar hasta su enemigo, retorcerle el brazo y hacerle soltar la pistola. Luego se le doblaron las piernas y quedó de rodillas, mientras una bocanada de sangre le manchaba los labios.

Estaba medio muerto, con tres agujeros en el pecho, respirando con terrible dificultad y con un gesto de sufrimiento en la cara. Pero Mike, dominado por el terror, no vio nada de esto; sólo vio que el negro le había arrebatado la pistola, y echó a correr hacia la puerta del Arlington, gritando a voz en cuello:

—¡Auxilio! ¡Qué me mata, que me mata!

A Dan, los gritos parecieron volverle un segundo a la vida que estaba a punto de abandonar. Sintió un odio sin límites contra el individuo que le había herido y que ahora escapaba chillando como una mujerzuela. Advirtió que la pistola estaba al alcance de su mano. La cogió con rapidez e hizo fuego.

Dos de los disparos se perdieron en el vacío; el tercero alcanzó a Mike en mitad de la espalda, partiéndole el corazón. Cayó de bruces, sin tiempo para lanzar un grito, Dan soltó el arma y quedó de rodillas, doblado sobre sí mismo, tratando inútilmente de taponar con ambas manos los boquetes por donde a chorros se le escapaba la vida.

Quince personas distintas habían presenciado la escena. Todas se acercaron a la carrera a los protagonistas del drama. Tres o cuatro se inclinaron sobre el cuerpo del comisario, reclamando a gritos la presencia de un doctor. Uno de ellos, tras buscarle sin resultado el pulso, indicó a los demás:

—No hay nada que hacer. Está muerto.

Todas las miradas se volvieron entonces hacia el negro, que seguía de rodillas, empapado en sangre y con los ojos vidriados. Un camarero del Arlington le asestó un patadón en la cara, haciéndole rodar por el suelo. Furioso, quiso pisotearle; un chofer le contuvo:

—¡Déjale! Harías un favor a ese perro.

—Lo mejor sería colgarle —propuso otro.

Diez o doce se dispusieron a poner en práctica la idea. En torno a Dan, que se agitaba en el suelo en los estertores de la agonía, se amontonaron los curiosos. Uno le pegó un puntapié en la espalda; otro le escupió al rostro; tres o cuatro le dedicaron los peores

insultos.

—¡Aquí está la cuerda! ¡Duro con él!

Pero cuando quisieron echarle al cuello el nudo corredizo comprendieron que no había posibilidad de diversión, porque el pobre negro acababa de pasar a mejor vida.

El suceso, vulgar y brutal en su iniciación y desarrollo, provocó una enorme impresión en Palatka, que no tardó en correrse a los pueblos cercanos primero, a toda Florida después. En la tragedia las gentes no vieron el salvajismo del comisario capaz de pegar a un hombre esposado y disparar contra él impulsado por el terror, ni la reacción instintiva de Dan al apoderarse de la pistola y manejarla contra quien le había herido, sino un intento peligroso de las gentes de color para terminar con la supremacía de los blancos.

—La culpa es de quien habla de igualdad de derechos a esos tipos. ¡Como si los animales pudiesen tener los mismos derechos que las personas!

—Y de quienes dan alas a los piojosos.

—¡Nos amenaza una nueva Reconstrucción!

Ésta era la frase definitiva. La palabra «reconstrucción» tiene las más trágicas resonancias en todos los Estados del Sur. Reconstrucción se llamó a la etapa que siguió a la guerra de Secesión, cuando los negros, recién liberados de la esclavitud, envanecidos por una victoria a la que poco o nada habían contribuido, consideraron llegada la hora de vengar siglos de humillación, injusticia y crueldad. Protegidos por las bayonetas yanquis, hubo alcaldes, comisarios, jueces y policías de color en muchos pueblos de Virginia y Georgia, de las Carolinas, Mississippi y Luisiana. Hombres incultos en su totalidad, analfabetos en buena parte, con los instintos y las pasiones a flor de piel, abundaron las tropelías contra los vencidos, hasta que éstos decidieron defenderse por cuenta propia.

Surgieron entonces los Comités de Vigilancia clandestinos, que pronto desembocaron en el famoso Ku-Klux-Klan. Grupos de individuos enmascarados asaltaban de noche los domicilios de los negros, los juzgaban sumarísimamente y acababan colgándolos o quemándolos vivos. Las autoridades yanquis persiguieron enconadamente al Klan, pero la organización terrorista, apoyada y protegida por toda la población blanca del Sur, aumentó año tras

año su poderío, poniendo coto definitivo a las ansias de venganza de las gentes de color.

La situación ahora era totalmente distinta. Ni se acababa de cruzar por una larga y sangrienta guerra civil, ni Florida y los demás Estados del Sur lloraban las consecuencias de una derrota, ni los negros recién salidos de la esclavitud soñaban con esclavizar a quienes fueron sus amos hasta la víspera; tampoco había *Sheriffs*, jueces, maestros ni policías de color vejando a los blancos al amparo de los ejércitos victoriosos de Sherman y Grant. No se daba, en fin de cuentas, ninguna de las especialísimas circunstancias que caracterizaron la famosa Reconstrucción. Y, sin embargo, las gentes hablaron de una nueva Reconstrucción, los periódicos locales airearon la frase, muchos blancos se sintieron amenazados y todos reaccionaron cómo reaccionan siempre quienes creen que la mejor manera de disimular el propio temor consiste en inspirarlo.

—¡Hay que dar una dura lección a los cerdos negros!

Nadie se detuvo a analizar con fría objetividad lo sucedido en Palatka. Voluntaria o involuntariamente, todos desorbitaron la cuestión. Los odios raciales, jamás desaparecidos en el Sur, resurgieron de la noche a la mañana con aterradora virulencia. Cuestiones secundarias se convirtieron en problemas ingentes; lógicas y humanas reivindicaciones —igualdad de salarios por un mismo trabajo, libre entrada para las gentes de color en salones públicos, libertad para poder habitar en cualquier barrio de cualquier ciudad— fueron presentadas como siniestras amenazas. Y la reacción, injustificada, brutal y anónima, no tardó en producirse.

Fue primero en Tampa Bay, donde una casa enclavada en un barrio blanco y tuyo propietario había tenido la osadía de admitir como inquilinos a varias familias negras, ardió una noche por los cuatro costados. Siguió un motín en Jacksonville: para vengar la supuesta insolencia de un mulato, grupos de individuos enfurecidos penetraron en

Quirt's

Quarter, habitado por gente de color, apaleando a cuarenta personas, asaltando seis comercios y prendiendo fuego a tres edificios distintos.

Como un reguero de pólvora, la violencia y la intolerancia se

corrieron de un extremo a otro de Florida. En Sanford, dos negros fueron acribillados a balazos, luego de una disputa callejera; en Bartow, la muerte de un blanco, cuyos asesinos no fueron habidos, fue cargada en la cuenta de sus enemigos de raza, y treinta individuos de color se vieron en la cárcel, luego de ser concienzudamente apaleados para forzarles a una confesión; en Pensacola, una clínica para negros fue destruida por una explosión, y en la misma Miami, tres bombas convirtieron en un montón de escombros la Atlantic School, una moderna escuela, a punto de inaugurarse y donde habían de recibir instrucción y ayuda las gentes de color.

Lejos de contener aquella explosión de odios, los periódicos y los políticos parecían empeñados en acentuarla. Al relatar los sucesos, los informadores tergiversaban siempre lo sucedido, presentándolo en todos los casos como una provocación intolerable por parte de los negros, a la que inevitablemente habían tenido que responder los blancos. La situación empeoró cuando algunos diarios de Nueva York, Filadelfia y Chicago se ocuparon de los disturbios raciales de Florida.

—Es una intromisión vergonzosa e intolerable en la vida interna de nuestro Estado. Que esos caballeros se preocupen de arreglar los problemas de Pensilvania o Illinois. Por fortuna, aquí no —tenemos «gangsters» como ellos. ¿Los negros? Bien; sabemos cómo tratarles.

Pero los negros no podían estar nada satisfechos con la forma en que eran tratados y muchos de los blancos se comportaban como auténticos «gangsters», aunque no los hubiese en Florida, según la rotunda afirmación del gobernador. En todas partes, las gentes de color eran miradas con desprecio, insultadas e incluso apaleadas con el menor motivo y aun sin motivo ninguno. En alguna ocasión, las presuntas víctimas —como le ocurriese al pobre Dan— atacaban a la desesperada, espoleadas por el pánico, transformándose en victimarios. Pero entonces, las autoridades todas, que habían permanecido cruzadas de brazos, sonriendo con aire beatífico mientras los negros llevaban la peor parte, intervenían con energía y resolución, y el individuo de color no tardaba en pagar muy caro su delito.

En pocas semanas, un régimen de terror se extendió por toda Florida. Los negros estaban atemorizados. Sabiendo que sus

adversarios eran más numerosos, que tenían en sus manos todos los resortes, agachaban la cabeza, esperando que pasase la tormenta. Con la triste resignación, aprendida en siglos de esclavitud, soportaban la situación creada, procurando por todos los medios no dar nuevos motivos a la cólera de los blancos. Y muchas veces no sólo se dejaban insultar, sino incluso robar.

En Miami resurgió un viejo procedimiento de extorsión, que ya fue empleado con éxito en algunos Estados sudistas, en los años agitados de la prohibición. Cuando el sábado, después de cobrar su paga semanal, un individuo de color se dirigía a su casa, una muchacha joven, blanca, bonita y elegante se le acercó en uno de los puntos más concurridos de la ciudad. Caminando a su mismo paso y mirándole con fijeza, le dijo:

—O me entregas lo que acabas de cobrar, o chillo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, sobresaltado, el negro.

—Que vas a darme en el acto la «pasta» que llevas encima; si tardas medio minuto, empezaré a chillar diciendo que me has insultado y que pretendiste besarme. ¿Sabes lo que ocurrirá entonces, «moreno»? Pues que te colgarán del farol más cercano.

El negro, asustado, miró a uno y otro lado.

La gente que pasaba por su lado le contemplaba con marcada hostilidad; en algunos podía advertirse un gesto de sorpresa, porque una chica blanca hablase con él en plena calle. No era difícil imaginarse lo que sucedería cuando la chica empezase a chillar. Toda aquella gente se le echaría encima y le habrían destrozado a golpes antes de que pudiese decir, una sola palabra. ¿Merecía la pena arriesgarse a tanto por los cincuenta dólares que acababa de cobrar?

Examinó un instante el problema y resolvió sin demoras. Sacó los cinco billetes de diez dólares, que constituían su salario de la semana, y se los entregó a la sonriente muchacha, que caminaba a su lado. La joven se apresuró a guardárselos y a despedirse.

—¡Adiós, «moreno»! Y cuidadito con abrir la boca. Todo el mundo me creería a mí y tendrías un disgusto serio.

En pocas semanas y en distintos puntos, la escena se repitió centenares de veces, con ligerísimas variantes. En la mayoría de los casos, los negros entregaban el dinero y se callaban la boca, temerosos de las consecuencias de armar un escándalo. Tres de

ellos, sin embargo, se resistieron a dejarse robar. No tardaron en arrepentirse. A los gritos de la muchacha, afirmando, con lágrimas en los ojos que un individuo la había querido besar, se arremolinó la gente. Los tres negros fueron a parar al hospital; uno de ellos tuvo que ser conducido al día siguiente al cementerio.

Otros dos, creyendo pensar con mayor cordura, optaron por no escandalizar en la calle. Entregaron el dinero que la chica de turno les exigía y fueron a la estación de Policía más próxima, con la oportuna denuncia. El sargento que les recibió montó en cólera al escucharles.

—¿Que una chica blanca ha pretendido robaros? ¡Embusteros! Ninguna muchacha blanca se acercaría siquiera a unos piojosos como vosotros. ¡Vais a saber lo que es bueno, por venir aquí con historias estúpidas!

Por buenas componendas, los negros permanecieron ocho días encerrados y recibieron tantos golpes como pudieron aguantar en pie. Al comparecer ante el juez, dijeron lo que el sargento se había empeñado en que fuese la verdad: que se habían gastado el dinero, inventando el robo para justificar ante sus mujeres la desaparición del salario.

—Quedáis en libertad por esta vez —dijo, magnánimo, el juez—, pero si volvéis a calumniar a ninguna persona blanca, tendréis que pasaros a la «sombra» unos cuantos años.

Los interesados se cuidaron mucho de volver a recurrir a la Policía. Igual hicieron sus hermanos de raza. Denunciar cualquier tropelía de que habían sido víctimas, sólo serviría para que fuesen castigados como embusteros y calumniadores. No es sorprendente que algunos, doloridos, indignados, soñaran en tomarse la venganza por sus propias manos.

Se produjeron algunas agresiones aisladas contra individuos de raza blanca, que hicieron alcanzar un punto álgido a la indignación popular.

Pero lo que desbordó todos los límites fue el famoso crimen de Palm Street, en Hialeah, uno de los arrabales de Miami. En una casita de un solo piso de dicha calle, vivía una mujer de hermosura detonante y llamativa; había pasado ya de los treinta años, pero modestamente no confesaba más que veinticuatro. Decía llamarse Jesica y habitaba en compañía de un tipo corpulento, de aspecto

repulsivo y aire matonesco, conocido por el nombre de William S. Teddler.

Según Jessica, William era su marido, cosa que quienes les conocían, aunque sólo fuera ligeramente, se permitían poner en duda. Los medios de vida de la pareja no estaban nada claros. Tanto el hombre como la mujer pasaban la mayor parte de las horas en el centro de Miami, casi nunca juntos. Nadie sabía en qué se ocupaba Jessica. En cuanto a William, no había trabajado en ninguna parte desde que dos años antes saliese de la cárcel, donde hubo de permanecer treinta meses, tras fracasar en un intento de atraco contra una casa de juego de Tampa Bay.

Una noche, tres meses después de que la muerte de Dan y el comisario de Palatka pusiera en un primer plano de la actualidad el problema negro, Jessica salió a la calle, lanzando gritos estridentes en demanda de auxilio. Cuando acudieron los vecinos, la hallaron con la ropa en jirones, un chirlo en la cabeza, el rostro amoratado, echando sangre por la boca y narices y en un estado muy próximo al histerismo.

—¡Cuatro negros; han sido cuatro negros! —chillaba—. Empezaron a palos con nosotros hasta que nos dieran por muertas. Al recobrar el conocimiento he podido arrastrarme hasta la calle, pero Bill... ¡Oh, el pobre Bill no se mueve! Deben haberle matado esos perros...

William Teddler había muerto, efectivamente. Al ser lanzado hacia atrás, por efecto de un terrible patadón en el pecho, se había golpeado en la nuca con el borde de la mesa, falleciendo en el acto. Como la autopsia demostró, antes de morir había sufrido una terrible paliza. Igual trato había recibido Jessica, que hubo de ser conducida al St. John Hospital, donde tuvo que permanecer por espacio de una semana.

La indignación de los habitantes blancos de Hialeah superó todo lo imaginable. A la media hora de ser despertados por los gritos de Jessica, había tres centenares de hombres, armados con toda clase de armas y soñando con tomar cumplida venganza del crimen.

—Hay que hacer un escarmiento que deje memoria.

El escarmiento consistió en son de guerra en una barriada próxima habitada por negros. Allí procedieron sumarísimamente a prender fuego a las casas y apalear a las gentes

de color, tratando de hacerlas decir quiénes eran los que habían asaltado la casita de Palm Street. Al fin, todas las sospechas se centraron sobre cuatro individuos, cuyas señas coincidían con las vagas y confusas que había dado Jesica.

Sin hacer el menor caso de sus protestas de inocencia, la emprendieron a garrotazos con ellos, dispuestos a matarles a palos. La oportuna llegada del *sheriff* de Dade County —que hubo de resignarse a acudir, luego de que cien personas distintas reclamaron su presencia por teléfono— impidió que se consumara por completo el bárbaro propósito. De todas formas, cuando el *sheriff* Roscoe Winter hizo su aparición en el lugar de los sucesos, uno de los presuntos culpables había muerto y los otros tres se hallaban gravemente heridos. Aun así, le costó no poco trabajo sacarlos de las garras de los que a toda costa pretendían lincharles.

—Yo os juro —hubo de prometer— que se hará justicia y que estos hombres pagarán en la silla eléctrica el horrendo delito cometido.

Winter hizo cuánto en su mano estuvo para cumplir la palabra empeñada. En las semanas siguientes, los tres negros no tuvieron motivos para alegrarse de haber escapado con vida del linchamiento. Al fin, y convencidos de que era peor soportar los interrogatorios a que eran sometidos que ser condenados a muerte, acabaron firmando una confesión explícita de culpabilidad.

Cuando comparecieron ante el tribunal que había de juzgarles, negaron rotundamente que tuviesen nada que ver con lo sucedido en Palm Street. A su entender —y, al parecer, de los abogados que tuvieron la resolución precisa para encargarse de su defensa—, la declaración firmada ante la Policía carecía de todo valor legal, dada la forma en que les fue arrancada. Todos ellos podían demostrar con diferentes testigos que no se hallaban en Hialeah en el momento de cometerse el crimen. Además, la propia Jesica, al comparecer a declarar, incurrió en contradicciones y titubeos.

A pesar de todo, fueron condenados. El juez estaba decidido a que aquel acto de terrorismo de las gentes de color no quedase impune; los miembros del Jurado habían sido cuidadosamente elegidos, advirtiéndoseles por anticipado que un veredicto de inculpabilidad podía tener las más desastrosas consecuencias para ellos y sus familiares. Por unanimidad y sin molestarse en deliberar,

acordaron que los tres acusados eran responsables de un delito de asesinato en primer grado.

De acuerdo con el veredicto, el juez dictó sentencia. Uno de los inculpados se salvaba de la pena de muerte, debido a no tener más que dieciséis años, pero habría de permanecer en presidio el resto de sus días. Los otros dos fueron condenados a perecer en la silla eléctrica. «La sentencia —escribía, satisfecho, al día siguiente, el *Florida Post*— demuestra tanto la firmeza justiciera de nuestros tribunales, como la generosa magnanimidad con que se juzga a la gente de color. Uno de los asesinos se ha librado de la pena capital en virtud de su corta edad; pero tenía la misma edad cuando, impulsado por los instintos más salvajes, participó en un delito que nos sonroja y avergüenza».

Desgraciadamente, había gentes que no pensaban como los redactores del *Florida Post* ni creían que la sentencia sirviese a la causa de la Justicia, sino a la del rencor y la intolerancia. Al juicio asistieron varios corresponsales de periódicos nordistas, que no se quedaron cortos al señalar las irregularidades producidas en la tramitación del proceso. Ya estos comentarios soliviantaron bastante a las gentes. Pero lo que la sacó de quicio fue que los defensores recurrieran al Tribunal Supremo y, sobre, todo, que éste les diera la razón, anulando la sentencia.

—La increíble decisión del Tribunal Supremo —comentó el propio Warren, gobernador de Florida constituye una flagrante intromisión de las autoridades federales en los asuntos privativos de los Estados.

Los comentarios de los periódicos fueron más virulentos. Uno llegó a escribir: «Los jueces de Washington están a sueldo de los terroristas negros». Otro afirmó: «Los criminales deben ser ejecutados sin tardanza, cualquiera que sea la opinión del Tribunal Supremo». Un tercer periódico amenazó: «Si el Gobierno quiere proteger a los asesinos, nosotros le enseñaremos cómo se hace justicia en el honrado Sur».

Una oleada de indignación sacudió a las gentes, manejadas y espoleadas por hábiles agitadores. Una muchedumbre frenética y gesticulante llegó a reunirse ante el edificio de la cárcel, pidiendo la cabeza de los presos. Winter, el *sheriff*, hubo de hablar a la multitud, para tranquilizarla:

—Todos me conocéis y sabéis que no simpatizo con los negros ni con los asesinos. Yo os aseguro que, diga lo que diga Washington, esos tipos no tardarán en pagar sus culpas.

Tres noches después, ante el temor de que la cárcel pudiera ser asaltada, los negros fueron trasladados de prisión. Winter mismo, acompañado de uno sus ayudantes, se encargó de efectuar en un coche de turismo el traslado. Pero a treinta millas de Miami, los presos se abalanzaron sobre él, aunque iban esposados, y Winter tuvo que disparar, matándolos.

Ésta fue, por lo menos, la explicación que dio en los primeros momentos y lo que estaba seguro de haber hecho. Pero cuando acudió un médico al lugar de la tragedia, pudo comprobar que uno de los negros, pese a tener cuatro balazos en el cuerpo, alentaba aún. Quince días después y luego de ser sometido a varias y difíciles operaciones quirúrgicas, el herido estaba en condiciones de hablar. Sus declaraciones fueron terminantes:

—No atacamos al *sheriff*; no podíamos atacarle, esposados como estábamos. Al salir de Miami, ya nos dijo que no llegaríamos con vida al final del viaje. Luego, cuando encontró un lugar que le pareció oportuno, paró el coche y empezó a disparar a boca de jarro contra nosotros.

Las manifestaciones del negro produjeron un terrible escándalo. Eran muchas las personas que, aún no simpatizando con las gentes de color, creían que el *sheriff* había actuado como un perfecto «gángster»; otras, en cambio, afirmaban que el herido mentía y que Winter no había hecho otra cosa que cumplir con su deber.

De cualquier forma y para acallar un poco el escándalo, Winter hubo de ser sometido a proceso, si bien continuó en el desempeño de su cargo, porque fue absuelto con todos los pronunciamientos favorables. El pobre negro, en cambio, vuelto a juzgar cuando aún no podía tenerse en pie, tornó a ser condenado a muerte, en franco desafío a la resolución del Tribunal Supremo de la nación.

—No podemos dejarnos intimidar por el griterío de los irresponsables —afirmó el juez—. Pese a cuánto opinen los defensores de los negros, este hombre es culpable de asesinato y debe perecer en la silla eléctrica.

Los calificados de «irresponsables» —pocos en Florida, donde el temor impedía hablar a la mayoría; muchos en los demás Estados—

no se dieron, naturalmente, por satisfechos. La Prensa de Nueva York, Washington, Boston, Chicago y todas las grandes ciudades del Norte comentó en tonos airados la sentencia y las palabras del juez. «Mal podemos presentarnos a los ojos del mundo como defensores de la democracia y campeones de la libertad, cuando en nuestro país se producen sucesos como los de Florida, donde el odio racial, aliado con el fanatismo y la barbarie, resucita los peores métodos del nazismo germano», escribía, indignado, Lester Andrew, el más famoso de los columnistas neoyorquinos.

Por desgracia, los ataques de la Prensa nordista, lejos de hacer reflexionar a las gentes y disminuir la tensión reinante, sólo sirvieron para exacerbarla. Continuaron en todas partes los actos de violencia y terrorismo. Por un fenómeno de difícil explicación, el odio, que un principio se polarizó en los negros, se extendió luego a los judíos, y dos sinagogas fueron gravemente dañadas por efecto de las bombas colocadas en su interior. Más tarde, el terrorismo amenazó a los católicos.

Algunos observadores imparciales se preguntaban, desconcertados, cómo era posible que la hostilidad contra la gente de color derivase hacia los judíos y los católicos, que, en su inmensa mayoría, pertenecían a la raza blanca. La única respuesta era que el Ku-Klux-Klan, renacido y reorganizado de la noche a la mañana, llevase la dirección de aquella campaña de intimidación y violencia.

—El Klan odiaba a los católicos porque sus doctrinas no establecen diferencias entre los hombres por el color de su piel —decía a Edgar Hoover, en su despacho de Washington, uno de sus más inmediatos colaboradores cuando ambos discutían el problema de Florida.

—Es posible —repuso el jefe del
F. B. I.

—; pero me creo que hay algo más en el fondo de este asunto; algo que tendremos que descubrir pronto, si queremos evitar días de luto a nuestro país.

Una posible explicación vino repentinamente de donde menos se podía esperar. *Pravda*, de Moscú, publicaba a los pocos días, bajo los más llamativos titulares, un relato de los sucesos de Florida, considerablemente aumentados. Los muertos no eran quince o veinte, sino varios millares; los millonarios de Miami se divertían

cazando a balazos a los negros indefensos. «Wall Street emplea el terror para volver a sumir en la más vergonzosa esclavitud a las razas de color. Y si esto hacen en su propio país, ¿qué no serán capaces de realizar los imperialistas yanquis, si llegan a realizar su sueño de dominio mundial?».

La Prensa comunista del mundo entero recogió el relato y los comentarios de *Pravda*, tomándolos como base para una campaña de inusitada violencia contra los Estados Unidos. En diversos Parlamentos europeos, diputados de la misma filiación alzaron sus voces con uno u otro pretexto, para denunciar la intolerancia americana y el odio racial, que calificaban de «heredero directo del nazismo».

—Esa campaña es doblemente peligrosa —dijo Hoover— porque, aún desprovista de todas las exageraciones de la propaganda comunista, tiene un fondo de verdad. Y ese fondo de verdad es el que hemos de hacer desaparecer, para que el intento de nuestros adversarios caiga por su propia base.

Examinando con serenidad el problema, creía adivinar lo que había de grave y trascendente en su entraña. Aquella explosión de odios no podía ser, no era, natural y espontánea. No existía ningún hecho que pudiera justificarla. ¿La muerte del comisario de Palatka? Era un incidente vulgar, totalmente desproporcionado con las repercusiones que había tenido.

—Hay alguien, oculto tras de la cortina, azuzando los odios y dirigiendo el terrorismo. Ese alguien es un enemigo mortal de nuestro país. Sabe que nada podría dañarnos tanto a los ojos de los amigos del exterior como una explosión de fanatismo e intolerancia, ni debilitarnos más en el interior que una división provocada por prejuicios raciales o religiosos.

Se hacía preciso tomar cartas en el asunto, antes de que el problema adquiriese mayor amplitud y virulencia. La Policía local, cegada por el tradicional recelo sudista contra las gentes de color, no acertaba a ver con claridad el alcance de la cuestión, haciendo el juego inconscientemente a los enemigos de su país.

—Pero el F. B. I, no puede intervenir abiertamente. El gobernador Warren ha expresado con claridad su hostilidad a la intromisión de las autoridades federales, y si pidiéramos su colaboración, no haría más que ponernos dificultades. Tendremos

que actuar sin que se entere siquiera. ¡Ya hablaremos cuando hayamos descubierto a los culpables,... si llegamos a descubrirles!

Se volvió entonces hacia el hombre que, en pie junto a la mesa, esperaba sus instrucciones.

—Ésa será su tarea, inspector. Difícil, delicada, peligrosa quizá. Tendrá que actuar solo, sin apoyo de nadie, sin hacer valer en ningún instante su calidad de miembro de la Policía federal. Usted nació en el Sur y conoce a fondo el problema negro. No me limito a desear que tenga éxito. ¡Le exijo que lo tenga! ¿Entendido?

II

«ACABARA COMO ELLOS»



ODOS los ojos se volvieron, sorprendidos, hacia el punto de donde había brotado la voz. Pudieron ver a un caballero alto, delgado, pero fuerte, impecablemente enfundado en una «dinner-jacket» blanca, que agitando mucho los brazos y dando muestras de furiosa indignación, chillaba, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que se vaya ese cerdo negro!

Jamás se había dado en el

Harold's

un espectáculo semejante. Era uno de los clubs más elegantes —«exclusivos», como decían las guías de turismo— de Miami

Beach. Sus precios hacían que sólo pudieran frecuentarlo con cierta asiduidad caballeros cuyos ingresos anuales necesitaban, como mínimo, seis cifras para expresarse. Y no era, naturalmente, que sus clientes habituales —millonarios de todas clases, artistas que podían tomarse unas vacaciones en Florida o «gangsters» afortunados, para quienes gastarse quinientos dólares en una noche no significaba gran cosa— fueran gentes morigeradas o pazguatas. Aunque el champaña alcanzaba precios astronómicos, corría con mayor abundancia que el agua, y no era extraño que cualquier caballero necesitase del concurso de varios amables criados para poder llegar hasta su coche. Pero todos, absolutamente todos, procuraban emborracharse sin perder la debida compostura y no provocar escándalos que hicieran precisa la intervención de los agentes de la autoridad.

Además, el individuo que alborotaba no parecía, en modo alguno, bebido. Había cenado solo, injirió una cantidad mínima de alcohol y ni su voz ni sus ademanes denotaban el menor síntoma de embriaguez. Abandonando la mesa, avanzó hacia la pista, gritando, más irritado cada vez:

—¡Fuera ese gorila! ¿Vamos a consentir que estos canallas negros, se nos lleven los cuartos cuando están planeando nuestro asesinato?

El bailarín, que acababa de iniciar su actuación bajo la luz de los focos, se detuvo, desconcertado. Varias voces de protesta se sumaban ya a la del primero que había hablado. Tras intentar en vano apagar el alboroto, la orquesta dejó de tocar. Respetuoso con el público y un poco intimidado, el bailarín pretendió disculparse:

—No planeo ningún asesinato, caballeros. Soy un artista...

—¿Artista tú, piojoso? ¡Eres un canalla, como todos los de tu raza!

El bailarín era un hombre joven, fuerte, muy ancho de hombros, con músculos endurecidos por el ejercicio. No estaba acostumbrado a que le insultasen y la indignación le hizo perder la cabeza. Enfrentándose con el alborotador, que casi estaba a su lado, replicó, airado:

—¡El canalla lo será tu padre!

Sus palabras produjeron un escándalo indescriptible. El individuo blanco a quien iban dirigidas penetró en la pista de un

salto, con intenciones claramente agresivas. El negro quiso adelantarse con un golpe a la mandíbula; pero su contrincante, demostrando una agilidad nada corriente, le esquivó con un ágil quiebro de cintura.

El bailarín pretendió repetir el intento, pero no tuvo tiempo. Sintió, de pronto, como si un mulo le propinase una cox en la boca del estómago, y se inclinó hacia adelante, en un movimiento instintivo; una décima de segundo después, el puño derecho de su contrincante le alcanzaba en la punta de la barbilla y el negro salía por los aires, perdido el conocimiento antes de aterrizar de espaldas en el centro mismo de la pista.

—Este cerdo ya tiene su merecido —murmuró, satisfecho, el individuo que acababa de noquearle.

Los gritos de parte del público le hicieron comprender pronto el peligro en que se encontraba. Obedeciendo a una muda indicación del «*maître*», pero esencialmente impulsados por el afán de vengar a su hermano de raza, cuatro camareros negros habían penetrado en la pista y corrían hacia el blanco, en actitud que nada tenía de tranquilizadora.

—¡Vais a ver lo que es bueno, perros!

El primero que llegó a su lado retrocedió tambaleándose, víctima de un puntapié en el bajo vientre; el segundo recibió un botellazo en la cabeza y se derrumbó, como fulminado por un rayo; los otros dos, en cambio, alcanzaron al iracundo caballero y trataron de reducirle a la impotencia.

—¿Tocarme a mí unos negros? —chilló, descompuesto—. ¡Os mataré, canallas!

Con un esfuerzo violento, se liberó de las garras de sus dos adversarios. Rehaciéndose con rapidez, los camareros trataron de echársele encima de nuevo. El blanco frenó en seco su avance. En su mano derecha apareció una pistola. Con voz amenazante, anunció:

—¡Quietos! Cada paso significaría un balazo...

Los negros vacilaron un momento, sin atreverse a avanzar sobre un individuo dispuesto a matar. Pero les parecía vergonzoso echar a correr delante de tanta gente, luego de ser vencidos por una sola persona. Uno de ellos pareció llegar de pronto a la conclusión de que aquel tipo —que no parecía estar loco— únicamente pretendía asustarles y dio un paso al frente.

A su movimiento siguió el estrépito de un disparo. Todos los presentes pudieron ver que el blanco no pretendía matar; que había elevado el cañón de la pistola, tirando al aire. Todos, naturalmente, excepto los negros. El camarero más decidido tembló al escuchar el disparo; su compañero dio media vuelta y salió corriendo. A los diez segundos, el individuo blanco estaba solo en la pista, riéndose a, carcajadas al ver huir a sus enemigos, y divirtiéndose en apretar el gatillo, para acelerar la rapidez de su fuga.

—¡Suelte la pistola y entréguese!

Tres agentes de Policía, con las armas en la mano, avanzaban ahora hacia el alborotador. Éste no ofreció la menor resistencia. Miró a quienes se le acercaban, vió que eran blancos, tiró la pistola y preguntó, sonriente:

—¿Van a detenerme?

—Seguro. Usted ya se ha divertido bastante; ahora nos toca a nosotros.

Se lo llevaron, no sin las protestas vehementes de varios caballeros, a quienes indignaba que se pudiese detener a un blanco sólo por haber propinado unos cuantos golpes a un puñado de negros. Uno de ellos gritó:

—A latigazos, no a puñetazos, teníamos que tratar a esos perros.

Al pasar por delante del «*maître*», que le miraba con expresión rencorosa, el detenido amenazó:

—Volveré en cuanto recobre la libertad, y si todavía tienen negros por aquí... Bueno; entonces, los golpes o los balazos se los llevará usted —luego, al advertir la presencia de Belle Layton, una de las principales atracciones del

Harold's,

añadió, sonriente—: Lo siento por usted, preciosidad. Pero no puedo permitir que se roce con esos cafres pringosos.

Los ojos negros de la muchacha brillaren de una manera extraña; no dijo, sin embargo, una sola palabra, limitándose a encogerse de hombros. Un momento después, a la salida ya del Club, Roscoe Winter, enfundado en un «*smoking*» de buen corte, se acercó al grupo:

—¡Buen escándalo armó, amiguito! Hay que procurar que la bebida no se suba a la cabeza, porque se vuelve uno loco.

—Se equivoca, *sheriff* —repuso el detenido—. No estoy

borracho ni loco.

—¿Entonces...?

—¿No lo comprende, Winter? Dos de esos perros estuvieron a punto de liquidarle, ¿no? Pues a mi padre le asesinaron. ¿Necesita que le diga algo más?

El gesto del *sheriff* de Dade County decía bien a las claras que no precisaba de mayores explicaciones. En tono amistoso y cordial dio una palmada en el hombro al detenido. Luego advirtió a quienes le conducían:

—Cuidado con él, muchachos. No es ningún forajido, sino un auténtico caballero del Sur. Trátadle como se merece. Decidle a Gaynor que lo tenga en su despacho hasta que vaya a verle.

Las palabras del *sheriff* ejercieron visible influencia en el ánimo de los tres policías. Más que como detenido, el alborotador del Harold's

fue tratado como un amigo. En fin de cuentas, ninguno de los tres agentes simpatizaba demasiado con los negros, y aquel caballero no había hecho otra cosa que exteriorizar con excesiva vehemencia su repulsa por las gentes de color.

Moses Gaynor, teniente de la Policía local, al frente aquella noche de la estación de Beach Avenue, adoptó parecida actitud. Tras enterarse de lo sucedido, hizo pasar a su despacho al preso, le invitó a sentarse y a tomar un «*whisky*» con hielo y le animó:

—Procuraré arreglar las cosas con Winter, Aunque el escándalo ha sido mayúsculo, creo que, en el fondo, tenía usted razón. Si las gentes tuvieran vergüenza, no se tolerarían ciertas cosas.

Roscoe se presentó al cabo de una hora. Bastaba mirarle la cara para comprender que venía satisfecho y alegre. Al entrar estrechó con efusión la mano del detenido, indicándole:

—Asunto resuelto, muchacho. El bailarín ha sido despedido, lo mismo que los camareros negros. Un poco se resistió el viejo zorro de Manstein, pero acabó convenciéndose de cuál era su primordial interés.

Daniel Manstein, un judío de origen alemán, nacionalizado a raíz de la primera guerra mundial, era el propietario del Harold's.

Personalmente no tenía prejuicios raciales; pero si, doblegándose a las imposiciones del ambiente en que ahora vivía, había tenido que

prohibir la entrada en el Club a las personas de color, ¿por qué iba a dar una batalla, que tenía perdida de antemano, por defender a un bailarín o a unos cuantos camareros?

—Los caballeros que allí se dejan los cuartos son blancos en su totalidad. Hasta hace poco soportaron que los negros pudieran divertirles o servirles como criados; pero ahora no toleran ni eso. Y menos después de lo de esta noche.

Hizo algunas preguntas al escandalizador del Harold's,

que todavía continuaba oficialmente como detenido. Su interlocutor respondió de la mejor gana, trazando en pocas palabras su situación e historia. Se llamaba Frederick Lee Whitfield, tenía treinta y tres años y era ingeniero. Había nacido en Savannah, Georgia, y procedía de una familia de grandes plantadores. Durante la guerra peleó en Infantería, alcanzando la graduación de capitán.

—En mi compañía había una mayoría de soldados de color. En cierta ocasión en que emprendieron una huida vergonzosa frente al enemigo, tuve que imponerme por la violencia, para obligarles a mantener la posición que ocupábamos.

Lo consiguió, aunque tuvo que andar a puñetazos y patadas con varios, que temían ser muertos de no escapar a toda prisa. Los apaleados no se lo perdonaron nunca.

—Quince días después, cuando cargaba contra los alemanes al frente de mi compañía, recibí dos balazos en la espalda. Al extraerme los proyectiles se vio que habían sido disparados por nuestros propios fusiles.

Las heridas eran graves, por interesar el pulmón, y hubo de permanecer largos meses en un hospital francés; al final, convaleciente ya, se le concedió un permiso, para reponerse en los Estados Unidos. Llegó a Nueva York el día mismo que se anunció jubilosamente, el final de la Resistencia alemana. La gran ciudad ardía en fiestas y una muchedumbre vocinglera y alborozada llenaba las calles.

—Para mí fue el día más triste, porque apenas desembarcado, recibí un telegrama anunciándome que mi padre había sido asesinado. ¡Por un negro, naturalmente!

Había sido un suceso vulgar. El padre de Fred, plantador de toda la vida, tuvo siempre centenares de trabajadores de color, a los que

dispensaba una benévola protección, pero a los que no toleraba malos gestos, desplantes ni imposiciones. Durante la guerra, y aprovechando la escasez de la mano de obra, algunos agitadores llegados del Norte soliviantaron los ánimos de los braceros.

—Se atrevieron a pedir que les doblasen el salario, con la amenaza de declararse en huelga, y lo consiguieron. Aunque a mi padre no le agradaba el sesgo que tomaban las cosas, hizo lo posible por evitar incidentes. Pero cuando supo que un maldito negro se permitía insultar a los Whitfields no pudo tolerarlo.

Provisto de un látigo, fue en busca del ofensor, cruzándole a latigazos la cara. El bracero, que tenía treinta años menos que el plantador, logró arrancárselo de las manos y quiso pegarle. Míster Whitfield, furioso, sacó entonces una pistola. Llegó a herir a su contrincante; pero, herido y todo, el negro fue capaz de sacar un cuchillo y hundírselo en el pecho al viejo.

—Debieron colgarle en el acto; cuando menos, mandarle a la silla eléctrica después de juzgarle. Pero un condenado enredapleitos alegó en su nombre la legítima defensa, y escapó con doce años de cárcel. ¡Legítima defensa! ¡Como si un negro tuviera nunca derecho a defenderse de un blanco!

La muerte de su padre, unida a los balazos recibidos por la espalda, llenaron el ánimo de Fred de un odio sin límites contra las gentes de color. Las odiaba con todas sus fuerzas; con mayor intensidad cada día, viendo que los blancos eran tan estúpidos como para ir cediendo, una tras otra, todas sus prerrogativas engañados por la falsa apariencia de mansedumbre de sus enemigos de raza.

—En realidad, no piensan más que en la venganza. Constituyen un peligro gravísimo, porque son ya catorce millones, y se multiplican con mayor rapidez que nosotros. ¿Qué pasará el día cercano que nos superen en número? Es posible que los yanquis se encojan de hombros: pero aquí, en el Sur, hemos de actuar con energía, si no queremos que nos degüellen a todos.

Al tener noticias de lo que ocurría en Florida decidió marchar allí. Estaba seguro de dos cosas: de que los negros habían descubierto un poco su juego, y de que los blancos, dándose cuenta del riesgo que corrían, se defendían. Ahora, sin embargo...

—Si lo primero es verdad, dudo mucho de lo segundo. Que usted mismo, amenazado de muerte por esos cerdos, me detenga

por tratar como se merece a un perro de color, ya demuestra que todo el mundo sigue ciego y sordo al peligro mortal que les acecha.

—Está en un error, amigo —replicó Winter—. Aquí hay quien se da cuenta exacta de la catástrofe que nos amenaza y está dispuesto a conjurarla. Aunque el griterío de esos yanquis hipócritas no haga más que ponernos chinitas en el camino.

Personalmente había comprendido el dramatismo de la situación planteada. Por desgracia, el cargo que ocupaba le impedía actuar, como fuera su deseo. Sin embargo, apoyaba a todos los que se movían para tener a raya a las gentes de color.

—Voy a darle una buena prueba, dejándole en libertad. Para cubrir las apariencias, tendrá que pasar la noche en la estación de Policía. No en un Calabozo, claro está, sino en compañía del teniente Gaynor. Nos limitaremos a imponerle una multa de cincuenta dólares, que no tendrá que pagar. Al amanecer podrá marcharse con entera tranquilidad. Y en todo momento, tenga la plena seguridad de que tiene en mí al mejor de los amigos.

Los tres hombres charlaron amistosamente durante largo rato. Pronto se estableció entre ellos una franca simpatía. Tanto el *sheriff* cómo el teniente se expresaron con absoluta claridad. Su deber consistía en cumplir y hacer cumplir la ley, sin establecer diferencia alguna entre las personas por el color de su piel; pero, por encima de las disposiciones legales que regulaban su actuación, estaba su convicción íntima de que los negros constituían una amenaza.

—Por mucho que les duela a esos fariseos del Norte que no tienen que soportarlos, constituyen una raza inferior, que sólo puede ser gobernada con el látigo. En cuanto se les deja de pegar, se consideran más fuertes que los blancos. Y entonces no pegan; asesinan.

Tenían la suerte de que la arrogancia y la insensatez desafiante y bravucona de algunas gentes de color, hubiese despertado la conciencia de las personas inteligentes, haciéndoles ver el peligro que corrían y la única manera de hacerle frente.

—Ha vuelto a funcionar el Klan, naturalmente. No es que hubiera desaparecido por completo, como no había desaparecido en ninguno de los Estados del Sur. Pero había decaído de tal manera, que no era ni sombra de sí mismo. Ahora, aquí, vuelve a ser lo que era en sus comienzos y no debió dejar de ser nunca: una

organización por encima de la Ley, presta a colgar al primer negro que se atreva a mirar a la cara a cualquier muchacha blanca.

En la renacida organización comenzaban a figurar personas solventes, audaces y resueltas. Pero aún eran pocas, porque muchas no habían advertido con claridad lo crítico de la situación planteada y a otras les asustaba seguir el ejemplo de sus padres, actuando al margen de la legalidad, para mejor servir a la justicia de su raza. Hacían falta con urgencia nuevos reclutas. Y Fred podía y debía ser uno de ellos.

—Necesitan hombres como usted. Jóvenes de formación sólida y probado valor, capaces de acometer las más arriesgadas empresas.

Era una clara invitación, que Fred no vaciló en recoger. No era que tuviera confianza excesiva en la eficacia del viejo Ku-Klux-Klan, por mucho que se hubiera modernizado. No creía que los ritos teatrales de ingreso en la secta, acompañados de tremebundos juramentos, en los que el neófito aceptaba una muerte horripilante, como justo castigo a la menor indiscreción, pudieran hacer otra cosa que sonreír desdeñosamente a cualquier persona de mediados del siglo xx. Tampoco los jinetes encapuchados parecían muy eficaces en tiempos de tanques, ametralladoras y aviones. Bastarían tres o cuatro negros, armados de «Thompsons», para ponerles en la más vergonzosa de las fugas.

—Pásese mañana a las doce por el ciento cuarenta y dos de Collins Avenue. En la planta cuarta están las oficinas de la International Trade Company. Pregunte por míster Shinwell, el gerente, y hablele con entera confianza.

Fred se presentó a la hora indicada por Winter en las oficinas de la International Trade. Archibald Shinwell le estaba esperando, pero, contra lo que suponía el visitante, no necesitó decirle nada. Casi ni siquiera su nombre; apenas entró en el despacho, Shinwell avanzó hacia él en actitud un tanto aparatosa:

—¡Magnífico su gesto de anoche, caballero! Permítame que le exprese mi más calurosa felicitación. Si hubiera muchos jóvenes como usted, tengo la seguridad de que el problema que nos inquieta hace tiempo que habría dejado de quitarnos el sueño.

Hablaba en tono campanudo, con ademanes teatrales, escuchándose con evidente complacencia. A Fred le dio la impresión de ser un tipo engreído, presuntuoso y vacío. Repetía los

más viejos tópicos de la hostilidad racial como si fueran luminosas ideas que acababan de ocurrírsele.

Durante media hora, Fred le dejó hablar. Al final se cansó de sus tonterías y vaciedades, aunque tuvo buen cuidado de que Shinwell no advirtiese el pobre efecto que le había producido su larga peroración. Afirmó que estaba bien todo lo referente a la inferioridad mental de las razas de color; pero que era algo que, por demasiado sabido, no merecía la pena perder el tiempo discutiendo.

—Lo que interesa, a mi entender, de manera fundamental son las resoluciones prácticas. En Florida existe un peligro grave e inminente, como demuestran los acontecimientos recientes. ¿Qué piensan ustedes hacer qué hacen para atajarlo?

—Más de lo que usted se imagina —repuso, con una sonrisa de suficiencia, Shinwell—. Pero ya comprenderá que hemos de mantenerlo en secreto. Si verdaderamente desea ayudarnos en nuestra tarea, no tardará mucho en saberlo. Vuelva esta noche por el

Harold's;

allí empezará a salir de dudas.

Quando Fred llegó aquella noche al Harold's,

advirtió, desde el primer instante, los efectos del alboroto de la noche anterior. Los camareros negros habían desaparecido, sustituidos por otros de raza blanca. Y hasta el «*maître*», que veinticuatro horas antes no podía disimular su indignación por el escándalo, se inclinó ceremonioso, y aunque la sala estaba totalmente llena, supo encontrarle una mesa vacía en el mejor sitio.

—Supongo que el señor no tendrá hoy motivo alguno de queja —dijo, con la más amable de las sonrisas.

No lo tuvo, en efecto. Aparte de que le sirvieron con una prontitud y un esmero sorprendentes, incluso en un club como aquel que tenía a gala adivinar los deseos de sus clientes antes de que tuvieran tiempo de traducirlos en palabras, pudo comprobar que del «*show*» había desaparecido el bailarín negro con el que hubo de enfrentarse. Sobre la pista, iluminada por grandes reflectores, se sucedieron diversos números, algunos de extraordinaria calidad.

Pero ninguno de los artistas podía compararse con Belle Layton.

Cuando envuelto su cuerpo escultural en una especie de clámide blanca que modelaba y hacía resaltar sus maravillosas proporciones avanzó hacia el centro de la pista, se produjo en la sala un silencio expectante. El silencio se mantuvo, acentuado incluso, durante el tiempo que estuvo cantando. Era como si, seducidos por la magia de su voz cálida, pastosa, acariciante, todo el mundo, se olvidara de hablar, de beber, de moverse lo más mínimo para no turbar el torrente de armonías que brotaba de sus labios.

Si Fred la había admirado la noche anterior como mujer de extraordinaria belleza, ahora hubo de reconocer, mentalmente, que sus dotes artísticas corrían pareja con sus encantos físicos. Mientras la escuchaba embelesado cruzó por su cerebro un pensamiento extraño. Belle tenía el sentido del ritmo de las gentes de color que parecen llevar la gracia de los movimientos en la masa de la sangre. Cantaba dando la sensación de que la melodía surgía espontánea del fondo de su ser; apenas se movía, pero cada una de sus ligeras oscilaciones parecía expresión de una violenta pasión refrenada con un poderoso esfuerzo.

Era difícil imaginar que una mujer blanca cantara y se moviese así. Y, no obstante. Belle Layton era blanca. Morena, desde luego; con los ojos oscuros de mirada insondable y el pelo, rizado, de un negro tan intenso que parecía azulado; pero blanca. Ninguna negra, ninguna mulata siquiera, podía tener la nariz recta, los labios finos, el óvalo perfecto de su cara.

—Extraordinaria, pero peligrosa. Es una mujer para vista de lejos; de cerca...

La voz había sonado a su lado, mezclada con la tempestad de aplausos que acogieron el final de la canción de Belle. Fred se volvió ligeramente sorprendido. A dos pasos de distancia, sonriendo maliciosamente, aparecía Archibald Shinwell. Con él venían Roscoe, Winter y otro tipo corpulento que no parecía hallarse muy a gusto embutido en una flamante «dinner-jacket».

Con un gesto, Whitfield les invitó a sentarse a la mesa. Aceptaron pidiendo unas combinaciones. Shinwell le presentó, sonriente, al caballero desconocido, cuyo nombre era el de Dennis Conte.

—Es un amigo de absoluta confianza. Acaso puede disipar sus dudas respecto a un punto del que hablamos esta mañana. ¿Lo

recuerda?

Fred lo recordaba perfectamente. Archibald aludía a su recelo de que el Ku-Klux-Klan, resucitado en Florida, no hiciera otra cosa que perder el tiempo en vanas condenaciones verbalistas de la audacia agresiva y peligrosa de las gentes de color. Pero no le pareció oportuno plantear la cuestión en aquel momento. Prefirió hablar de Belle. ¿Por qué la consideraba peligrosa míster Shinwell?

—Porque es un engaño viviente, amigo mío. Parece de fuego y es de hielo; enciende las pasiones más violentas y permanece insensible; da la impresión de que es fácil de conseguir y uno se arruina antes de comprender que jamás logrará de ella absolutamente nada positivo.

Roscoe, el *sheriff*, terció entonces en la conversación. En aquel punto concreto no estaba muy de acuerdo con Shinwell. No creía que *miss* Layton fuera tan peligrosa como ja presentaba. Tenía, sí, y era el primero en reconocerlo, ciertos rasgos comunes con las artistas de su tipo que actuaban en clubs nocturnos, salas de fiestas y «*cabarets*». Sin embargo, no le parecía más interesada y peligrosa que cualquier otra.

—¿Que alguno dice que se arruinó por ella? Lo sé. Pero aun en el caso de que fuera verdad, y lo dudo, ¿podría nadie sostener honradamente que Belle le animó a tirar el dinero?

Archibald sonrió comprensivo al escucharle. Sabía que el *sheriff* andaba un poco trastornado por la esplendorosa belleza de la artista, aunque ésta no le hiciera demasiado caso. Hablaba con él, aceptaba alguna copa de champán, accedía incluso a bailar de tarde en tarde y nada más. Sin embargo, era suficiente para que Winter se creyera en el caso de defenderla.

—No vamos a discutir por eso, *sheriff* —repuso en tono cordial—. Admitamos que sea como usted dice. De cualquier forma, el consejo no vendrá mal a nuestro nuevo amigo.

Se puso en pie tras un rato de charla porque tenía que hacer en otro lado. Pudo hablar un momento aparte con Fred para indicarle:

—Si está dispuesto a cooperar con nosotros, póngase de acuerdo con Dermis Conte. Él le dirá lo que debe hacer; será como si se lo dijese yo. ¿Entendido?

A poco de marcharse Shinwell tornó a cantar Belle su segundo número. A Fred le pareció más hermosa que antes, pero

nuevamente le asaltó el inquietante pensamiento de que no era posible que una mujer de pura raza blanca tuviera aquel sentido innato y un poco salvaje del ritmo y la armonía. Se abstuvo, no obstante, de decir nada de esto a sus acompañantes.

—Maravillosa —exclamó al concluir la artista, mientras aplaudía con entusiasmo parecido al del resto de los espectadores.

—Lo es, desde luego —afirmó convencido Winter; luego, asaltado por una idea repentina, preguntó a Whitfield—: ¿Le gustaría conocerla, hablar con ella, pese a cuánto ha dicho míster Shinwell?

—Seguro que sí —replicó, sonriendo, Fred.

—Entonces, aguárdeme aquí. Voy a su camerino a pedirle que tome algo con nosotros. Espero que acepte.

Se marchó, Whitfield quedó salo en compañía de Conte. Éste, silencioso hasta entonces, rompió su mutismo para hablar de la artista. Compartía por entero la opinión de Shinwell.

—Y no sólo por lo que ha dicho, sino por algo más importante: *miss* Layton simpatiza con los negros.

Fred se echó a reír. No comprendía, y así lo dijo, que una muchacha blanca y bonita pudiera simpatizar con las gentes de color. Conte insistió:

—Anoche la oí hablar en defensa del bailarín al que tuvo que sacudir usted. Si no es ponerse del lado de esos cerdos...

Whitfield se explicaba sin grandes dificultades la actitud de *miss* Layton. El bailarín era un artista y Belle seguramente salió en defensa de un compañero, pasando por encima del color de su piel. Sin embargo, no quiso perder el tiempo discutiendo este punto con Dennis.

—Míster Shinwell me dijo que usted me indicaría algo más interesante.

—¿Respecto a los negros?

—Acerca de la forma de tenerlos a raya. Les odio tanto como el que más y me sobran razones para ello. Vine aquí esperanzado en que se hiciera algo práctico; pero si no se hace otra cosa que escribir artículos y pronunciar discursos, creeré que están perdiendo estúpidamente el tiempo.

Conte sonrió al escucharle. También a él le parecía que las declaraciones pomposas y los artículos contrarios a la diferenciación

racial no servían para nada. Por fortuna...

—Hay quién actúa de otro modo. ¿Quiere convencerse? Pues acompañeme mañana, a las ocho de la tarde, a una vueltecita que pienso darme por el Eden Theatre.

—¿Qué hay en el Eden Theatre? —preguntó interesado Fred.

—¡Nada menos que una reunión de la NAAPC! Iremos a dar una pequeña lección a esos cerdos.

Whitfield no necesitaba que nadie le explicase lo que era la NAAPC —Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color—, integrada no sólo por personas cultas de raza negra, sino por figuras descollantes de las ciencias, la literatura, el foro y las artes, interesadas todas en la elevación del nivel intelectual de la raza más atrasada y oprimida. En sus filas formaban individuos de todas las creencias, unidos por un anhelo común de eliminar las diferencias y prejuicios raciales. Su fuerza principal radicaba en el Norte, pero extendía sus ramificaciones a los estados del Sur. La NAAPC organizaba asilos y orfanatos para los niños de color; sanatorios, escuelas elementales y superiores para los adultos negros; abogaba constantemente en defensa de sus intereses y alzaba la voz de protesta tan pronto como se perpetraba la menor injusticia contra ellos.

—¡Tienen cara viniendo aquí! —murmuró Fred—. Después de ser los culpables de todo...

—Seguro que sí —aprobo, convencido, Dennis—. Lo menos que merecían es que los colgásemos a todos.

Pero el proyecto para el día siguiente era menos trágico, aunque no por ello menos ejemplar. El Eden Theatre, pese a su nombre retumbante y sonoro, no pasaba de ser una sala de tercera clase en uno de los barrios extremos de Miami. Era de suponer que a la anunciada reunión no asistieran más que los organizadores y unas decenas de negros, ya que al resto de la población de color el miedo le impediría acudir como sería su deseo.

—Entraremos cuando estén en plena fiesta. No hará falta emplear las pistolas: bastará con las porras. Les haremos salir corriendo a palos.

—¿Y si alguno se resiste?

—Peor para él; con abrirle un agujero en la barriga, asunto resuelto.

De la Policía no había por qué preocuparse. Los elementos dirigentes de la NAAPC habían solicitado protección de las autoridades. La tendrían. Quince o veinte agentes vigilarían en las proximidades del teatro e incluso en su interior. Pero...

—Están bien aleccionados. Desaparecerán en el momento indicado. Volverán cuando haya terminado, el jaleo. Y dirán, como es lógico, que la culpa la tuvieron esos perros al insultar a las personas decentes.

Se pusieron de acuerdo en pocas palabras. La conversación sufrió una brusca interrupción con la vuelta de Winter, acompañado ahora por Belle Layton. Antes de que llegasen a su lado, Dennis le indicó en voz baja:

—¡Ojo con ella, amigo! No olvide que simpatiza con los negros.

—¿También el *sheriff*? —inquirió Fred.

—¡Ni hablar! Les odia tanto como nosotros, pero el cargo le ata un poco las manos.

Cuando Winter llegó a su lado acompañado de la artista, Fred hubo de dar mentalmente la razón a Shinwell: de cerca era cien veces más bonita, atrayente y posiblemente peligrosa, que a unos metros de distancia. Aparte de su belleza, tenía gracia en los ademanes, una palabra fácil y una simpatía que prendía con rapidez en quién hablaba con ella.

Contra lo que pudiera esperarse dada su actuación en clubs nocturnos y «*cabarets*», ni sus gestos eran provocativos ni desgarrada su conversación. Se expresaba con sencillez, bebía con moderación y nada en sus modales recordaba a la estampa clásica de la «wamp» irresistible.

Reconoció en el acto a Fred como el causante del escándalo de la noche anterior, pero no hizo de momento la menor alusión a lo sucedido. Habló con él en tono cordial y habilidosamente cortó en flor sus galanteos desviando la conversación.

—¿Por qué no baila con *miss* Layton, Whitfield? —sugirió, al cabo de un rato, el *sheriff*—. Podrá comprobar entonces que jamás tuvo otra pareja más admirable.

Como Belle no se opusiera de una manera rotunda, Fred bailó con la joven. Experimentó una ligera turbación al sentir contra su cuerpo el contacto de la muchacha. Acaso aumentara su confusión al comprobar su torpeza en el baile, comparando sus escasas

aptitudes con la destreza de la joven. Por espacio de cinco minutos bailaron sin hablar palabra. De pronto, Belle le preguntó en voz baja:

—¿Por qué lo hizo?

—¿Por qué hice qué? —preguntó ligeramente sorprendido Fred.

—Lo de anoche. Larry, el bailarín, es un gran muchacho; dos de los camareros despedidos tienen mujer e hijos.

—Pero todos ellos son negros —saltó Whitfield—, y los negros...

—¿No tienen derecho a la vida?

—Como animales, sí; como personas, no. Entre ellos y nosotros hay un abismo que nadie ni nada puede hacer desaparecer; no es posible tolerar que quieran igualarse con nosotros.

Belle replicó en tono mesurado, sin levantar la voz, sin dar muestras de indignación, pero opinando en sentido diametralmente opuesto. Sostenía que los negros eran seres humanos; que muchas veces, pese al color de su piel, tenían mejor fondo, sentimientos más altos, más nobles y puros que los blancos puros.

—Lo creo —contestó Fred—, aunque no sea un argumento de peso. Todos hemos conocido caballos o perros con un espíritu de fidelidad, abnegación y heroísmo superior al de muchas personas, pero eso no nos induce a considerarlos como personas.

—Ni a odiarlos, ¿verdad? —preguntó intencionada, la muchacha.

—No, porque ni el perro ni el caballo, por útiles que nos hayan sido en un momento dado, pretenden colocarse a nuestro nivel. Y ése y no otro es el anhelo de las gentes de color.

—Su corazón y el nuestro están colocados a la misma altura —repuso, dolorida, la muchacha—. Soy católica y mi religión no establece diferencias entre las gentes por su raza u origen. Todos son iguales a los ojos de Dios; todos pueden salvarse por la bondad y el amor.

Fred sonrió desdeñoso. Le costaba trabajo admitir que un negro pudiese tener un alma semejante a la suya, merecedora de eternas bienandanzas. En cuanto al amor, entendía que las gentes de color lo ignoraban por completo; conocían su aspecto más bajo y grosero, su manifestación puramente animal, pero no la exaltación idealista del ser querido que eleva al hombre por encima de todas las miserias humanas.

—¿Y si usted mismo llegara a enamorarse de quién llevase sangre negra en sus venas?

Whitfield miró desconcertado a la muchacha. Había hecho la pregunta con palabras vacilantes que parecían ocultar una grave emoción.

—Eso no ocurrirá nunca —afirmó convencido.

—¿Y si ocurriese? —insistió Belle—. ¿Si llegase a no poder vivir sin los besos de una mujer que no fuera de su raza?

—Me mataría —contestó Fred—. Me arrancaría el trozo de piel que me hubiera manchado con sus besos y quemaría mis carnes para librarme de su contagio.

Sus palabras produjeron un terrible efecto en la muchacha. Por espacio de dos minutos fue incapaz de articular palabra. Al cabo, en tono dolorido, Fred la oyó murmurar:

—El odio destruye a quien es capaz de albergarlo en su pecho. Ese odio acabará convirtiéndole a usted... en lo mismo que son sus amigos.

—¿Qué son mis amigos? —inquirió Whitfield, en tono desafiante.

—Lo que acaso sepa mejor que yo. Winter, el *sheriff*, un hombre capaz de matar a sangre fría a dos negros maniatados; Shinwell, un caballero de aspecto honorable, roído por las pasiones más inconfesables, ganando dinero nadie sabe cómo, pero que...

Fred saltó, interrumpiéndola. Los medios de vida de Archibald Shinwell estaban claros. Era gerente de una gran empresa: la International Trade Company. La muchacha se encogió de hombros. Durante muchos años aquella empresa había sido un auténtico desastre que no permitía a su gerente más que acumular deudas.

—Repentinamente, míster Shinwell cambió por completo. Pudo derrochar miles de dólares. ¿No le parece extraño que ese cambio coincidiera con su nombramiento?

—¿Qué nombramiento? —preguntó Whitfield, intrigado—. No sabía que Shinwell fuese nada.

—¿Ni siquiera gran dragón del Ku-Klux-Klan en Florida? Pues lo es. Apenas designado empezó a nadar en la abundancia y, lo que es cien veces peor, se acentuó la persecución racial.

Fred la escuchó con interés. No le sorprendía que el gerente de la International Trade ostentase la Jefatura del Ku-Klux-Klan en

Florida, aunque resultaba extraño que fuese a saberlo de labios de una artista del

Harold's.

Pero si las palabras de la joven eran ciertas, había en sus afirmaciones dos aspectos interesantes por igual: que la organización clandestina era mucho más eficaz de lo que había supuesto y que la lucha contra los negros constituía para alguien un negocio espléndido, si bien esto último podía ser una fantasía de *Miss Layton*.

—Pero acaso Dennis Conte —prosiguió Belle— sea el peor de todos. Es un tahúr, un pistolero; tiene varios muertos sobre su conciencia y ha conocido, y no de visita precisamente, las penitenciarías de diversos Estados. Si habla de esto con él, le dirá que cometieron una injusticia. Creo que tiene razón. De haber hecho justicia, hace años que habría sido ejecutado.

Whitfield no contestó una sola palabra. Si le había sorprendido algo de lo que dijo la muchacha respecto a Shinwell, no le extrañaba nada acerca de Conte. Su aspecto, sus modales, sus palabras; la alegría que brillaba en sus ojos al hablar del planeado asalto del Eden Theatre bastaban para darse cuenta de su catadura.

Calló la orquesta y volvieron lentamente hacia la mesa. En el camino, Belle volvió a hablar:

—Apártese de ellos antes que sea demasiado tarde, amigo. Pese a todo lo ocurrido, creo que es usted una persona decente. Si continúa a su lado...

—¿Qué?

—Acabará siendo un asesino más...

III

RACHA DE CRÍMENES



A Prensa de Miami no había concedido demasiada atención a la reunión convocada por algunos miembros de la NAAPC en el Eden Theatre. Tan sólo dos periódicos la aludieron de pasada, calificándola de una provocación más. Tampoco fue anunciada como otras asambleas y mítines con grandes cartelones en las esquinas o alegres cabalgatas por las calles. La noticia se divulgó de boca en oído con cierto aire de clandestinidad, especialmente en los barrios negros. Y fueron más los que se abstuvieron de acudir, que quienes tuvieron el valor cívico preciso para ir allá sin preocuparse de las consecuencias.

Durante la primera media hora el acto se desarrolló con absoluta

normalidad. Tras las palabras iniciales del doctor Randolph —un médico tan conocido en toda Florida por el sincero afán con que abogaba por la igualdad de derechos, como por el desinterés con que prestaba su asistencia a los necesitados de cualquier raza que fuesen—, exponiendo los motivos de la reunión, hablaron un maestro negro, que describió las vejaciones de que recientemente había sido víctima, y un periodista blanco —corresponsal del *Tribune Daily*, de Boston—, quien calificó los sucesos de Florida como «una vergüenza y un baldón para los Estados Unidos».

Los espíritus pusilánimes que temieron que apenas comenzado el acto se produjese una irrupción en masa de sus adversarios, terminando la asamblea en una batalla campal en que les tocaría llevar la peor parte, fueron tranquilizándose al ver que sus augurios no tenían confirmación. Indudablemente, y aunque sólo fuese por una vez, las autoridades habían cumplido con su elemental deber de mantener el orden, garantizando la libre expresión del pensamiento. Los agentes que todos habían visto en las puertas y los alrededores del local bastaban para alejar a los elementos perturbadores.

Acaso por ello fue mayor la sorpresa de todos cuando se produjo el primer incidente. Estaba hablando un abogado —John S. Manning—, defensor del negro que fue condenado a muerte por segunda vez, luego de ser gravísimamente herido por el *sheriff* Roscoe Winter en circunstancias altamente sospechosas. Manning anunció su decisión de recurrir de nuevo al Tribunal Supremo contra la sentencia, afirmando que el veredicto condenatorio fue dictado contra toda razón y derecho, cuando una vez cólera le interrumpió:

—¡Todo eso es mentira! Eres un embustero que mereces morir ahorcado...

Todos los ojos se volvieron hacia el palco de donde habían salido los gritos. Pudieron ver a un individuo corpulento, con el ala del sombrero muy echada sobre los ojos y un pañuelo tapándole la parte inferior de la cara, que vociferaba puesto en pie y con las manos hundidas en los bolsillos.

—¡No sois más que unos cerdos cobardes a los que hay que tratar a patadas!

Pasada le sorpresa inicial se produjo un clamoreo ensordecedor. Varios de los presentes se pusieron en pie y se dirigieron hacia el

palco, dispuestos a obligar a callarse al interruptor. Éste no pareció asustarse lo más mínimo. Con gesto desafiante se inclinó sobre la barandilla del palco gritando a la multitud enfurecida:

—¡Gallinas! Venid si os atrevéis, y veréis lo que es bueno...

Desde el escenario, Manning trató de hacerse oír recomendando calma y prudencia:

—¡No le hagáis el juego, amigos míos! Sólo a nuestros enemigos puede convenirles un escándalo.

Secundando su actitud, el doctor Randolph pidió a voces que se avisara a la Policía. Debía ser ella quien expulsara del local a los interruptores. Haciendo caso de sus palabras, varios individuos corrieron hacia la puerta de entrada. En el vestíbulo habían visto al entrar a unos cuantos agentes uniformados. Su presencia bastaría para restablecer la calma.

Pero cuando la puerta se abrid —y fue antes de que llegasen a ella—, recibieron la más desagradable de las sorpresas. En el patio de butacas irrumpieron inopinadamente quince o veinte individuos. Todos ellos llevaban la cara cubierta con un pañuelo negro; en la mano derecha esgrimían una porra de goma, mientras en la izquierda portaban sendas pistolas. El sujeto que parecía acaudillarles gritó, enérgico:

—¡Duro con ellos! ¡No dejéis una cabeza sana!

Grupos de negros, coléricos y enfurecidos, pretendieron oponerse a los asaltantes. La mayoría no tenían otras armas que sus puños; algunos echaron mano a navajas y cuchillos con los que trataron de hacer frente a sus enemigos; varios rompieron las butacas utilizando sus patas como armas de combate.

Por desgracia para ellos se hallaban en condiciones de terrible inferioridad. Ni estaban preparados para una lucha que les cogía desprevenidos ni acertaron en pleno barullo a coordinar su esfuerzo. Peleaban aislados, individualmente contra gentes que lo tenían todo perfectamente planeado, lo que les permitía ser más fuertes en todos los puntos y destrozar sin graves dificultades cuantas resistencias se les oponían. Tenían, además, un arma decisiva: las pistolas. Si en un principio se limitaron a disparar al aire, luego no dudaron en tirar sobre sus adversarios, y cinco o seis negros rodaron por el suelo con un agujero en el pecho o la cabeza.

Frederick Whitfield estaba, naturalmente, entre los asaltantes.

Acompañaba en su palco a Dennis Conte, que era quien había iniciado el escándalo con su interrupción a John S. Manning. Luego, cuando sus secuaces penetraron en son de guerra, se lanzaron abiertamente a la contienda. Al saltar por encima de la barandilla, Conte había dado una orden a sus acompañantes:

—¡Al escenario, muchachos! ¡Hay que sobar bien el cuero a los organizadores!

Se abrieron paso con relativa facilidad, repartiendo golpes a diestro y siniestro. Eran seis hombres corpulentos, bien armados y con una misión concreta, frente a un número diez o doce veces superior de personas amedrentadas y sin saber qué hacer. No les costó gran trabajo llegar al escenario. De pie, junto a las candilejas, el doctor Randolph y John S. Manning seguían gritando, aunque nadie podía entender lo que decían.

Dennis fue el primero en subir al escenario, seguido de cerca por Fred. Conte se acercó por la espalda al abogado y le sacudió un porrazo en la cabeza, mientras decía:

—Éste es el premio que mereces por defender a esos piojosos...

El abogado rodó por el tablado, perdido el conocimiento. El doctor Randolph se volvió y protestó airado contra la agresión que calificó de salvajismo y barbarie. Dennis levantó resuelto la porra, gruñendo:

—¡Cierra el pico, imbécil!

El golpe no alcanzó en la cabeza al doctor, pero era tal su violencia que, pese a darle en un hombro, le hizo retroceder tambaleante. Conte se lanzó tras él dispuesto a derribarle de un nuevo porrazo. Randolph, medio atontado ya, no podía ofrecer la menor resistencia.

—¡Cobarde! Pegarle así a un viejo...

La voz sonó al mismo tiempo que el doctor se derrumbaba tras recibir un segundo golpe. Con movimiento rápido, Dennis se volvió para hacer frente al que le insultaba. Se encontró frente a un negro joven, corpulento y fornido; pese a su fortaleza, Conte creyó fácil derrotarle, porque su contrincante no tenía otras armas que los puños.

Levantó la mano armada con la porra, pero no llegó a bajarla. El negro le cogió de la muñeca con dedos que parecían garfios, impidiéndole hacer el menor movimiento. Luego, doblando la

pierna derecha, le asestó un terrible rodillazo en el bajo vientre.

Dennis lanzó un ahogado gemido y se dobló instintivamente; cuando el negro le soltó quedó hecho un ovillo, sintiendo un dolor intenso y un abandono casi completo de sus fuerzas. Su contrincante pudo pegarle entonces con plena impunidad.

Si no lo hizo, pudo ser por dos razones distintas. Que le repugnase golpear a quien no estaba en condiciones de defenderse, o la necesidad imperiosa de hacer frente a un nuevo adversario. Y este nuevo adversario hubo de ser, en razón de su proximidad, Frederick Lee Whitfield.

El negro arremetió contra él cuando le vio acercarse. Tras presenciar lo ocurrido a Conte, y teniendo en cuenta la corpulencia de su enemigo, Fred sintió ciertos deseos de manejar la pistola que empuñaba en la mano izquierda. Se contuvo con un esfuerzo. Allí habían ido a deshacer la asamblea, a repartir unos cuantos golpes, pero no a matar a sangre fría. Y disparar contra quien no disponía de ningún arma equivalía a un asesinato.

Optó por soltar la pistola para pelear en condiciones de mayor igualdad. En los dos minutos siguientes demostró cumplidamente que nada tenía de flojo ni de cobarde. El negro atacaba con furia ciega, lanzando los brazos como aspas de molino. De haberle alcanzado de lleno cualquiera de los golpes, posiblemente Whitfield hubiera rodado por el escenario, perdido el conocimiento.

Por fortuna para él, era fuerte, ágil y conocía todos los secretos del boxeo y la lucha libre. Con hábil juego de piernas se desplazaba con rapidez de un lado a otro, hurtando el cuerpo a los puñetazos del enemigo. Pero hacía algo más que rehuir golpes: los propinaba. Su puño izquierdo alcanzó repetidas veces el estómago y la cara de su adversario. Luego, en un momento en que el negro, desconcertado, quedó inmóvil a medio metro de distancia, le asestó un porrazo en la cabeza.

Conmocionado, su contrincante extendió los brazos tratando de aplastarle entre ellos. Fred retrocedió un paso y volvió a dejar caer la porra sobre la cabeza del negro. Esta vez fue suficiente para que a su adversario se le doblasen las rodillas y cayese al suelo totalmente ajeno ya a cuanto le rodeaba.

Whitfield acudió en ayuda de Conte. El dolor del rodillazo había pasado y se hallaba bastante repuesto. Se incorporó por completo,

miró en torno suyo, recogió la pistola que minutos antes había perdido, y preguntó a Fred:

—¿Qué fue de ese cerdo negro?

—Ahí está —contestó Whitfield, sin adivinar sus intenciones—. Le sacudí fuerte y creo que estará un buen rato sin moverse.

—¡No volverá a moverse, amigo mío!

Dennis se acercó al negro, y antes de que Fred pudiera impedirlo apretó por tres veces el gatillo de la pistola. Tres agujas de plomo se hundieron en el pecho y la cabeza de un individuo que perdido el conocimiento, no tenía posibilidad ninguna de defensa. El pobre hombre se agitó un momento en los estertores de la agonía antes de quedar definitivamente inmóvil.

Impresionado y colérico, Whitfield se lanzó sobre Conte. Cogiéndole del brazo le impidió seguir disparando. Luego inquirió, irritado:

—¿Se ha vuelto usted loco?

—¡Ni pensarlo, muchacho! Ese piojoso me sacudió y yo tenía que liquidarle.

—Pero no así, disparando a boca de jarro sobre un individuo inconsciente. Eso...

—Eso ha sido lo mejor para él —repuso, con frialdad, Dennis—. No tuvo que sufrir lo que se merecía. ¿No lo cree, amigo mío?

—Yo creo que acaba de cometer un asesinato cobarde.

Conte le miró entre sorprendido e indignado. ¿A qué hablaba de asesinato, si el muerto era un negro? ¿Quería, acaso, que le tratara como a una persona?

—¿Se ha vuelto vegetariano de presto y le asusta la sangre?

En la mirada de Dermis brillaba una lucecita homicida. Había librado ya su mano armada con la pistola y era fácil adivinar que no vacilaría en tirar sobre su compañero en caso de que la discusión se agriase. Fred no tenía el menor deseo de que le agujerearan la piel. Durante la pelea con el negro había soltado la «Browning» y aún no la había recuperado. Optó, pues, por suavizar las cosas.

—De todas formas —murmuró—, no estuvo bien lo que hizo.

—¡Bah! —rió, satisfecho, Conte—. ¿A quién puede importarle la vida de un negro?

Se oyó entonces un agudo silbido. Conte se adelantó a las candilejas para gritar a los que todavía andaban por el patio de

butacas:

—¡La función ha terminado, muchachos! Hay que largarse a la carrera.

Varios de sus amigos saltaron al escenario. Sólo dos o tres corrieron hacia la puerta que daba al vestíbulo del teatro. Dennis les chilló, irritado:

—¡Por ahí no, idiotas! ¿Queréis daros de bruces con la «bofia»?

Los interpelados retrocedieron a toda prisa. Conte siguió dando instrucciones:

—Al salir, quitaos los pañuelos y guardad las pistolas. ¡Y no echéis a correr asustados! Nadie se meterá con vosotros...

Dio el ejemplo quitándose el pañuelo, guardando la pistola y escondiendo la porra, mientras avanzaba por el largo pasillo que conducía a la salida de artistas. Fred le imitó. Pronto estuvieron en una callejuela estrecha y oscura. Allí reinaba cierta tranquilidad, aunque en la avenida donde se hallaba la entrada principal del Edén Theatre se oían voces y gritos, mezclados con el estridente aullido de las sirenas de los coches policíacos.

—¡No apurarse, muchachos! No vendrán por aquí.

Fue contando a sus secuaces a medida que salían. Sonrió satisfecho al comprobar que no faltaba ninguno. Indicó entonces:

—¡Que cada uno vaya por su lado! Si alguien le pregunta algo, no sabe absolutamente nada. Si llegan a detenerle, que no se preocupe. Estará en libertad en cuanto llegue a la estación. ¿Entendido?

Por fortuna, nadie les salió al paso, no tuvieron que responder a ninguna pregunta ni fue detenido uno solo de ellos. Los apaleados espectadores de la fracasada asamblea habían huido a todo correr y seguramente se hallaban en el extremo opuesto de la ciudad; los que no se encontraban en condiciones de correr estaban siendo atendidos e interrogados por la Policía, que más que como víctimas parecía considerarlos como victimarios. Y en cuanto a los agentes de la autoridad, si habían bloqueado la parte delantera del edificio, o no sabían o no querían saber nada de la salida de artistas que daba a una callejuela y que era, precisamente, por donde pudieron escapar con toda tranquilidad los asaltantes.

A Whitfield no le agradó lo sucedido. El plan primitivo había sufrido trágicas y lamentables alteraciones. Los individuos que al

mando de Conte irrumpieron en el Eden Theatre no se habían limitado a disolver la reunión apaleando a los concurrentes, sino que utilizaron las armas de fuego. El resultado fueron dos muertos y siete heridos graves.

—No hubo más remedio —dijo míster Shinwell aquella noche, comentando, satisfecho, los sucesos de la tarde—. Según Dennis, esos cerdos estaban bien armados. Si los muchachos no llegan a disparar, hubieran sido ellos las víctimas.

—Lo malo es que la Policía tendrá que llevar a fondo la investigación y podemos vernos acusados de homicidio en primer grado.

Shinwell se echó a reír. Luego, dando a su interlocutor una palmada amistosa en el hombro, repuso:

—Tranquilícese, amigo. Puedo asegurarle que eso no pasará.

—¿Quiere decir que la Policía no hará nada?

—¡Claro que lo hará! Lo está haciendo ya, para ser más exactos. A estas horas hay detenidos unos cuantos negros sometidos a un estrecho interrogatorio. Son duros de pelar, pero ya verá cómo acaban confesando que toda la culpa fue suya.

—Pero los dos muertos...

—Los mataron ellos mismos. Sin querer, naturalmente. ¡Son tan torpes manejando las armas de fuego...!

Aunque Shinwell hablaba en tono de pleno convencimiento, a Fred le costaba trabajo creer que nadie pudiera sostener tan burda y falsa versión de los hechos. Acaso por ello fue mayor su asombro cuando a la mañana siguiente leyó la mayoría de los periódicos locales.

A un relato falaz de lo ocurrido, acompañaban unos comentarios insidiosos y envenenados. Tanto el *Florida Post* como sus colegas arremetían violentos contra «los negros indómitos y rebeldes que aspiraban a saciar sus ansias primitivas de venganza»; pero primordialmente contra «los blancos que, por ambición, estupidez o inconsciencia, azuzaban sus malos instintos». Los miembros de la NAAPC eran los principales responsables de la tragedia y sobre sus cabezas debía caer todo el peso de la Ley para impedirles persistir en «una táctica suicida de incitación al crimen que podía desembocar cualquier día en una verdadera catástrofe».

—¿Qué le parece, amigo? —preguntó Dennis a Fred,

mostrándole los periódicos.

—Que si da otro golpe por el estilo —repuso el interrogado, en tono cuya ironía no acertó a descubrir Conte—, le convierten en héroe nacional. Nada me extrañaría que llegasen a concederle la Medalla del Congreso.

—Otros la consiguieron con menos méritos. Al fin y al cabo prestamos un gran servicio al país metiendo en cintura a los criminales negros.

Whitfield se sentía dolorido y un poco asqueado. Había una escena que no podía borrar de su imaginación: la del pobre individuo tendido sin conocimiento en el escenario del Eden Theatre sobre el que fríamente descargaba su pistola Dennis Conte. Por encima de cuánto dijeron los periódicos, más fuerte que todos los argumentos esgrimidos para justificar los prejuicios raciales, estaba la realidad de aquel crimen innecesario, bestial y cobarde. Muchas veces recordó en aquellas horas las palabras de Belle Layton.

«Voy creyendo que tenía razón y que quienes me rodean no son más que asesinos».

Pronto vió confirmada en cierto modo otra de las afirmaciones de la artista. Veinticuatro horas después de los sucesos, Dennis ponía en sus manos dos billetes de cien dólares. Cuando preguntó, sorprendido, Conte le explicó que todos los muchachos habían recibido una cantidad semejante. Parecía ser la costumbre. Quien realizaba algún trabajito se veía prestamente recompensado.

—No es gran cosa, desde luego; pero por algo se empieza, y un par de billetes no viene nunca mal.

El dinero procedía de míster Shinwell. Tras una pequeña discusión con Dennis, Fred acabó cogiendo los billetes con el firme propósito de devolvérselos al gerente de la International Trade. Se dirigió sin pérdida de minuto a las oficinas de Collins Avenue y expuso con claridad su pensamiento. Si colaboraba con el Ku-Klux-Klan no lo hacía con ánimo de lucro, sino por el deseo de servir a una causa que estima justa.

—Lo sé, amigo mío; lo sé —repuso, sonriendo, Archibald—. De todas formas, guárdese ese dinero. Estímelo como una pequeña compensación de los gastos que le ocasiona su estancia en Miami. Y piense que al aceptarlo, lejos de hacerle yo un favor, es usted quien

me lo hace a mí.

Con medias palabras insinuó que había otros muchos como Whitfield, que actuaban con absoluto desinterés. Pero la organización de Miami estimaba conveniente hacerles percibir algún dinero; no sólo como retribución de su labor, sino para asegurarse su lealtad. En un hombre que había cobrado unos centenares de dólares se podía tener mayor confianza que en quién se negara a recibir un solo centavo.

No sin ciertas vacilaciones, Fred acabó dándole la razón. Tan sólo expuso al final un escrúpulo. Los que habían intervenido en el asalto al teatro eran una treintena; si cada uno percibía doscientos dólares, significaba un desembolso mínimo de seis mil. Por grandes que fueran los recursos de mister Shinwell, si se repetían con frecuencia golpes semejantes, no tardaría en quedar en la ruina.

—Comprendo y admiro su actitud, pero me parece excesivo su sacrificio al repartir su fortuna entre todos nosotros.

Una leve sonrisa entreabrió los labios del gerente de la International. Luego se apresuró a tranquilizar a Whitfield. Aunque de buena gana daría cuánto tenía, aquel dinero no era suyo. Sus recursos económicos resultaban pequeños para poderle permitir tales dispendios.

—¿De quién es, entonces? —inquirió Fred.

—De algunos amigos, cuyos nombres conviene no mencionar —repuso Shinwell—. Son personas inteligentes, que saben que hacen el mejor de los negocios proporcionándonos el dinero preciso para continuar la lucha. Si no tuviéramos a raya a los negros, pronto lo perderían todo, empezando por la propia vida.

Whitfield le creyó. La cosa no era nueva ni tenía mucho de sorprendente. En los días lejanos de la Reconstrucción, los granjeros ricos no sólo prestaban su concurso personal a las partidas encargadas de sembrar el terror entre los negros ensoberbecidos, sino que facilitaban dinero para la compra de armas y caballos o para pagar a los abogados encargados de defender a quienes caían en manos de la Justicia nordista. En tiempos más recientes era público y notorio que el Ku-Klux-Klan estuvo financiado por grandes terratenientes y fabricantes. Su generosidad no era idealista ni desinteresada, ya que el terror que sembraban entre los braceros de color impedía que éstos pidieran aumento de salarios. En

realidad, hacían un lucrativo negocio: por cada dólar que pagaban al Klan, se ahoraban treinta o cuarenta de sueldos y jornales. Igual podía ocurrir ahora.

Pero si Whitfield llegó a creerlo así, pronto encontró alguien que pensaba de muy distinta manera. Aquel alguien era Caleb Wiggins, un muchacho de Daytona al que había conocido en el hospital francés, donde hubo de curar sus heridas y del que no había vuelto a saber una sola palabra. Demostrando ser un magnífico fisionomista, Fred le identificó entre los asaltantes del Eden Theatre. Habló con él, le recordó las semanas pasadas en camas vecinas de la misma sala, y Wiggins le reconoció a su vez. Charlaron como viejos camaradas, evocando los días lejanos de la guerra y esta otra lucha en que ahora estaban empeñados.

Caleb, nacido en el Sur e imbuido desde la infancia por todos los prejuicios raciales imaginables, no experimentaba simpatía alguna por los negros. Su antipatía contra la gente de color le había llevado, como a tantos otros, a formar en las filas del renacido Ku-Klux-Klan. Sin embargo, no se hallaba nada satisfecho con Dennis Conte y algunos de sus secuaces.

Whitfield planteo entonces el problema del dinero que Archibald repartía con tanta prodigalidad, señalando el origen que le atribuía el gerente de la International Trade.

—Lo mismo me dijo a mí —repuso Wiggins—, pero me parece un cuento, en el que cada vez que lo pienso tengo menos confianza.

—¿Y qué interés podía tener en engañarnos? —inquirió, dubitativo e interesado, Fred.

—No lo sé —reconoció Caleb—. Pero empiezo a pensar que el dinero tiene un origen inconfesable, y me disgusta el juego. Haré algunas averiguaciones, y si resulta lo que me temo, tanto Shinwell como algún otro van a tener que oír cosas que no les agradarán.

Las palabras de Wiggins dieron bastante que pensar a Fred, pese a que no quiso decirle qué averiguaciones se disponía, a realizar. Prometió, no obstante, tenerle al corriente de cuánto lograra saber, y Whitfield hubo de darse por satisfecho con esto.

Aquella noche fue, como de costumbre, por el Harold's.

Allí solía encontrarse con Roscoe Winter, el *sheriff*, acompañado por el teniente Gaynor; tampoco era extraño tropezarse con Dennis

Conte y algunos de sus secuaces y ni el mismo Shinwell desdeñaba darse una vuelta por el lujoso club nocturno. De creer al *sheriff* y al teniente, los negros detenidos en el Eden Theatre iban confesando poco a poco, y sus declaraciones confirmaban en todas sus partes las informaciones publicadas por la mayoría de los periódicos de la localidad.

—Cuando pongamos el asunto en manos del juez, no habrá dudas posibles. Lo de menos es, naturalmente, la condena de esos tipos; lo importante es que los malditos yanquis comprendan que la famosa NAAPC actúa aquí de acuerdo con forajidos de la peor especie.

No era, sin embargo, el *sheriff* ni sus interrogatorios de los supuestos culpables de los sucesos del Eden Theatre lo que llevaba a Fred al

Harold's;

tampoco el deseo de hablar con Shinwell o Conte, pese a que después de su intervención en la última algarada, había quedado incorporado prácticamente a sus huestes. Aunque le costara trabajo confesárselo a sí mismo, el motivo de que todas las noches pasase allí varias horas no era otro que Belle Layton.

Pese al tono violento en que le habló la primera vez que bailasen, la artista no parecía sentir repulsa ni hostilidad contra él, sino todo lo contrario. Cuando cantaba solía mirar hacia la mesa que ocupaba como si le brindase su labor; luego aceptaba complacido su invitación, tomaba asiento a su lado y charlaban animadamente. Winter no pudo disimular su contrariedad, diciéndole en una ocasión:

—Tiene suerte, amiguito. Belle le trata como no trató nunca a ninguno de nosotros.

Dennis y míster Shinwell arrugaban el ceño cuando los veía bailar juntos. El gerente de la International Trade se creyó en el caso de llamarle la atención:

—Recuerde lo que le dije el primer día, Whitfield. Esa mujer puede resultar más peligrosa de lo que imagina.

—¿Para mi bolsillo? Descuide. No tengo el dinero preciso para excitar la ambición de una mujer como *miss* Layton.

—Acaso sea eso lo peor —gruñó Archibald—. De no buscar dinero, puede interesarla otra cosa: saber lo que planeamos, por

ejemplo.

Fred rechazó de plano la sugerencia. De interesarla los planes de la organización clandestina destinada a sembrar un saludable temor entre la población de color, no se hubiera fijado en él, que era un simple peón en el juego, sino en alguno de los dirigentes. Además...

—Le aseguro que jamás hablamos de política ni de cuestiones raciales.

Así era, en efecto. Luego de la primera noche, Belle y Fred no habían aludido para nada al problema que ocupaba el primer plano en la actualidad de Florida. La muchacha estaba enterada, como todo el mundo, del asalto al Eden Theatre, y era demasiado inteligente para creer la versión dada por los periódicos. Incluso, sabiendo quiénes eran Shinwell y Conte, debía sospechar que Whitfield, que andaba a su alrededor, no fuese totalmente ajeno a lo sucedido. De cualquier forma, no planteó de cerca ni de lejos el asunto, y Fred se lo agradeció.

Pronto advirtió que Belle era mucho más inteligente y culta de lo que hubiera podido esperarse en una estrella de *cabaret*. También que ni era tan interesada como algunos suponían, ni tan alegre y desenvuelta en sus costumbres como muchos daban por descontado... Cuando Fred hizo algunas insinuaciones, la muchacha le cortó en seco:

—¿No le parece preferible que sigamos siendo amigos?

Fueron amigos, aunque su amistad apenas databa de unos días y ni uno ni otra sabían si se prolongaría muchos más. Sin embargo, se sentían mutuamente atraídos y esto hizo, quizá, que hablasen con mayor confianza e intimidad. Deseando provocar las confidencias de la joven, Whitfield le habló de su infancia en Georgia, de, sus estudios en Yale y de sus años de guerra en Europa.

Bello, a su vez, le contó algo de su vida. Había nacido en un pueblecito de Alabama; sus primeros años, durante los que conoció de cerca la miseria, no tuvieron nada de alegres. Trabajó después en una fábrica de Bessemer hasta que, descubriendo sus cualidades artísticas, decidió variar de rumbo. Su belleza, su juventud y el sentimiento que ponía en sus canciones le habían proporcionado algunos éxitos. No se hacía, sin embargo, demasiadas ilusiones. Sabía que podía triunfar en los clubs nocturnos o en las pistas de las salas de fiesta, pero que su voz no tenía la potencia suficiente para

abrirle las puertas de los grandes teatros.

—No me agrada esta vida; sé que no podré conquistar la gloria ni la fortuna. Pero acaso logre ahorrar lo suficiente para comprar una pequeña granja en Alabama.

Pensaba marchar allí a vivir en compañía de su madre. A Whitfield le asombraba oírle expresarse en tales términos. Era la antítesis de cuánto Shinwell le había dicho. Lejos de ser la «vamp» capaz de encender todas las pasiones en los pechos masculinos y sin otro ideal que aligerarles la cartera, hablaba como una muchacha sencilla y modosa. Y, por grande que fuera su sorpresa, al oírle tenía la plena seguridad que decía la verdad.

—¿Y no ha pensado en casarse? —Hubo de preguntarle, extrañado.

La joven vaciló en responder, mientras una sombra de tristeza pasaba por sus ojos oscuros. Al fin contestó, con absoluta sinceridad:

—¡Claro que sí! ¿Qué muchacha no piensa en casarse? Pero...

—¿Qué?

—Que los hombres que se casarían conmigo son los que yo no querría, y acaso el único a quien amase, fuera un imposible para mí.

Había un acento de terrible amargura en sus palabras. Fred quiso que se las explicara y Belle lo hizo. Aludió a la triste fama que envolvía a las artistas que actuaban en clubs nocturnas. De ella, concretamente, se habían sentado historias fantásticas, que nada tenían de agradables. Todos los individuos que se vieron rechazados en sus torpes proposiciones —como le ocurría, entre otros, a míster Shinwell— se vengaron calumniándola.

—Aunque no haya en lo que dice un ápice de verdad, ¿podría creerlo el hombre a quien yo amase?

Hablaba en tono de perfecta sinceridad. Su razonamiento era lógico, si bien quizá desorbitaba un poco la cuestión. No obstante y por vez primera, Fred experimentó la sensación de que no le decía toda la verdad. Aquélla era una parte de la verdad, pero no la verdad por completo. ¿Cuál sería la razón fundamental de la profunda desesperanza de Belle? Esperaba que la joven se lo dijese. E incluso que fuera aquella misma noche.

Pero cuando la habló, le pareció que la muchacha estaba nerviosa, preocupada y abstraída. Tuvo la impresión de que ni

siquiera le oía, bailando en forma maquinal, hundida en sus pensamientos.

—¿Le ocurre algo, Belle?

—Temo que nos ocurra a todos —repuso la joven—. Sobre todo, cuando aparezca mañana el *Miami Weekly*.

Fred la miró, sorprendido. El *Miami Weekly* era un semanario que gozaba de cierta popularidad en toda Florida, por sus campañas contra la inmoralidad y la corrupción. Hasta entonces no había tomado partida en la cuestión racial, procurando ajustarse a la verdad en sus informaciones, sin inclinarse por, ninguno de los dos bandos en pugna. Esto bastaba para que —aun cuando el director y todos los redactores pertenecían a la raza blanca— fuera considerado por Shinwell y sus amigos como un periódico «vendido a los negros».

—Y ¿qué puede importarle *Miami Weekly*? ¿Acaso dice algo de usted?

—De mí, no; pero relata el asalto al Eden Theatre, y eso...

Whitfield se encogió de hombros. Todos los periódicos habían hablado del asunto. ¿Qué importaba que un semanario repitiese lo que ya habían dicho los diarios?

—Mucho, porque el *Weekly* no repetirá lo que otros han dicho, sino la verdad.

Fred se estremeció de pies a cabeza. Si aquel periódico tenía el valor suficiente para contar los sucesos en la forma en que se habían desarrollado, la información produciría el efecto de una bomba. Procuró, no obstante, disimular la impresión recibida.

—La verdad la conoce todo el mundo —repuso—. Unos cuantos negros se lanzaron sobre esos tipos de la NAAPC, provocando una pelea, en la que varios se dejaron la piel. ¿Es eso lo que dirá el *Weekly*, y que tanto la inquieta?

—No. Contará los hechos como sucedieron, que fue en forma muy distinta. Y no pretenda disimular conmigo. Usted sabe mejor que yo que no hay una sola palabra de verdad en lo que se ha dicho hasta ahora.

—¿Yo? Y ¿por qué voy a saberlo yo?

Belle se le quedó mirando con fijeza. Luego, bajando la voz, dejó caer lentamente sus palabras:

—Porque usted fue uno de los asaltantes. ¿Recuerda lo que le

dije el primer día que hablamos? Pues ya habrá visto que tenía razón. Si continúa al lado de esos tipos, acabará siendo como ellos.

—¿Lo sentiría usted mucho? —preguntó Whitfield, impresionado por el tono desolado de Belle.

—Más de lo que puede figurarse.

Callaron los dos, mientras seguía el baile. Fred sintió que la muchacha se apretaba con mayor fuerza contra él y hasta le pareció que temblaba ligeramente. De pronto, le asaltó una sospecha. ¿Cómo estaba enterada Belle de lo que iba a publicar el *Miami Weekly*? ¿Quién le había contado la verdad de lo ocurrido en el teatro y que él, personalmente, figurase entre los asaltantes?

—El cómo lo sepa tiene poca importancia; lo interesante es que lo sé.

—¿No le parece que es peligroso estar enterada de tantas cosas? —inquirió Whitfield.

—Quizá; pero sólo usted lo sabe, porque creí poder confiar en su discreción. ¿Me engaño?

—Tenga la seguridad de que no.

A la mañana siguiente, cuando se estaba afeitando en su habitación del hotel, llamaron a la puerta. Al abrir se encontró con el gerente de la International Trade, Dennis Conte y otro individuo, al que no conocía, pero que, por su pinta, no podía ser nada mejor que un pistolero. Sin molestarse en saludarle entraron, y Shinwell le preguntó, mirándole de hito en hito:

—¿Cuándo habló usted por última vez con el reverendo Leland D. Baldwin?

—Y ¿quién es Leland D. Baldwin? —inquirió Fred, con auténtica y legítima sorpresa, porque era la primera vez que oía aquel nombre.

—No finja, muchacho —gruñó, receloso, Conte—. Sabemos que es amigo suyo y que...

—Entonces saben más que yo —contestó, despectivo, Whitfield—. Puedo jurarles que hasta este momento ignoraba por completo su existencia... si es que realmente existe.

Discutieron con alguna aspereza, que Fred no acababa de explicarse. Al fin, Shinwell pareció convencido de su sinceridad. Era evidente que Whitfield decía la verdad y que ignoraba en absoluto quién pudiera ser el reverendo Baldwin.

—¿Querría decirme, de una vez, quién es ese pastor y por qué tiene tanto interés en saber si le conozco?

—No se trata de un pastor, sino de un sacerdote papista. Y en cuanto al interés que tenemos, lo comprenderá en cuanto lea esto.

Le tendía un ejemplar del *Miami Weekly*, aparecido aquella mañana. En primera página y bajo el título de «En defensa de la verdad y de la justicia», publicaba un extenso artículo, firmado por Leland D. Baldwin.

Tras un breve exordio, en que el sacerdote afirmaba que su conciencia le impedía permanecer en silencio cuando varios de sus feligreses, totalmente ajenos a los delitos que se les imputaban, corrían grave riesgo de verse condenados contra toda razón, hacía un relato detallado, minucioso y veraz de los sucesos del Eden Theatre.

—¿Qué le parece todo eso? —inquirió, colérico, Shinwell.

—Que por mucho que nos duela —repuso, sin vacilaciones, Fred—, no dice más que la verdad.

La respuesta no satisfizo, en modo alguno, a sus oyentes. Los tres estaban tan convencidos como Whitfield de que cuánto decía el reverendo Baldwin era verdad; pero una verdad que no estaban dispuestos a consentir que se conociera y divulgase.

—¿Cómo ha podido saber que el asalto lo organizamos nosotros y que, el grupo lo mandaba Dennis?

—Quizá había en el teatro alguien que le reconoció y se lo dijo al sacerdote.

Ni Conté ni Shinwell se mostraban nada dispuestos a aceptar tal explicación. Eran pocos los negros que conocieran por su nombre a Dennis; ninguno pudo identificarle con el rostro cubierto por un pañuelo. Además, las gentes de color estaban muertas de miedo; aun en el caso de que alguno le hubiese reconocido, se habría dejada matar antes de acusarle, temeroso de las consecuencias.

Leland D. Baldwin ejercía su ministerio en uno de los barrios más pobres de Miami, habitado principalmente por negros. No disponía de grandes recursos económicos, pero repartía sus enseñanzas y consuelos entre cuántos vivían en la barriada, sin preocuparse por el color de su piel. Blancos y negros acudían a él en momentos de aflicción, seguros de que haría lo posible y lo imposible por ayudarles. Las gentes le querían y respetaban, pero...

—Ninguno de esos piojosos pudo darle estos datos.

—¿Entonces...?

—Ha tenido que ser un traidor introducido en nuestras filas.

—Y había pensado en mí, ¿no? —contestó, irritado, Fred—. Pues se engaña de medio a medio. Ni conocía a ese sacerdote, ni he hablado jamás con él, ni siquiera soy católico, sino presbiteriano. Tendrá que buscar por otro lado, Shinwell.

—¡Lo buscaré! No tardaré en descubrirle y, cuando le arranque la careta, es posible que con ella le arranquemos la piel.

—De acuerdo, jefe —intervino Conte—; pero ¿no sería preferible empezar por liquidar al cura, para que los demás fueran aprendiendo?

Archibald no rechazó la sugerencia. Siguiendo la línea clásica del viejo Klan, su odio contra los negros se extendía a los católicos que protegían y amparaban a las gentes de color. Aquel Baldwin, que se enfrentaba con ellos, tendría que sentirlo. Pero convenía hacer las cosas bien.

—¡Calma, amigo! Ese imbécil llevará su merecido. ¿Qué tal si fueran los «morenos» mismos quiénes le liquidasen?

Dennis expresó con claridad su escepticismo. No creía posible que hubiera un solo negro capaz de levantar la mano contra el sacerdote. No sólo le adoraban los que profesaban la religión católica; incluso los protestantes no ocultaban su admiración, presentándole como ejemplo y modelo.

—Lo sé, lo sé —le interrumpió, impaciente, Shinwell—. Pero ¿y si la Policía matase a alguno cuando acabara de asesinarle? Los muertos no hablan. ¡Y sería tan conveniente cargarles el crimen a esos cerdos!...

Fred sintió vergüenza y asco al escucharles. No condenó abiertamente el crimen proyectado, seguro de que por este camino no conseguiría nada. Sin embargo, se hizo el firme propósito de impedirlo. ¿Cómo? Por un instaste estuvo tentado de ir a hablar con el propio sacerdote. Luego pensó que podía ser contraproducente. Si el reverendo Baldwin estaba enterado de tantas cosas, posiblemente sabría que había formado entre los asaltantes del Eden Theatre. No daría el menor crédito a sus palabras, suponiendo que se trataba de una maniobra para asustarlo.

Tras pensarlo mucho, decidió decírselo a Belle. Sin embargo, y

no queriendo vender a quienes le habían acogido en su organización con los brazos abiertos, ocultó los nombres de quienes preparaban el asesinato. Suponía que si el sacerdote estaba advertido y tomaba en serio la advertencia, sería suficiente para que se frustrase la criminal intentona.

—Conozco al padre Baldwin —repuso la muchacha— y espero que haga caso de mis palabras. Le agradezco mucho el aviso. Pero ¿querría decirme por qué me lo ha dado? ¿Se ha convencido, acaso, de que el odio contra los negros es tan vergonzoso como injustificado?

—El sacerdote no es negro, sino blanco —repuso, evasivo, Fred—. Aunque simpatice con la gente de color, no debe ser tratado como cualquiera de nuestros enemigos de raza.

Con Caleb Wiggins volvió a hablar Whitfield al otro día de publicado el artículo del reverendo Baldwin. Caleb lo había leído y coincidía con Fred en reconocer que no decía más que la verdad pura y simple. Sin embargo, no parecía concederle demasiada importancia. Había algo que le interesaba cien veces más en aquel instante.

—Es un tipo que se hace llamar míster Gregory L. Marshall, pasa por millonario y se hospeda en el Beach Hotel.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Porque quizá no sea lo que pretende y, en cambio, conozca el origen de los millones que maneja nuestro buen amigo Archibald Shinwell.

Wiggins no quiso ser más explícito hasta que tuviera alguna prueba de lo certero de sus sospechas. Tampoco Fred le hizo muchas preguntas. Más que el resultado de sus investigaciones, le preocupaba el crimen proyectado contra el reverendo Baldwin. A cada momento temía enterarse de que el sacerdote católico había sido asesinado.

Pero hubo un crimen a las pocas horas, y no fue Leland D. Baldwin la víctima. La noticia se la dio por teléfono Dennis Conte, que daba muestras de indignación, difícilmente contenida:

—¡Venga inmediatamente a las oficinas de la International! Acaban de asesinar a Caleb Wiggins, y míster Shinwell quiere verle.

Cogido por sorpresa, Fred se negó en un principio a creerle. Se le antojaba increíble que Caleb, lleno de vida y entusiasmo el día

anterior, estuviese muerto en aquel instante. ¿Quién podía tener interés en matarle?

—¡Los negros, naturalmente! Iba conmigo por el Biscaine Boulevard cuando tiraron contra nosotros desde un coche en marcha. ¡Todavía no sé cómo lo cuento!

Diez minutos después Whitfield se presentaba en las oficinas de la International Trade. Con míster Shinwell y Dennis Conte halló a seis o siete de los individuos que habían participado en el asalto del Eden Theatre. Todos daban muestras de la misma indignación y de idéntica alarma.

—Lo ocurrido a Wiggins puede sucederle mañana a cualquiera de nosotros. Mientras no terminemos con esos bandidos de color, no estaremos seguros.

La llamara de míster Shinwell tenía por objeto advertirle de la necesidad de tomar las máximas precauciones. Afirmaba saber de la existencia de un grupo de pistoleros negros, decididos a irles exterminando. Caleb había sido la primera víctima; otros podían seguirle.

—¿Están seguros de que fueron negros quiénes le asesinaron? —preguntó, ligeramente incrédulo, Fred.

La respuesta de Conte, confirmada por varios de los presentes, disipó por completo sus dudas. Dennis y Wiggins habían estado juntos en un bar de Biscaine Boulevard. Al salir, un coche, que indudablemente acechaba su aparición, pasó a toda velocidad por delante de ellos, mientras sus ocupantes les saludaban con varias ráfagas de ametralladora. Conte se salvó arrojándose de cabeza al suelo; Caleb cayó, para no levantarse más, con siete balazos entre pecho y espalda.

Muchas personas distintas presenciaron la agresión, perpetrada en uno de los puntos más céntricos y concurridos de Miami. Algunas llegaron a ver la matrícula del coche, aunque no a los ocupantes.

—Yo sí vi que eran negros —afirmó Conte—; por eso me tiré al suelo. Di un grito, avisando a Caleb; pero tiraron antes de que se diera cuenta del peligro.

El coche había sido encontrado poco después por la Policía. Desgraciadamente, no sirvió de mucho dar con él, porque había sido robado unas horas antes, y el dueño había denunciado su

desaparición. Ni siquiera se pudieron hallar huellas de los tipos que manejaron las pistolas ametralladoras.

—No hay la menor duda de que se trata de terroristas de color —dijo a los periodistas Roscoe Winter, *sheriff* de Dade County—. Pretenden sembrar el pánico, para, la consecución de sus siniestros designios; pero no tardarán en sentir todo el peso de la Ley sobre sus conciencias culpables.

Los diarios de la tarde publicaban extensas informaciones. Contaban el suceso con toda clase de detalles, en la misma forma en que Fred lo había oído referir a Dennis Conte y a sus secuaces. Preciso era rendirse a la evidencia y reconocer que aquélla, y no otra, ara la verdad.

—También hay asesinos entre los negros —decía, unas horas después, a Belle Layton—. Como ve, sus amigos no son tan angelicales como pretende.

—Nunca dije que los negros fueran espíritus puros —repuso, con serenidad, la muchacha—. Tampoco que no hubiera entre ellos individuos capaces de recurrir a la violencia. Sin embargo, dudo mucho de que a Caleb Wiggins le matasen quienes usted supone.

—¿Suponer? No, amiga mía. Hay pruebas sobradas para tener que suponer nada. Hubo quien vió a los asesinos y se salvó por verdadero milagro.

—Dermis Conte, ¿verdad? Pues no se fíe demasiado, por si acaso. Es posible que viera a los criminales, que conozca sus nombres y hasta que sea quien lo preparó todo.

Fred protestó, airado. No simpatizaba con Dennis, pero resultaba absurdo sospechar de él en aquel caso concretó. Sí, no siguió la misma suerte que Wiggins fue porque se tiró a tiempo al suelo.

—O porque estaba de acuerdo con los asesinos y éstos tiraron únicamente contra su acompañante.

—Y ¿qué interés podía tener en la muerte del pobre Caleb?

—Mayor del que usted supone. ¿Qué le parecería si le dijese que míster Wiggins fue quién dio al reverendo Baldwin todos los datos respecto al asalto del Eden Theatre?

IV

EL ESLABÓN QUE FALTABA



L asesinato de Wiggins produjo una dolorosa impresión al reverendo Leland. D. Baldwin. Hacía sólo tres meses que le conocía; habló con él en seis o siete ocasiones, y sus charlas primeras no tuvieron mucho de amistosas ni cordiales, especialmente por parte del muerto. Caleb era un joven con todas las virtudes y todos los defectos de las gentes del Sur. Y destacando entre los segundos el odio y el recelo, el temor y la repulsa contra las gentes de color.

El padre Baldwin hubo de chocar con él un día que le sorprendió golpeando a un pobre negro que había tenido la desgracia de tropezar con él en la calle. El sacerdote le llamó la atención;

Wiggins replicó en tono desabrido, y ambos discutieron con cierta vivacidad en medio de la calzada. Frente a la intransigencia y hostilidad del joven sudista, el sacerdote predicaba una actitud cristiana de comprensión, amor y hermandad. Cuando se separaron, Caleb distaba mucho de haberse dejado convencer.

Volvieron, sin embargo, a verse; aunque Wiggins acudía siempre pertrechado de argumentos que juzgaba irrefutables, los razonamientos de Baldwin contra la violencia y el crimen hacían mella en su ánimo. Pero fue solo a raíz del asalto al Eden Theatre cuando pareció convencido.

—Creo que tiene razón, padre. La violencia conduce al crimen y ninguna causa noble puede defenderse con asesinatos.

La frialdad con que Dennis Conte había matado a un hombre sin sentido, le produjo verdadero horror. Seguía considerando que los negros constituían una grave amenaza para la población blanca de Florida, pero no quería hacerse cómplice de hechos que repugnaban a su conciencia. Contó a míster Baldwin la verdad de lo ocurrido, y el sacerdote decidió publicar su artículo del *Miami Weekly*, si bien tuvo buen cuidado de ocultar a quién debía la información. Una información cuya veracidad había comprobado con el relato de varios negros que estuvieron en el teatro, todos los cuales tenían demasiado miedo para atreverse a decir públicamente lo que habían presenciado.

Al enterarse de la muerte de Wiggins y leer las informaciones periodísticas, Leland D. Baldwin sintió una pena profunda y una buida inquietud. No sabía si, en cierto sentido y de una manera indirecta, pudiera haber sido causa determinante de aquel asesinato. Ciertamente que el crimen podía ser, como todos afirmaban, obra de un grupo de pistoleros negros. Conocedor profundo del alma humana, al sacerdote le costaba trabajo creerlo así, dado el pánico que atenazaba a las gentes de color, aunque no cabía descartar la posibilidad de que unos cuantos desesperados hubiesen decidido responder a la violencia con la violencia.

En su fuero íntimo, sin embargo, le angustiaba pensar que su artículo del *Miami Weekly* hubiera podido provocar la tragedia. Dada la contextura moral de Shinwell y Conte, el asesinato de Wiggins hubiera sido su reacción natural, caso de enterarse de que había sido su informador. Pero ¿cómo pudieron enterarse? Aparte

del muerto y de él, sólo una persona lo sabía. Y aquella persona, pese al ambiente en que vivía, había demostrado en muchas ocasiones ser digna de todas las confianzas.

El reverendo Baldwin no había puesto jamás los pies en un club nocturno y tenía de todos ellos la más desfavorable opinión. Annabelle Smith cantaba en el

Harold's,

donde se anunciaba con el nombre artístico de Belle Layton. Sin embargo, aquella muchacha tenía un corazón de oro. Si del lodo puede nacer una flor blanca y pura, el espíritu de Belle no se había contaminado de la escoria que le rodeaba. Acudía con frecuencia al padre con sus generosas limosnas y nunca dejaba de atender cualquier petición en favor de un necesitado. Y aunque su piel era blanca, ni rechazaba desdeñosa a los negros ni vacilaba en ayudarles, en la medida de sus posibilidades.

A raíz de la publicación de su artículo le advirtió de que aquellos mismos forajidos preparaban algo contra él. Baldwin le creyó, naturalmente. En realidad, no le sorprendió en lo más mínimo. Al firmar su verídico relato de los sucesos del Eden Theatre sabía que se exponía a todo. Únicamente su raza y el ministerio que ejercía debían imponer respeto a los asesinos. Pero no cabía hacerse demasiadas ilusiones. Quienes planeaban su desaparición eran gentes sin escrúpulos, incapaces de detenerse ante nada.

—La primera víctima ha sido míster Wiggins. La siguiente será usted si no se marcha de Miami.

Tenía razón Belle, indudablemente. Pero no quería marcharse. Muchos de los feligreses de su modesta parroquia eran gentes de color. Corrían grave peligro, dado lo enconado de las pasiones. ¿Podía abandonarlos cobardemente, pensando más en su propia vida que en aquellos que habían puesto en él sus últimas esperanzas? La respuesta era, tenía que ser, rotundamente negativa.

—Por lo menos, tome algunas precauciones —insistió la muchacha—. No salga nunca después de anochecer y procure que alguien vigile su casa.

Con esto había, en apariencia al menos, más que suficiente para hacer frente a cualquier riesgo. Que luego de la muerte de Wiggins transcurriesen dos días de absoluta calma, pareció confirmarlo así. Al cabo, una noche lluviosa, cerca ya de la una de la madrugada,

sonó apremiante el timbre del teléfono. Baldwin, que no se había acostado aún, descolgó el auricular. A sus oídos llagó una voz de mujer angustiada:

—Jimmy se muere, padre. El «doc» afirma que no llegará a la mañana. Acaso si usted le viese ahora...

El reverendo reconoció la voz. Se trataba de una negra de cuarenta años largos; una pobre mujer, que se pasaba el día entero fregando, barriendo y lavando para ganarse el sustento. Creyente fervorosa, aparecía por la modesta iglesia siempre que le resultaba humanamente posible. Buena, humilde, servicial y resignada, Liza merecía todas las simpatías.

Jimmy, su marido, era la antítesis. Se trataba de un negro cincuentón, corpulento, borrachín y vago. Hacía muchos años que vivía a costa de su esposa, a la que maltrataba con cualquier pretexto y aun sin pretexto alguno. EL padre Baldwin le había abordado varias veces en defensa de la pobre mujer. Jimmy, siempre ofuscado por el alcohol, replicó con violencia, echándole de su casa y amenazando con partirle la cabeza si volvía a poner los pies allí.

—Ahora le recibiría de otra manera, padre. Necesita ponerse a bien con Dios. ¡Hágalo por mí, señor!

—Salgo hacia ahí inmediatamente.

No quiso que nadie le acompañara. Aunque la enfermedad le hubiese cambiado mucho, Jimmy era un tipo fácilmente irritable. Acaso recibiese de buen grado la visita del sacerdote, pero le irritaría que entrasen tres o cuatro personas en su casa, especialmente si eran blancos. Hablándole a solas quizá pudiera llegarle al corazón; si había varios testigos delante, el negro se dejaría llevar por su fanfarronería, negándose a recibir auxilios espirituales.

—Vive cerca y conozco el camino con los ojos cerrados.

Así era, en efecto. Liza había alquilado hacía años una casita en Everglades Drive. Estaba un poco aislada, en medio de un terreno baldío. Para la mujer tenía la gran ventaja de un arroyo cercano, donde lavar la ropa. Su único lujo consistía en el teléfono; un lujo necesario, para recibir a cualquier hora las llamadas de quienes necesitaban con urgencia sus servicios como lavandera o asistenta.

Baldwin se lanzó resueltamente a la calle. Con paso rápido

atravesó los seiscientos metros que le separaban de su punto de destino. Había dejado de llover, pero la noche estaba oscura y fresca y las calles aparecían desiertas. En diez minutos escasos llegó cerca de la modesta vivienda del matrimonio de color.

Llegaba a cinco metros de la puerta, cuando del suelo pareció surgir una sombra, que se interpuso en su camino. Baldwin quiso preguntar algo, pero el desconocido no le dio tiempo. Lanzándose de un salto sobre el sacerdote, le hizo rodar por tierra, sujetándole en el suelo, para impedirle levantarse, mientras murmuraba en voz baja:

—¡Quieto! Le va en ello la vida...

El estruendo de varios disparos que desgarraron el silencio de la noche, casi de impidió oír lo que aquel individuo decía. Sorprendido y desconcertado, el sacerdote miró hacia el punto de donde parecían proceder los tiros. Pudo ver entonces que la puerta de la casa se había abierto y en el umbral se recortaba la silueta de dos hombres, que hacían fuego contra el lugar en que se hallaba.

Agachó instintivamente la cabeza, sintiendo silbar los balazos muy cerca de sus oídos. De pronto escuchó un grito de dolor. Temió que lo hubiese lanzado el desconocido que, al obligarle a rodar por el suelo, le había salvado posiblemente la vida. El temor se desvaneció al mirarle. Lejos de estar herido, el desconocido daba muestras de extraordinaria vitalidad. Mientras con la mano izquierda procuraba mantener inmóvil al sacerdote, empuñaba en la derecha una pistola y hacía fuego con rapidez y puntería.

El reverendo Baldwin tuvo sin tardanza pruebas completas del acierto con que, pese a lo incómodo de su posición, manejaba la «Browning». Al primer grito de dolor proferido por uno de sus agresores, siguió otro a los pocos segundos. Luego, bruscamente, la pelea llegó a su final. Sus adversarios dejaron de tirar; uno de ellos cerró de golpe la puerta, que había permanecido abierta durante el minuto precedente. A continuación, el sacerdote creyó escuchar pasos que se alejaban con precipitación.

—Creo que podemos levantarnos, míster Baldwin —dijo el desconocido—. Me parece que esos caballeros han echado a correr.

Dio el ejemplo, poniéndose en pie, aunque con la vista clavada en la puerta de la casa y sin soltar la pistola. Sin volverse siquiera a mirarle, tendió la mano izquierda al sacerdote, para ayudarle a

incorporarse, mientras murmuraba, en tono de disculpa:

—Perdone mi brusquedad; pero no tenía otro camino, si quería impedir que le cosieran a balazos.

—¿Coserme a balazos? —preguntó, sorprendido. Baldwin—. Pero ¿usted cree de verdad que pretendían...?

—¿Matarle? Puede jurarlo, en la seguridad de no equivocarse.

El sacerdote estaba demasiado asombrado para poder negar nada. Su interlocutor se expresaba con firmeza y convencimiento; personalmente había comprobado que sus agresores no tiraban al aire precisamente. Pero ¿quiénes eran? Le costaba trabajo creer que pudiera tratarse de Jimmy; cierto que no le tenía gran simpatía y que le había echado de su casa. Sin embargo...

Pero no tuvo mucho tiempo para pensarlo. Su desconocido salvador había avanzado hacia la entrada de la casucha y el padre le siguió instintivamente. Tomando toda clase de precauciones, empujó la puerta, que se abrió en el acto. En la habitación de entrada —la más espaciosa de la vivienda— estaba encendida la luz. Nadie se opuso a su entrada. La puerta del pasillo que daba a la parte trasera del edificio indicaba, posiblemente, el camino de huida de sus agresores.

El acompañante del sacerdote atravesó en dos saltos la habitación, perdiéndose en la oscuridad del pasillo. El padre Baldwin entró con paso vacilante. Antes de llegar al centro de la estancia, quedó petrificado por el horror. A la derecha, junto a la mesita donde estaba el teléfono, no lejos de una ventana abierta de par en par, aparecían dos cuerpos ensangrentados en el suelo.

Los reconoció sin la menor vacilación. El hombre, tendido de espaldas, con un orificio en mitad de la frente y los ojos vidriados por la muerte, era, indudablemente, Jimmy, la mujer, caída de bruces, con la blanca blusa teñida de rojo, no podía ser otra que Liza.

Un pensamiento cruzó con rapidez por su cerebro. Eran aquellos dos quienes se asomaron a la puerta de la casa, disparando cuando le oyeron acercarse. Ambos cayeron bajo los balazos de su salvador, y antes de rodar por el suelo, lanzaron los gritos de angustia y dolor, que llegaron con claridad a sus oídos.

El desconocido volvía ahora de registrar el resto de la casa. Todavía conservaba en la mano la pistola. Baldwin le miró con aire

sobresaltado y le acusó, señalando a los cuerpos tendidos en tierra:

—¡Usted les mató! Fueron los que tiraron contra mí, y sus disparos...

—Se equivoca, padre. Ni yo les maté ni eran éstos los que pretendían asesinarle.

Baldwin le contempló, perplejo, sumido en un mar de confusiones. Por un segundo fue incapaz de articular una sola palabra.

—No lo comprendo —murmuró, al cabo—. Si no fue usted, ¿quién pudo ser?

—Los mismos que quisieron asesinarle. Para sus planes era esencial que los negros muriesen también.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío? —exclamó Baldwin, más desconcertado a cada instante.

—Para que las culpas de su muerte cayeran sobre los miembros de la raza odiada. Usted ama y defiende a los negros; por ello constituye un obstáculo para ciertas gentes que desean eliminarle; pero procurando que el crimen sea un nuevo motivo de hostilidad y violencia contra las personas de color.

El padre Baldwin empezaba a comprender algo, a través de las espesas tinieblas en que envolvían todo lo sucedido. Era posible que a Jimmy y a su mujer les hubieran borrado del mundo de los vivos los mismos que pretendieron matarle a él; quizá los que asesinaron al pobre Caleb Wiggins. Pero no acertaba a explicarse aún muchas cosas. Y en primer término, la llamada telefónica de Liza, cuya voz tenía la seguridad de haber reconocido.

—Pudieron obligarla antes de disparar contra ella —afirmó el desconocido.

Advirtieron entonces que el cuerno de la negra se movía ligeramente. Inclinandose sobre ella, el sacerdote la cogió con suavidad, haciéndola dar media vuelta. La mujer tenía los ojos muy abiertos y le miraba con un gesto de asombro y terror, mientras movía trabajosamente los labios como si quisiera decir algo.

—¿Qué ha pasado, Liza? ¿Quién disparó contra ustedes?

La negra tardó unos segundos en responder.

Se vió claramente que hacía un esfuerzo desesperado para poder articular unas cuantas palabras; convencida quizá de que serían las últimas que pronunciase, quería, sin duda, librar su conciencia de

un pesado fardo. Por eso, lejos de contestar directamente a la pregunta del sacerdote, tuvo prisa en explicarle:

—Liza no quería llamarle, padre —indicó, con un hilillo de voz—. Blancos malvados la obligaron. Amenazaban matarla si se negaba. Luego, la mujer rubia dijo que podían tirar ya. Jimmy quiso defenderse y le liquidaron; después me hirieron... y no sé más.

La presencia de una mujer rubia en la modesta casita era una novedad para el desconocido salvador de Baldwin. Con voz que reflejaba el mayor interés preguntó detalles sobre su intervención en el crimen. El sacerdote tuvo que repetir una y otra vez sus palabras antes de que la pobre negra se decidiera a contestarle:

Lo hizo con dificultad, sin poder concluir alguna de las frases, deteniéndose de cuando en cuando, para tratar de reunir sus menguadas energías. Hablaba en tono tan apagado, que sus oyentes tenían que esforzarse mucho para entender lo que decía. Desgraciadamente, no era mucho lo que la pobre Liza podía decir. Una mujer rubia, de llamativa belleza, había ido por allí los últimos días con el pretexto de darla trabajo. Con habilidad y sin despertar sus sospechas, la sonsacó acerca de su marido y del reverendo Baldwin.

Aquella noche se presentó acompañada de dos individuos. Hicieron que llamase al sacerdote, diciéndola las palabras que debía pronunciar. Pretendió negarse y vencieron su resistencia a fuerza de golpes y amenazas. Jimmy, que estaba acostado, salió en su defensa y lo dejaron sin sentido de un golpe. Luego, la mujer se fue, pero antes indicó:

—Podéis liquidar a éstos ya. El «papista» no tardará en llegar y conviene que no oiga tiros antes de tiempo.

¿Quién era aquella mujer? ¿Cómo se llamaba? El desconocido lo preguntaba, dando muestras de gran excitación. Baldwin inquirió también en el mismo sentido. Pero Liza no contestaba. Parecía haber llegado al final y se estremecía en violentas convulsiones. Al final, trabajosamente, porque un golpe de tos le llenó la boca de sangre, la negra añadió unas breves palabras:

—No lo sé... Oí que uno de los blancos la llamaba Jesi...

No llegó a terminar la palabra. Abrió desmesuradamente los ojos, osciló ligeramente la cabeza y la dejó caer sobre el pecho. El desconocido la apremió:

—¡Por favor, Liza! Haga un último esfuerzo. ¿Se llamaba Jesica?

La negra no contestó. Impetuoso, quiso levantarla la cabeza. Baldwin, que sostenía entre sus brazos el cuerpo de la mujer, le contuvo, con la voz empañada por la emoción:

—Es inútil, amigo mío. ¡Ha muerto!

El desconocido se descubrió, respetuoso, mientras el sacerdote, luego de dejar en el suelo el cadáver de la pobre Liza, permanecía arrodillado junto a ella, musitando algunas oraciones. De pronto, rasgando el silencio de la noche, les llegó desde la lejanía el ulular de las sirenas de unos coches que se acercaban a toda velocidad.

—Perdone que le interrumpa, padre. Tengo que irme. Sería peligroso que la Policía me encontrase aquí.

Baldwin levantó, sorprendido, la cabeza. ¿Qué podía temer su interlocutor? Nada había tenido que ver en la muerte del matrimonio negro; incluso diría que con su intervención le había salvado la vida.

—Le agradecería que no lo dijese. Le pedirían mis señas y eso podría significar una sentencia mortal.

—¿Teme que la Policía quiera asesinarlo?

—Temo que lo hagan quienes trataron de liquidarle a usted. Lo harían si supieran que fui yo quien frustró sus proyectos. Pero no hay tiempo que perder. ¡Adiós, padre! No mencione siquiera mi intervención.

—¿No podría saber, por lo menos, su nombre?

—Me llamo Whitfield, Frederick Whitfield. No se lo repita a nadie. Excepto, si quiere, a Belle Layton. Ella podrá decirle quién soy... y por qué tengo que largarme ahora.

Echó a correr por el pasillo, en busca de la parte posterior del edificio, dejando al sacerdote sumido en un mar de confusiones. Apenas se había perdido en la lejanía el ruido de sus pasos, cuando dos coches policíacos frenaron bruscamente ante la casa.

Varios hombres saltaron de los vehículos y corrieron hacia la puerta, que seguía abierta de par en par. A su frente marchaba Roscoe Winter, el *sheriff* del condado. Todos llevaban las pistolas en la mano, como si acudieran dispuestos a repeler una agresión. Al ganar el umbral se detuvieron, estupefactos, ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

—¿Usted aquí, Baldwin? —preguntó, en tono sorprendido,

Winter, que conocía al sacerdote y al que no profesaba la menor simpatía, especialmente luego de su artículo del *Miami Weekly*—. ¿Ha tenido algo que ver con esas muertes?

—Temo mucho —repuso, con entera calma, el interpelado— que haya sido el factor determinante.

—Les liquidó usted, ¿eh? ¡Bien hecho, amigo! Ahora comprenderá que a esos tipos no se les puede tratar más que a patadas y tiros, porque...

—Se equivoca, Winter —le interrumpió Baldwin—. Ni yo llevo encima ningún arma ni mi conciencia me permitiría atentar contra la vida de un semejante.

—¡Qué semejante ni qué tonterías! Los negros no son personas como nosotros. Supongo que tratarían de robarle y que usted...

—Le repito que no fui quien les mató. Me llamaron por teléfono hace media hora, reclamando mi presencia aquí. Cuando llegaba...

Contó la verdad de lo sucedido, aunque silenciando la intervención salvadora de Whitfield. Dijo que unos individuos habían disparado contra él desde la puerta del edificio; que debieron creerle muerto o malherido, cuando le vieron caer al suelo, y echaron a correr.

—¿No serían esos dos los que hicieron fuego contra usted? —preguntó el *sheriff*, arrugando el ceño.

—No. Cuando los otros dispararon sobre mí, Jimmy y Liza estaban ya moribundos.

—¿Cómo lo sabe usted?

Baldwin repuso que al oír que sus agresores huían, se acercó a la casa, viendo tendidos en tierra a la pobre negra y a su esposo. Liza alentaba aún y pudo hablar algunas palabras. El sacerdote las repitió textualmente.

—¡Hum! —Gruñó, incrédulo, Winter—. ¿Pretende hacerme creer que fueron blancos quienes dispararon sobre usted y mataron a esos tipos?

—No hago más que repetir lo que Liza me dijo segundos antes de morir. Yo no llegué a ver si los agresores pertenecían a una u otra raza. Tuve bastante con tirarme al suelo para librarme de sus balazos.

El *sheriff* expresó con claridad su escepticismo. No ponía en duda la buena fe de Baldwin. Sin embargo, estaba seguro de que las

cosas ocurrieron de distinta forma. O, mejor dicho, que era muy otra la personalidad de los criminales. Tenían que ser negros los autores de todo. Probablemente, Jimmy y su mujer estaban de acuerdo con ellos para asesinar al sacerdote; si les habían matado, sería porque se arrepintieron a última hora o para impedirles hablar al ser interrogados por la Policía.

—Tengo la seguridad de que fueron santas de color quienes planearon su muerte.

Unas horas después, cuando, terminado su trabajo en el Harold's, Belle Layton llegaba a la puerta del edificio de Gulf Street, en cuya planta cuarta ocupaba un pequeño apartamento, le sorprendió que un hombre le cerrara el paso. Se tranquilizó al reconocerle.

—¡Fred Whitfield! —exclamó, sorprendida—. ¿Qué hace usted aquí, y a estas horas?

—Necesitaba hablar con usted y no me interesaba hacerlo en el Harold's.

¿Podría subir a su habitación? Cuando oiga lo que tengo que decirle, comprenderá los motivos de esta petición, que acaso la asombre y la alarme un poco en el primer instante.

Tras una breve y perceptible vacilación, la muchacha dio su asentimiento. Sin hablar palabra, subieron hasta la planta cuarta. Una mujer de cuarenta y tantos años les abrió la puerta, mirando con gesto de reproche y sorpresa a Belle al verla acompañada de un hombre.

—Míster Whitfield es un buen amigo y un caballero —explicó la joven—. Tiene que hablar conmigo de algo importante. Prepáranos unos cafés bien cargados.

Fred experimentó un asombro sin límites al escucharla. No comprendía que Belle tuviera que dar la menor explicación a quien, a juzgar por su aspecto, no pasaba de ser una criada, y una criada de color. No era negra, sino mulata; con la piel bastante clara y facciones que debieron ser de extraordinaria belleza, aunque parecía haber envejecido prematuramente. En cualquier caso, no cabía duda de que por sus venas circulaba buena parte de sangre negra.

—Betty está a mi lado casi desde que nací —se creyó en el caso de indicar Belle, en tono de disculpa por su actitud.

Whitfield no hizo la menor pregunta sobre aquel extremo, que, en definitiva, le tenía sin cuidado. Pasaron a un pequeño cuarto de estar, amueblado con sencillez y buen gusto.

—Dígame lo que sea. Supongo que de no ser un asunto grave y urgente, no me hubiese pedido que le dejara subir aquí.

Fred no perdió tiempo en hablar. Contó cómo, por verdadera casualidad y muy a última hora, se había enterado del proyectado asesinato del reverendo Baldwin y la forma en que lo había impedido. Se detuvo a la mitad de su narración, al presentarse Betty con unas tazas de humeante café.

—Siga —le indicó Belle—. Es de absoluta confianza.

Whitfield prefirió, no obstante, callar hasta que la mulata hubo salido. Terminado su relato, planteó la cuestión que le interesaba. ¿Sabía la muchacha quién podía ser aquella rubia que participó en la preparación del crimen? ¿Conocía alguna individuo, llamada Jessica, que fuese amiga de Conte, Shinwell, Winter o cualquiera de sus secuaces?

—Déjeme pensar un momento; me parece que ese nombre me suena a conocido.

Tras meditar un rato, dio con lo que le interesaba. Jessica se llamaba la mujer que fue apaleada por unos negros en su casa de Palm Street, al tiempo que mataban al individuo que vivía con ella. Aquel crimen había costado ya varios muertos, aparte de uno de los pretendidos culpables, que seguía condenado a muerte, luego de ser herido por Roscoe Winter.

—¿Era rubia aquella mujer?

Belle no estaba muy segura. Los periódicos publicaron su retrato, pero hacía ya varios meses, y sus recuerdos eran un tanto confusos. De pronto, por asociación de ideas, se acordó de una mujer rubia, de gestos desgarrados y belleza provocativa, que había visto unas noches antes en el Harold's.

No sabía cómo se llamaba, pero le llamó la atención, porque su cara le pareció conocida, aunque no podría decir dónde la había visto antes.

—¿Estaba con alguno de nuestros amigos? —preguntó, interesado, Fred.

La muchacha movió en gesto negativo la cabeza. Estuvo

cenando y bailando con un individuo que no había ido antes por el club nocturno ni volvió después. Oyó decir que era un millonario, que se hospedaba en el Beach Hotel. Su nombre...

—¿No sería por casualidad Gregory L. Marshall?

—Creo que sí —contestó, sorprendida, Belle—. ¿Le conoce usted?

—Todavía no; pero quizá no pase mucho tiempo antes de que le conozca a fondo.

Contó a la muchacha lo que Caleb Wiggins le dijese poco antes de morir, respecto a aquel individuo, posible suministrador de los fondos que manejaba Archibald Shinwell.

—No me extrañaría que fuese el culpable de la muerte de Wiggins ni el que pague a los fracasados asesinos del reverendo Baldwin. Y me gustaría poderle desenmascarar. ¿Estaría usted dispuesta a ayudarme?

Belle le miró, recelosa, sin responder de momento una sola palabra. Sin gran esfuerzo, Fred adivinó el curso de sus pensamientos. La muchacha no acababa de fiarse de él. Le había conocido armando un alboroto y apaleando públicamente a varios negros; posteriormente supo que pertenecía a la organización terrorista que había asaltado el Eden Theatre. Se creyó en el caso de dar una explicación que disipase las desconfianzas de la joven:

—Caleb era amigo mío. Lo que hice esta noche por míster Baldwin le demuestra que estoy dispuesto a impedir nuevos crímenes. ¿No querría ayudarme a castigar a los culpables?

—¿Aunque resulten también sus mejores amigos? —preguntó, sin dejarse convencer, la muchacha.

—Aunque así fuera, que no lo será —repuso Fred—. Por encima de la posible amistad, debe estar el imperio de la Ley. Amparar y proteger a los asesinos, sería colocarnos a su mismo nivel.

—Le creo —dijo Belle, tras unos minutos de vacilación—. ¿Qué desea de mí?

Whitfield se lo dijo. Suponía que tendría conocidos o amigos en el Beach Hotel. Le sería más fácil que a él averiguar todo lo relacionado con Gregory L. Marshall. También si la mujer que le acompañó una noche en su visita al

Harold's

se llamaba Jesica y se hospedaba en el mismo hotel.

—Lo haré. Conozco a uno de los «*maîtres*» del Beach y podré enterarme de todo. Aunque no sé si hago bien al confiar en usted. Sabiendo quién es y lo que hace aquí...

—Quizá no sepa ninguna de las dos cosas, Belle —le interrumpió Fred—. Las apariencias engañan muchas veces. Es posible que cualquier día le dé una sorpresa.

—¿Mayor que la de esta noche?

—Mayor y más agradable —miró a la muchacha con ligero arrobamiento; luego, rectificó a medias—: Por lo menos para mí. Para usted...

—Acaso lo sea también —repuso Belle, que se había puesto un poco colorada.

La mañana siguiente la pasó Whitfield muy atareado, leyendo viejos periódicos, visitando diversos bancos y celebrando algunas conferencias telefónicas. A primera hora de la tarde se encontró con Belle, de forma casual en apariencia, en un bar del Washington Boulevard. Fueron a sentarse en un rincón. Luego de unas frases triviales acerca del tiempo, cuando se convenció de que nadie les oía, Fred preguntó, bajando la voz:

—¿Averiguó algo de lo que me interesaba?

Belle respondió en sentido afirmativo. Gregory L. Marshall se alojaba hacía meses en la más lujosa «*suite*» del Beach Hotel. Era un hombre de cincuenta años, bien conservado, de elevada estatura y rostro impenetrable. Gastaba el dinero a manos llenas y parecía disponer de recursos inagotables. Pretendía ser americano, de origen escocés, aunque tenía un acento ligeramente extraño. Como a todo individuo rico que paga con generosidad y largueza, nadie le había molestado con preguntas inoportunas, pero...

—Leather, el «*maître*» conocido mío, le oyó decir en cierta ocasión a un amigo suyo, que tiene grandes negocios petrolíferos en California.

Disponía de un yate con el que hacía frecuentes excursiones de pesca por las costas de Florida, que a veces duraban cuatro o cinco días. Le visitaban muchas personas, la más asidua de las cuales era Archibald Shinwell.

—Apenas pasa una semana en que no coman o cenén juntos en dos o tres ocasiones distintas.

Todo aquello resultaba interesante en extremo para Fred. Pero

¿qué había de la mujer rubia? ¿Había conseguido Belle algún dato que permitiera identificarla?

—Todos los que pudiera desear. Se hospeda en el Beach, se llama Jesica y apostaría a que fue la que intervino en el asesinato de Liza y de su esposo.

En el hotel, donde llevaba residiendo mes y medio, se había inscrito con el nombre de Jesica Trenton. Era la pretendida viuda de William S. Teddler, muerto por unos negros en su casa de Palm Street, aunque sería difícil reconocerla, dado lo que se había elegantizado en los últimos tiempos. Vestía con un lujo excesivo, iba siempre cargada de joyas y no parecía sentir mucho la muerte del poco recomendable Billy. Explicaba su cambio de fortuna a quien quería oírla, diciendo que algunas personas que no simpatizaban con los negros le habían enviado dinero como compensación a los daños sufridos y premio a su entereza al mantener la acusación contra los autores del crimen.

—Hay quién supone, sin embargo, que los dólares que maneja tienen otro origen. Aunque pasa de los treinta años. Jesica es guapa; una belleza desgarrada, incitante y provocativa, pero que entusiasma a cierta clase de hombres.

Jesica tenía numerosos amigos. Cada noche salía con uno distinto y se divertía cuanto le era posible. Entre sus conocidos figuraban Roscoe Winter, Archibald Shinwell y Gregory L. Marshall. Este último parecía el más favorecido de todos. Si es que podía considerarse favorecido quien posiblemente sufragaba la mayor parte de los gastos de aquella mujer.

—¿Salió anoche con él?

Belle movió la cabeza en gesto negativo. Contra su costumbre, míster Marshall no se había movido la noche anterior de sus habitaciones. Jesica salió desde luego con un individuo desconocido para Leather, que le esperaba con un automóvil en marcha a la puerta del hotel.

—Me dio sus señas. Coinciden exactamente con las de Dennis Conte. ¿Cree que pudo ser él?

—¡Seguro! —respondió Fred—. Era el eslabón que, me faltaba para completar la cadena. Ahora...

—¿Qué piensa hacer? —preguntó la muchacha, viendo que no terminaba la frase.

—Actuar. Es posible que esta noche o mañana haya acontecimientos en Miami, y como resultado se produzcan algunos muertos. Pero los muertos no serán pobres negros como anoche, ni su desaparición será una grave pérdida para la sociedad...



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

V

DE CARA AL PELIGRO



UE todo tan rápido e inesperado, que cuando Jesica quiso reaccionar resultó demasiado tarde. Estaba dentro del coche, sujeta por unos brazos fornidos, antes de darse cuenta de que ni el automóvil era el mismo de la noche anterior ni cualquiera de sus dos ocupantes tenía el más ligero parecido físico con Dennis Conte.

Era a Conte a quien esperaba ver. La había llamado por teléfono diciendo que la esperaría a la misma hora y en idéntico sitio. El deseo de verla tenía una fácil explicación; o más de una, teniendo en cuenta que a Jesica no le disgustaba Dennis y que en repetidas ocasiones se había olvidado un poco de mister Marshall, para pasar

al lado del pistolero horas en extremo agradables.

Pero una cosa era pasear con Dennis o realizar algún trabajito que le valiese un puñado de dólares y otra muy distinta encontrarse dentro de un coche en marcha con dos desconocidos, cuyas intenciones no acertaba a adivinar. Jesica no era, sin embargo, mujer que se asustase fácilmente. Forcejeó un momento con el hombre que la había obligado a subir al «Cadillac» cogiéndola violentamente de un brazo; cuando se convenció de que su adversario resultaba demasiado fuerte para ella, amenazó, iracunda:

—¡Déjeme salir o empiezo a gritar!

Pudo ver una sonrisa irónica en el rostro del individuo que seguía teniéndola sujeta. Más furiosa a cada instante, insistió:

—¡Les colgarán del primer farol en cuanto empiece a chillar!

—Te equivocas, muchacha. Mírame bien a la cara. Yo no soy negro.

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó Jesica, ligeramente impresionada por el recuerdo de no muy lejanas actividades delictivas.

—Que tienes que cambiar de método, amiguita. Ese truco daba resultado con los negros que aflojaban la «pasta» temerosos de un linchamiento. Conmigo no vale. A mí no me asustan los chantajes.

La mujer se estremeció al escucharle. Durante varias semanas había empleado tan cómodo procedimiento para despojar a los trabajadores de color de cuánto llevaban en los bolsillos. Incluso logró que fuera linchado uno que se negó a dejarse robar. Creía, sin embargo, que nadie lo sabía. Aunque posiblemente fue el motivo que indujo a varios negros a penetrar en su casa de Palm Street y propinarle una buena paliza, ni los periódicos habían hecho la menor alusión a tales actividades, ni nadie en los juicios celebra dos contra los presuntos agresores la acuso de chantajista. Y ahora aquel desconocido...

—¡Mentira! —protestó, colérica—. Ni yo he robado a los negros ni jamás cometí el menor chantaje.

—¡Bah! Reserva tus mentiras. Te harán falta cuando tengas que contestar a mis preguntas.

—¡Basta! ¡Pare inmediatamente o grito!

—Calma, muchacha; calma —le aconsejó, sonriente, su adversario—. Nadie te oiría con el coche en marcha. Y sólo serviría

para que te impusiera silencio de un buen puñetazo.

—¿A mí? ¿Sería capaz de pegarme?

—Y más duro de lo que supones. ¿Crees que merece algo mejor quién anoche mismo preparó el asesinato del padre Leland D. Baldwin?

El asombro impidió a Jesica articular palabra por espacio de medio minuto. Mientras, el coche aceleraba su marcha, saliendo de las concurridas avenidas del centro de Miami, para lanzarse a cruzar por entre las lujosas villas que bordeaban la carretera de los cayos. Cuando al fin recobró el habla, tras rechazar en forma rotunda una acusación que le había impresionado más de lo que trataba de aparentar, preguntó, voceando:

—¿Dónde me llevan?

—Cuando llegues lo sabrás. Y ahora cierra el pico o te lo cierro yo de un directo a la mandíbula.

El gesto que acompañó a la amenaza bastó para convencer a Jesica. En los ojos de su interlocutor brillaba una firme resolución y el puño que pasó un instante por delante de su cara resultaba muy capaz de sumirla de un solo golpe en el más profundo letargo.

Durante el resto del recorrido, Jesica no se atrevió a intentar nada. Sabía por anticipado que sería inútil y contraproducente. Era preferible esperar, sin perder la cabeza, una oportunidad favorable. No era mujer que se dejase dominar por el pánico y no perdía la esperanza de salir con bien de la aventura. No creía que, en fin de cuentas, sus raptores llevasen las cosas hasta el último extremo. Parecían enterados de muchas de sus hazañas; pero una cosa era que las conociesen y otra muy distinta que se las pudiesen probar.

—Hemos llegado, amiguita. Ahora vete pensando en cantar de plano. Sería lo más beneficioso para ti.

Abandonando la carretera de Key West, el coche había torcido hacia la derecha internándose en el barrio de Hialeah hasta sobrepasar el famoso hipódromo, luego de cruzar el río Miami. Se había detenido, ante un hotelito de una sola planta, rodeado por un pequeño jardín a la izquierda del cual se alzaba un barracón que debía hacer las veces de garaje.

De mala gana, Jesica hubo de abandonar el automóvil y penetrar en la casa. El individuo que la había ido vigilando en todo momento la hizo pasar a una habitación apenas amueblada con una

mesa y unas sillas. Al entrar, la mujer quiso sentarse. Su acompañante se lo impidió:

—Tendrás que estar de pie, muchacha. Por lo menos hasta que decidas hablar.

—¿Qué quieren que les diga? —preguntó, malhumorada, Jesica.

—Muchas cosas. Tantas que habremos de ir por partes, dejando bien sentadas unas antes de pasar a las siguientes. Para empezar será necesario que hagas un poco de memoria y nos digas a cuántos negros atracaste en mitad de la calle, obligándoles a darte el dinero que llevaban al amenazarles con empezar a gritos diciendo que te habían ofendido. ¿Estás dispuesta ya?

Jesica respondió con un exabrupto. No creía que aquello tuviera gran importancia, cuando todas las personas importantes de Miami estaban frente a los negros. Sin embargo, no estaba muy dispuesta a confesar una verdad que podía perjudicarla. Envalentonada al ver que su interlocutor no respondía en el mismo tono, seguramente porque empezaba a asustarse un poco, amenazó:

—Si no me dejan marchar, les denunciaré a míster Winter. Cuando el *sheriff* sepa que dos blancos a sueldo de los negros...

—No creo que míster Winter te regale caramelos si te ve, luego de lo que vas a decirnos de él. Y a decirnoslo por escrito —le interrumpió, burlón, su interlocutor.

—Nada sé de míster Winter ni nada me obligarán a decir que no sea verdad.

—Sabes mucho y lo dirás todo. Y no sólo de Winter, sino de otros conocidos tuyos.

—¿Qué conocidos?

—Dennis Conte, Archibald Shinwell y Gregory L. Marshall. Parece que te suenan esos nombres, ¿eh?

Bastaba ver el gesto de la mujer para comprender que estaba en lo cierto. Pero el sesgo que tomaba el asunto, lejos de alarmarla, contribuyó a infundirle cierta tranquilidad. Los individuos nombrados por su adversario eran personas importantes. Winter, *sheriff* del condado; Marshall, millonario; Shinwell, gerente de una gran empresa y Gran Dragón de Florida; Conte, jefe de un grupo de hombres sin escrúpulos con los que resultaba peligroso enfrentarse. ¿Qué podía temer teniéndolos a su lado? ¿Quiénes eran aquellos dos sujetos tan locos como para enfrentarse con ellos por defender a

unos cerdos de color?

—No tardarán en sentir todo esto. Intervendrá la Policía e irán de cabeza a la silla eléctrica.

—Acaso seas tú la que vayas si te obstinas en callar.

—¿Quieren decirme de una vez quiénes son y lo que andan buscando?

—Los nombres importan poco. Pero ¿qué te parece esto? ¿No es suficiente para convencerte de que tienes perdida la partida?

Con ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, Jesica vió la placa que le mostraba su interlocutor. ¡Policía federal! ¡El temible F. B. I.,

mezclado en el asunto!

—¡Imposible! —Gruñó—. Esa placa no es suya.

—Quizá no, y quizá sí. Por si acaso procura ser buena chica y responder a mis preguntas. En caso contrario...

El cerebro de Jesica funcionaba en aquellos momentos con vertiginosa rapidez. No era posible que los federales intervinieran en aquello. Se lo hubiera dicho Conte. Marshall o el propio Winter. Indudablemente estaban tratando de asustarla. El F. B. I, sólo perseguía determinada clase de delitos: la lucha contra los negros no figuraba entre ellos. Encogiéndose de hombros, preguntó:

—¿A quién robaron esa placa?

Su interlocutor no se molestó en contestarla. Volviéndose hacia el otro individuo que había permanecido silencioso junto a la puerta, le indicó:

—Trae a esos muchachos, Duncan. Veremos si cuando la reconozcan comprende esta señorita la imposibilidad de seguir negando.

Jesica se estremeció al oírle. No sabía quiénes serían los llamados «muchachos»; temía que fuesen algunos tipos capaces de propinarle una paliza para soltarla la lengua. Su susto aumentó cuando al abrirse de nuevo la puerta, apareció en el umbral Duncan, acompañado de un negro corpulento.

—Aquí tienes al primero, Fred.

—«Okay» —repuso Whitfield, pues era él quien había raptado a la muchacha a la puerta del Beach Hotel. Luego, dirigiéndose al negro, le indicó—. Mira bien a esa mujer, amigo. No temas nada y di la verdad. ¿La reconoces?

—Apueste que sí, señor. Me juego la cabeza a que es ella, sin la menor sombra de dudas.

—¿Qué soy yo? —saltó, iracunda, Jesica, enfrentándose con el negro—. ¿De qué me conoces, piojoso?

Aunque un poco impresionado por la actitud de la mujer, el individuo de color habló, a petición de Fred, y dijo toda la verdad. El 9 de septiembre del año anterior, cuando se dirigía a su casa, luego de cobrar el jornal de la semana, fue abordado por Jesica en la esquina de Biscaine Avenue y Lee Street. Ante la amenaza de empezar a gritos diciendo que la había besado y temeroso de que la gente le linchase antes de preguntar nada, había tenido que entregarle los setenta dólares que llevaba en el bolsillo.

—¡Mentira! —saltó, iracunda, la mujer—. Todo eso es mentira. No va a dar más crédito a la palabra de un maldito negro que a la de una mujer decente, ¿verdad?

—Lo siento, Jesica; pero no creo que tengas mucho de decente, y este amigo está diciendo la verdad. Como la dirán otros.

La dijeron, en efecto, otros tres individuos de color que sucesivamente fueron apareciendo en la estancia. Todos reconocieron sin la menor duda a la que decía llamarse Jesica Trenton. Dos de ellos la acusaban de haberles robado cuánto llevaban encima; el tercero, de haber incitado a las gentes al linchamiento de un hermano suyo, que se resistió a dejarse despojar y que murió como consecuencia de la brutal paliza sufrida.

—¿Qué te parece, amiguita? Sólo con esto tienes suficiente para diez o doce años de cárcel.

Aunque Jesica seguía negando, sus negativas eran cada vez más débiles. Sus acusadores, en cambio, aportaban datos y detalles que demostraban de qué lado estaba la verdad. De tener que comparecer ante cualquier tribunal, podría darse por muy afortunada con un par de lustros de encierro. Sólo le quedaba una esperanza: que no existía en Florida un solo juez ni un solo jurado que hicieran caso de la denuncia de unos negros contra una mujer blanca.

—Cuando comparezcas ante los jueces, no habrá dudas posibles, porque antes habrás firmado una confesión explícita reconociendo todos tus delitos.

—¿Y si me niego?

—No te negarás. Si lo hicieras te entregaría a tus víctimas para que se tomaran la justicia por su mano. ¿Recuerdas lo sucedido en Palm Street? Pues sería una ligera caricia comparado con lo de ahora.

Tras una hora de resistencia, Jesica acabó firmando. Dos razones le decidieron. La primera el terror a que Fred cumpliera su amenaza, entregándola a los negros; la segunda, el convencimiento de que Winter y sus amigos romperían una declaración —que por haber sido arrancada a la fuerza, tendría escaso valor desde el punto legal—, tan contraria a sus intereses, procurando de paso dar un buen disgusto a los que pretendían hacerse pasar por agentes federales.

—Veo que vas entrando en razón, muchacha. Pero esto no es más que el comienzo. Ahora necesito cosas más importantes de ti.

Habló con absoluta claridad. Necesitaba una información completa de cuánto Jesica supiera respecto al frustrado asesinato del padre Baldwin, pero esencialmente sobre la personalidad de Gregory L. Marshall. Como la mujer mantenía estrechas relaciones con él tenía que conocer cuánto les interesaba.

—Ya sé, y puedo probarlo, que es quien paga a Shinwell y a los pistoleros que pretenden integrar el renacido Ku-Klux-Klan. Sin embargo, hay algo que ignoro y tú tendrás que decirme: su origen y nacionalidad. Es inútil que aparentes desconocerlo. Eres demasiado lista para no haberte enterado de algo en el tiempo que llevas a su lado.

Transcurrió el resto de la noche sin que lograra arrancar a Jesica lo que le interesaba. Tuvo la seguridad, no obstante, de que sabía más de lo que aparentaba. Tercamente, la mujer se empeñó en afirmar que lo ignoraba todo. Incluso el intento de la noche precedente, que había costado la vida a Liza y a su marido.

—Acabarás confesando, muchacha —dijo, ya de día, un poco cansado—. Por de pronto quiero anunciarte una cosa; Duncan me sustituirá dentro de un rato. Lleva cinco horas durmiendo y está bien descansado. Tú no podrás comer, beber, dormir ni descansar mientras no hables. Nosotros no tenemos prisa. ¡Ya veremos lo que aguantas!

Decía la verdad, como Jesica no tardó en comprobar, viendo aparecer a Duncan, sonriente y tranquilo, para ocupar el puesto de

Fred. Para evitarse complicaciones ataron a la mujer a una silla y su nuevo interrogador anunció:

—Cuando intentes dormirte, te echaré un cubo de agua por la cabeza. Tendrás que estar todo el día hablando conmigo. Espero que antes de la noche hayas dicho todo lo que sabes.

Fred se marchó con el coche alrededor de las ocho de la mañana. No quería que Shinwell y Conte, posiblemente alarmados ya por la desaparición de Jesica, pudieran sospechar de él, viendo que también se había quitado de en medio. Necesitaba, además, realizar diversas gestiones, aparte de conversar nuevamente con Belle y, por mediación suya, con el padre Baldwin, que era quien la tarde anterior le dio los nombres de los negros víctimas de la chantajista, y el que les convenció para que dijese la verdad.

Pero antes de todo necesitaba reposar unas horas. Le convenía estar bien descansado con vistas a una jornada que seguramente sería dura y agitada. Apenas se había tumbado cuando le llamaron por teléfono. Era Dennis Conte. Pese a lo intempestivo de la hora, no quería nada importante ni urgente.

—Tan sólo que mister Shinwell desea verte esta tarde en su despacho. Estuve anoche en el Harold's, pero no di contigo.

—Seguro que no. Encontré a unos viejos amigos y me fui con ellos al Tropical.

El Tropical era un lujoso casino inaugurado últimamente en un lugar encantador de la costa, quince millas al norte de Miami. Millares de personas lo frecuentaban a diario y sería muy difícil que nadie pudiese comprobar con rapidez si había estado o no allí.

Al colgar el auricular, sonrió satisfecho. El recado de Conte era un simple pretexto. Sin duda empezaban a sospechar de él en relación con la sorprendente desaparición de Jesica. Esperaba que el hecho de que estuviera durmiendo tranquilamente en su habitación les despidase durante el tiempo suficiente para llevar a feliz término su intento.

Durmió bien, y cuando se levantó, a primera hora de la tarde, estaba completamente descansado. Comió en un bar automático cercano al hotel en que se hospedaba. Luego, no sin dar toda una serie de vueltas y revueltas para convencerse de que nadie le seguía,

se dirigió al hotelito donde tenían encerrada a Jesica.

—Todo va bien —dijo, satisfecho, Duncan—. Creo que antes de la noche habrá dicho cuánto sabe.

En las seis horas transcurridas desde que Fred se marchase, Jesica había experimentado un cambio radical. Toda la entereza de que daba pruebas la noche anterior se había esfumado poco a poco. Estaba despeinada, con toda la pintura corrida, la ropa empapada, los ojos de sueño y un rictus de ansiedad y temor en el semblante.

—En cinco ocasiones distintas se me ha dormido; en todas tuve que despabilarla con sendos cubos de agua fría.

El procedimiento era inusitado, brutal incluso, para emplearlo con una mujer. Pero ni Jesica era digna de muchos miramientos ni podían andarse con demasiadas contemplaciones si pretendían llevar sus planes a feliz término. Duncan la había tratado bastante peor que el propio Fred. Gracias a ello quizá había conseguido algo.

—Por lo menos ha confesado varias cosas importantes. La primera, que la orden de terminar con Caleb Wiggins partió de Gregory L. Marshall, aunque fueran los pistoleros de Conte quienes la llevaron a cabo.

—¿Y respecto a Marshall mismo?

A fuerza de paciencia, de repetir una y otra vez las mismas preguntas, mezclándolas de vez en cuando con amenazas, que alguna ocasión pasaron de ser simples desahogos verbales, Duncan la había arrancado unos cuantos datos interesantes. Aunque pretendía ser americano —californiano, más concretamente—. Jesica estaba convencida de que era europeo y ni siquiera conocía California. Con alguno de sus visitantes hablaba en un idioma desconocido para la mujer.

—No sabe cuál es. Desde luego no se trata de alemán, francés o italiano. A juzgar por sus explicaciones, debe ser checo, húngaro o polaco.

Jesica le había acompañado en varias excursiones a bordo de su yate. En dos de ellas recalaron en puertos cubanos; en otras fueron abordados en alta mar por lanchas rápidas, procedentes de cualquier punto de las Antillas, cuyos ocupantes pasaban horas enteras a bordo del «Sea Bird», en misteriosos conciliábulos con el llamado Marshall.

—Creo que el Vate tiene una estación emisora y receptora de

onda corta de bastante potencia. Según Jessica, raro es el día que nuestro amigo no recibe y transmite algunos mensajes.

Whitfield escuchó con visible satisfacción el relato de su compañero. Venía a confirmar todas sus sospechas. Aún quedaban por aclarar algunos extremos y, sobre todo, lograr que Jessica firmara una extensa declaración, cosa a la que se negaba en redondo. Cuando Fred se lo pidió, murmuró, asustada:

—Si lo hiciese, no viviría muchas horas.

—¿Y si nosotros nos preocupásemos de protegerte?

—Sería igual. Por mucho que se esforzasen, y no creo que lo hiciesen, me liquidarían.

Ni siquiera bastó a convencerla la insinuación de Fred de que Marshall y sus amigos no la perdonarían haber dado la menor información. Alentaba la esperanza de poderlo negar todo, cosa que resultaría imposible si aparecía su firma al pie de un relato hecho de su puño y letra.

—Estate tranquilo —dijo Duncan—. Tres o cuatro horas más y lo firmará todo. Te respondo de ello.

Fred estaba seguro de que Duncan lo conseguiría. Si había logrado lo más difícil, no era de suponer que fracasara en lo relativamente fácil. Pero ya tenía sobrados motivos para sentirse satisfecho.

—Parece que el «viejo» estaba, como de costumbre, en lo cierto. Y que ese Marshall es la piedra clave del asunto.

Salíó del hotelito dispuesto a que antes de veinticuatro horas todo quedase definitivamente resuelto. Marchó a Gulf Street para ver a Belle; pero aunque, según la muchacha, nunca salía a aquellas horas y Betty no se movía del apartamento, no contestó nadie a sus llamadas.

Un poco sorprendido se alejó de allí para darse una vuelta por el hotel en que se hospedaba, esperando en que Belle hubiese ido a buscarle o, cuando menos, le hubiera telefoneado.

—Sólo le ha llamado un caballero. Dijo que era míster Smith y que tenía mucho interés en verle.

Se alarmó. Había convenido con el padre Baldwin que utilizaría el nombre de Smith si algún acontecimiento grave le obligaba a telefonearle. Sin vacilaciones saltó al automóvil y marchó en su busca. Lo encontró en la casa parroquial, con gesto grave y

semblante taciturno. Antes de que Fred pudiera despegar los labios, le preguntó, inquieto:

—¿Qué sabe usted de Belle?

—Nada. Fui a Gulf Street en su busca, pero no pude encontrarla. ¿La ocurre algo?

—Me temo que lo peor. Salió de su apartamento a las diez de la mañana, diciendo que volvería enseguida. Al parecer usted la había telefonado que la esperaba a la puerta.

Whitfield negó, con energía. Hacía veinticinco horas casi que no veía a *miss* Layton; desde luego, no era él quien la había citado por teléfono.

—Me lo figuraba —dijo, entristecido, el padre Baldwin—. La pobre Betty se resistía a creerlo. Ahora...

Le hizo pasar a la habitación inmediata. Betty, la mulata que había visto en el apartamento de Belle, lloraba desconsolada. Entre sollozos desgarradores contó lo sucedido. *Miss* Layton había recibido una llamada telefónica. Creía que era de Whitfield, que la esperaba en la puerta. Betty se asomó a la ventana para verla marchar. Pudo ver un magnífico «Chrysler» parado junto a la acera.

Al salir, Belle se aproximó al coche. Betty la vio detenerse de pronto y hablar con alguien que había en el interior del vehículo. No oyó lo que decían, pero sí vió que la muchacha parecía dispuesta a dar media vuelta cuando un caballero alto, elegante, de unos cincuenta años, bajó del «Chrysler», la cogió de un brazo y, no sin cierta resistencia por parte de la joven, la obligó a subir al automóvil.

—¿Recuerda con exactitud las señas del individuo que vió? —preguntó, interesado, Fred. Cuando la mulata se las dió, todas sus dudas se disiparon—. ¡Archibald Shinwell en persona!

Betty se estremeció, angustiada, al oírle. En alguna ocasión Belle le había hablado del gerente de la International Trade. Si la muchacha estaba en sus manos era posible cualquier desgracia. Sollozante, suplicó:

—¡Sálvela, señor! ¡Por el amor de Dios, sálvela!

El reverendo Baldwin se llevó aparte a Fred para hablar con él. Belle Layton gozaba de generales simpatías entre la gente de color; esas simpatías podían facilitar ahora la tarea de dar con ella. En todas partes de Miami, casi siempre en los oficios más humildes,

había negros trabajando. Eran choferes, barrenderos, ordenanzas, jardineros, guardacoches, lavaderos, vigilantes de las playas, etc.

—Alguno de ellos tiene que ver a *miss* Layton, dondequiera que la tengan. Hace dos horas que lancé a veinte amigos de color en todas las direcciones para hablar con sus hermanos de raza. Ahora habrá dos mil buscándola. De un momento a otro espero que me avisen por teléfono dónde se encuentra.

A Fred le parecía admirable la idea. Pero, sin desdeñarla, ni mucho menos, creía tener otra mejor: iría en busca de Archibald Shinwell.

—Aunque tenga que partirle la cabeza, me dirá por qué y dónde se la ha llevado.

Su interlocutor trató de hacerle desistir de un empeño que juzgaba demasiado arriesgado. Entendía preferible denunciar a la Policía el secuestro de la muchacha, una vez que supieran en qué lugar la tenían los secuestradores. Pero Whitfield no se avenía a razones ni quería esperar más tiempo.

En la puerta ya, llegó con claridad a sus oídos el llanto desgarrador de Betty, la mulata. Comprendía su inquietud, pero se le antojaba un poco exagerado su dolor. ¿No le parecía al reverendo Baldwin que había algo de farsa en su desesperación?

—En absoluto, amigo mío —repuso, con calma, el sacerdote—. Cualquier madre estaría igual en su caso.

—¿Cualquier madre? —saltó, sorprendido, Fred—. Pero ¿acaso Belle es...?

—¿Su hija? ¡Claro que lo es! Creí que lo había adivinado desde el primer instante.

Fred subió al automóvil sin responder una sola palabra. La revelación del padre Baldwin le había producido una sorpresa extraordinaria. Repentinamente comprendía muchas cosas. Recordaba gestos, palabras y actitudes de Belle, que le habían desconcertado en algún instante. ¿De forma que tenía, efectivamente, sangre negra en las venas? Tenía razón el sacerdote: debía haberlo adivinado. Pero ¿acaso no lo pensó la primera vez que la oyó cantar en el Harold's?

Sin embargo, la raza de *miss* Layton no hacía variar sus sentimientos ni le obligaba a modificar sus planes. Pisó a fondo el

acelerador y veinte minutos después se hallaba en Collins Avenue, ante el edificio donde la International Trade tenía sus oficinas.

Tuvo la suerte de que míster Shinwell se hallara en su despacho y no tropezó con dificultad ninguna en llegar hasta él. Archibald le recibió, amable y sonriente, como de costumbre.

—Le esperaba un poco más tarde, Whitfield; pero ya que ha venido, siéntese y escúcheme con calma. Tenemos que hablar de muchas cosas.

—Y del paradero de Belle Layton en primer término, ¿verdad? —repuso, en tono áspero, Fred, sin aceptar la invitación de sentarse, quedando en pie en el centro del despacho.

Su interlocutor le miró, sorprendido. Cuando habló, lo hizo con voz pausada y tranquila. Sí; hablarían de Belle, desde luego. La artista del Harold's

le parecía sospechosa. Simpatizaba demasiado con los negros y temía que actuase de acuerdo con ellos.

—¿La ha secuestrado por eso? —le interrumpió Whitfield.

—¿Secuestrarla yo? —exclamó Archibald, fingiendo admirablemente la sorpresa—. ¡Está usted loco! ¿De dónde diablos se ha sacado esa fantasía?

Fred se lo dijo a medias. Afirmaba que Betty, la mulata, le había reconocido en el caballero que obligó a *miss* Layton a montar en un «Chrysler». Antes, para hacerla salir a la calle, la había llamado, haciéndose pasar por Whitfield.

—Todo eso es una tontería —replicó Shinwell—. Ni yo he aparecido por allí ni creo que tuviera interés en secuestrarla nadie, excepto cualquiera de sus admiradores, entre los que sabe de sobra que no me cuento. Pero...

—¿Qué?

—Esa amistad suya con *miss* Layton, saltando por encima de mis advertencias, me da bastante que pensar. ¿Sabe por qué fracasó un golpe magnífico, que teníamos preparado para anteanoche?

—¿El asesinato del padre Baldwin? —precisó Fred.

—El que fuese. Pues fracasó porque hubo un traidor que disparó contra nuestros hombres. A mí no me agradan los traidores. Lo mejor que se puede hacer con ellos es llenarles el cuerpo de plomo. ¿No le parece?

—¿Cómo hicieron con Caleb Wiggins?

—Exactamente —contestó Archibald, sin molestarse en negar—. Empiezo a recelar de usted, Whitfield. Si mis sospechas se confirman, lo sentiría por usted.

Había un tono, frío de clara amenaza en sus palabras. Fred no se dejó impresionar por ellas.

Comprendiendo que había llegado el momento de poner las cartas boca arriba, seguro de que a Shinwell podría vencerlo sin grave dificultad y más llevando una buena pistola en el costado izquierdo, resolvió cortar por lo sano:

—¡Basta de rodeos! ¿Dónde tiene a Belle?

—Le repito que no lo sé —afirmó, con aire de sinceridad, su interlocutor.

—¡Vaya si lo sabe! —replicó Fred, avanzando con aire amenazador—. Le doy un minuto para decírmelo. Si se niega a hablar.

—¿Qué?

—Es muy probable que le parta la cabeza o le tire por la ventana. En cualquiera de los casos...

—Yo no hablaría así de estar en su situación, Whitfield —le interrumpió, sonriente, Shinwell—. Miraría en torno mío y me daría cuenta de que no estoy en condiciones de amenazar a nadie.

Un poco desconcertado, Fred volvió la cabeza. A su espalda estaba Dennis Conte, al que no había oído entrar, con un arma en la mano y un gesto amenazador en el semblante. También advirtió que llevaba vendada la mano izquierda. Con gesto rápido trató de llevarse la mano al costado izquierdo.

—¡Quieto! —ordenó Conte—. Dispararía antes que tú y lo haría con mucho gusto. Aunque sólo fuera por devolverte el regalito de anteanoche...

Fred se detuvo, seguro de que Dennis tiraría a matar. Trató de ganar tiempo, simulando una sorpresa, que estaba muy lejos de sentir y preguntando:

—¿Que yo te he hecho un regalito?

—Seguro, Un balazo en la muñeca izquierda. Por si lo has olvidado, te diré que fue en Everglades Drive. ¿No te recuerda nada ese sitio?

Era una confesión explícita de culpabilidad en el asesinato de

Liza y Jimmy. A Fred le hubiera gustado hacerle seguir hablando, pero Shinwell no tenía el menor deseo de que lo hiciera.

—¡Cierra la boca, imbécil! —chilló, irritado—. En lugar de decir lo que nadie te pregunta, ocúpate de desarmarle.

—Mejor sería que lo hiciera usted, jefe —contestó, en tono sumiso, Dennis—. Tengo una mano inutilizada; tendría que soltar la pistola y eso puede resultar peligroso.

—«Okay» —accedió Archibald—. ¡Levanta los brazos, Whitfield! Y tú apunta bien mientras yo le cacheo.

Aunque Fred elevó las manos por encima de la cabeza en actitud de vencimiento, no estaba nada dispuesto a dejarse desarmar, quedando así a merced de sus enemigos. Procuró con disimulo acercarse a Conte, midió con exactitud las distancias, esperó una oportunidad favorable y, cuando se presentó ésta, se lanzó resueltamente a la acción.

Fue una fracción de segundo, en que Dennis miró a Shinwell en lugar de mirarle a él. Fred levantó con rapidez la pierna izquierda, y el patadón bastó para que saliese por los aires la pistola que el forajido empuñaba. Dennis lanzó un grito de rabia y Archibald se llevó con premura la mano al bolsillo del pantalón, donde debía llevar un arma.

Whitfield no le dio tiempo a sacarla. Con precisión matemática, sus puños alcanzaron de lleno la mandíbula del gerente de la International, y Shinwell se sintió elevado por los aires; cuando cayó, había perdido el conocimiento.

Fred no perdió tiempo en mirarle. Sabía que el peligro provenía ahora de Conte. Al volverse, le vió agachado, para recoger la pistola, caída en el suelo. No se anduvo con contemplaciones. Alargó la pierna derecha; su zapato alcanzó de lleno la cara de su adversario y Dennis retrocedió, tambaleante, hasta tropezar con la pared y caer medio atontado al suelo.

Por desgracia, Whitfield no pudo gozarse en la victoria tan rápidamente alcanzada. Un balazo que silbó cerca de su cabeza, le demostró que el peligro no había pasado, y al mirar hacia la puerta, vió en el umbral a dos de los pistoleros de Conte, que corrían en socorro de sus jefes.

Fred tuvo la suerte de que no le hiriesen los primeros disparos. Luego, buscando un buen parapeto, se refugió detrás de la mesa.

Sacando la pistola, contestó adecuadamente al fuego de sus enemigos. No supo si les había alcanzado o no, pero les vió retroceder precipitadamente dando voces. Indudablemente había algún otro forajido en las oficinas y reclamaban su ayuda.

No cabía, sin embargo, hacerse ilusiones de ningún género. Aunque sus adversarios habían retrocedido en un primer instante, no tardarían en volver. Solo, teniendo que hacer frente a cinco o seis individuos, no tenía muchas posibilidades de victoria. Era preciso huir, y huir antes de que fuera demasiado tarde.

Le hubiera gustado llevarse consigo a Shinwell, para forzarle a hablar; pero esto resultaba prácticamente imposible. Mucho más cuando alguno de los forajidos, aún no atreviéndose a asomar la cabeza, tiraba desde la habitación inmediata. También por allí estaba cerrado el camino de salvación.

La ventana, abierta de par en par, le ofrecía la única salida posible. Se asomó. La escalera de incendios pasaba a diez metros de distancia; por fortuna, una ancha cornisa corría a lo largo del edificio, a la altura de la planta en que se encontraba. Más que seguir, la acción acompañó al pensamiento. Tras hacer unos disparos, destinados a tener a raya a sus enemigos, Fred saltó a la cornisa.

Dos minutos después se encontraba en la calle. El estrépito de los disparos debía haber sido oído desde la calle, porque muchos transeúntes miraban hacia arriba. Algunos vieron descender a Whitfield, pese a que las sombras de la noche cubrían ya la ciudad. Pero llevaba una pistola en la mano y ninguno se atrevió a cerrarle el paso ni a hacerle la menor pregunta.

Fred corrió a su automóvil, subió, de un salto y pisó a fondo el acelerador. Se lanzó vertiginosamente a lo largo de Collins Avenue. De cuando en cuando volvía la cabeza, para comprobar si le seguía alguien. Cuando se convenció de que nadie marchaba tras él, torció por una calle lateral, aflojó la marcha y estuvo dando diversas vueltas por el centro mismo de Miami, pensando lo que le convenía hacer.

«Lo mejor será ver a Winter. Simpatiza con el Klan y posiblemente está a sueldo de Shinwell. Pero es el *sheriff* de Dade County y tendrá que ayudarme cuando exija su concurso, poniendo las cartas sobre la mesa».

Marchó a la Jefatura de la Policía local, ya que el *sheriff* del condado tenía sus oficinas en el mismo edificio. Preguntó por Winter y le hicieron penetrar en el despacho donde pasara detenido unas horas la noche del escándalo del Harold's.

Allí, acompañado del teniente Gaynor, encontró a Roscoe, que daba muestras de agitación y nerviosismo. Al ver a Fred pareció extraordinariamente sorprendido:

—Ha hecho bien en venir a entregarse, Whitfield. Acaso sea considerado como atenuante, aunque dudo mucho de que le sirva de nada.

Fred se encogió de hombros. Suponía que Shinwell había denunciado lo sucedido en las oficinas de la International Trade y que era aquello a lo que el *sheriff* se refería. Sin inmutarse lo más mínimo, repuso:

—Dejemos eso, que no tiene la menor importancia. Lo que vengo a decirle es...

—¡Qué cinismo! —exclamó, estupefacto, Gaynor—. ¡Que no tiene importancia un asesinato!...

Whitfield le miró, sorprendido. Estaba casi seguro de que sus disparos no habían alcanzado a nadie. Las palabras del teniente le probaban su equivocación. Era evidente que alguno de los forajidos había pagado de una vez todas sus culpas.

—Lo siento —repuso—; pero se lo merecían. Tiraron contra mí y tuve que defenderme. Si he liquidado a alguno, no será una grave pérdida para la sociedad, porque...

Se detuvo al advertir un gesto de asombro en sus oyentes. Tras un segundo de vacilación, Winter gruñó:

—Es usted un loco o un farsante. ¿Quiere decirme de una vez de qué está hablando?

—De lo mismo que ustedes —repuso, convencido, Fred—. De la pelea en el despacho de Archibald Shinwell.

—No sabemos de eso una sola palabra —contestó el *sheriff*—. Le acusamos de otra cosa muy distinta: la muerte de Jesica Trenton.

Whitfield cambió de calor. La noticia le cogía totalmente desprevenido. Era lo que menos podía esperarse. Cuando pudo hablar, inquirió:

—¿Qué han matado a Jesica Trenton?

—Seguro que sí. Y usted lo sabe mejor que nadie, porque ha sido el asesino.

Habló sin que Fred pudiese hacer la menor pregunta. Hacía una hora que Jessica había sido hallada en un hotelito de las afueras de Hialeah. Estaba atada a una silla, con la ropa mojada, un gesto de horror en el semblante y tres balazos en el pecho. La hallaron dos agentes, avisados por alguien que había oído los disparos.

No creían tener la menor duda respecto al culpable. Un portero del Beach Hotel había dado las señas del individuo que obligó a la mujer a entrar en un automóvil la noche anterior, y las señas coincidían exactamente con las de Whitfield. Por otro lado, la Policía había descubierto que había sido él quien alquilase el hotelito veinticuatro horas antes. Fred sintió inquietud por la suerte de Duncan. Sin molestarse en negar nada, preguntó:

—¿Y no encontraron a nadie en el hotelito?

—¿A quién quería que encontrásemos?

—A un joven llamado Jefferson M. Duncan. Le dejé con Jessica a primera hora de la tarde.

—¿Era su cómplice?

—No. Es un agente especial del Federal Bureau of Investigation.

Vió un gesto de incredulidad en sus oyentes. Soltando la carcajada, Winter respondió:

—¿Pretende que nos creamos ese cuento? ¿Va a decirnos, acaso, que usted también es agente federal?

—Voy a decirlo, y no es ningún cuento. Aquí tiene algo que disipará sus dudas.

Con movimiento rápido arrojó sobre la mesa su placa y su carnet de identidad. El teniente Gaynor los cogió, examinándolos con gesto de grave preocupación. Winter no se molestó siquiera en mirarlos.

—¡Bah! Nada de eso le pertenece, amigo mío. Alguien me avisó de que pretendía hacerse pasar por lo que no es gracias a unos documentos que o son falsos o robados.

—¿Podría decirme quién le avisó? —preguntó, intencionado, Fred—. ¿No sería, por casualidad, un caballero que se hace llamar Gregory L. Marshall?

—Fue míster Marshall, en efecto —repuso el *sheriff*—. Aunque al principio no le quise creer, ahora veo que estaba en lo cierto.

—Hay una manera fácil de comprobarlo; llame a Washington y

pregunte en la Jefatura del
F. B. I.

Allí le dirán quién soy.

Winter replicó en tono airado. No quería perder el tiempo telefoneando a Washington. Estaba seguro de que su interlocutor mentía y nada tenía que ver con las autoridades federales. Pero aun en el caso, que consideraba imposible, de que fuese agente del
F. B. I.,

siempre estaría en pie el asesinato de Jesica.

—Y no hay duda posible de que fue usted quien la mató.

—¡Escúcheme antes de seguir adelante, Winter! Como agente federal he venido a pedir su ayuda y tendrá que prestármela. Hay cosas tan graves como la muerte de esa mujer, en la que, desde luego, no he tenido la menor participación, y debe ayudarme a detener a los culpables.

Habló con premura, relatando cuánto sabía. Tras aludir un poco de pasada al asalto del Eden Theatre, se refirió, en forma concreta, a la eliminación de Caleb Wiggins, al intento de asesinato del padre Baldwin, a la muerte del matrimonio negro y al secuestro de Belle Layton. Cuando empezó a hablar de las revelaciones de Jesica, respecto a la verdadera personalidad de Gregory L. Marshall, el *sheriff* le interrumpió, colérico:

—¡Basta! Todo eso son fantasías estúpidas. No puedo consentir que insulte en mi presencia a personas decentes. Lo único cierto es que usted mató a Jesica Trenton.

—No hay fantasías, sino verdades. ¿Por qué defiende tanto a Marshall? ¿Cuánto cobra de él?

—¡Se acabó! —gritó, perdida la calma, Winter—. ¡Entréguese de una vez si no quiere que...!

—¡Quieto! Será usted quien levantará en el acto los brazos, a menos que desee que le cosa a balazos...

Adelantándose al *sheriff*, Fred había empuñado con resolución la pistola, con la que cubría a sus interlocutores. Amedrentados, viendo un gesto de resolución desesperada en sus pupilas, ambos levantaron los brazos. Indignado, comentó Whitfield:

—Ya veo que no quieren ayudarme, prefiriendo aliarse con espías y pistoleros. No tardarán en sentirlo.

Pero aquella situación no podía prolongarse. No estaba

dispuesto a dejarse prender, cuando la vida de Belle corría posiblemente el mayor de los peligros. Tenía que salir de allí cuanto antes. Pronto encontró la solución. Winter saldría delante de él hasta la calle. Gaynor se quedaría en el despacho, sin dar la voz de alarma ni tratar de seguirle.

—Si lo intenta, mato al *sheriff*.

Pudo ganar la calle sin ser molestado por nadie. Bien en contra de su voluntad, Winter tuvo que acompañarle hasta el automóvil. Ya en el coche y a punto de pisar el acelerador, Fred le dijo, a modo de despedida:

—La intolerancia y el fanatismo conducen siempre al crimen. Usted ha caído en él por su odio a los negros, aliándose con pistoleros y agentes extranjeros. Pudo estar al lado de la Ley y se colocó junto a sus enemigos. Apostó por la mala causa y no tardará en perder la partida.

Antes de que Winter le respondiese ya había doblado la esquina inmediata. Durante diez minutos corrió por diversas calles. Al final, abandonó el automóvil en un lugar apartado, convencido de que toda la Policía local le andaría buscando dentro de media hora. A pie, con el ala del sombrero muy echada sobre los ojos, era más fácil pasar inadvertido.

Desesperado, sin saber qué rumbo tomar, se metió en un bar. Dejó transcurrir un buen rato, dudando lo que debía hacer. Pensó en telefonar al Estado Mayor del

F. B. I.,

pero desistió, temeroso de que antes de que concluyera la conferencia, ya los secuaces de Winter, si río eran los pistoleros de Conte, hubiesen dado con él. Al final volvió a llamar al reverendo Baldwin.

—¡Venga inmediatamente, amigo! Tengo noticias importantes. ¡Ya sé dónde han llevado a la pobre Belle!

Afirmaba que no había nadie vigilando los alrededores de la casa parroquial y que Fred podía acudir sin el menor temor. Whitfield no lo pensó dos veces. Salió a la calle, tomó un «taxi», que dejó a cincuenta metros de su punto de destino, y luego de convencerse de que nadie le cerraba el camino, llegó donde le aguardaba el padre Baldwin.

—Este amigo me ha dado la información que necesitábamos.

Se trataba de un negro de mediana estatura, que cuidaba por las noches, del pequeño muelle cercano a Miami, donde atracaban los yates de recreo y las lanchas rápidas. Hacía dos horas que había visto a un grupo de individuos conducir al «Sea Bird» a una mujer. Pudo reconocerla cuando el grupo pasó por delante de los faros de su propio automóvil. Era *miss* Layton, que en una ocasión visitó su casa, para llevar unas medicinas a su mujer, enferma.

—Creo que el «Sea Bird» sale por la mañana con rumbo a Cuba.

Parecía que, seguros de que no les amenazaba ningún peligro, a bordo del «Sea Bird» no habían quedado más que dos individuos y la muchacha. Según el negro, que conocía a ambos, eran dos tipos que se pasaban las noches borrachos, durmiendo a pierna suelta. Esta noche no modificarían sus costumbres: encerrarían bien a su prisionera y luego se entregarían a la bebida.

—Sería muy fácil sorprenderles —afirmó—. Yo sólo me bastaría para terminar con ello.

El negro, muy conocido del padre Baldwin y que se llamaba Pete, estaba decidido a intentar penetrar en el barco, para rescatar a la muchacha. El sacerdote, enemigo siempre de la violencia, se oponía. Juzgaba peligroso tratar de tomarse la justicia por su mano. Entendía que era preferible avisar a la Policía.

—Yo comparto la opinión de Pete —dijo Fred—. Winter y sus subordinados sólo nos servirían de estorbo.

Contó lo que le había ocurrido dos horas antes y Baldwin tuvo que darle la razón, aunque disentía en un punto. Estaba seguro de que Winter jugaba con dos barajas; pero tenía cierta confianza en el teniente Gaynor. Odiaba a los negros, envenenado por los prejuicios y la intolerancia del ambiente, pero era hombre recto y honrado. Quizá acudiendo a él...

—Perderíamos el tiempo. Y hay que actuar inmediatamente.

Se dispuso a partir, en unión de Pete, para rescatar a Belle. El negro estaba seguro de que en el «Sea Bird» sólo quedaban dos marineros. No acabando de fiarse, Fred hizo algunas llamadas telefónicas, aunque sin dar su nombre y disimulando la voz. Supo por ellas que Shinwell y Conte se hallaban en el Beach Hotel, hablando con Marshall, y que Winter no se había movido de la Jefatura. Aquello bastó a decidirle.

—Vamos allá, Pete.

—Me parece —dijo, pensativo, el padre Baldwin, viéndoles marchar— que yo también tendré algo que hacer, por si acaso...

Un «taxi» condujo a Whitfield y a Pete a las cercanías del pequeño muelle. Luego, andando despacio, se acercaron al lugar en que se hallaba atracado el «Sea Bird». Era un yate de un centenar de toneladas, moderno, limpio y cuidado. No había luces a bordo ni parecía vigilar nadie.

Ganaron la cubierta sin la menor resistencia. Pronto hallaron a un individuo, que dormitaba junto a la borda. Era uno de los dos marineros que Pete sabía que se quedaban de noche en el yate. Su despertar no tuvo nada de agradable. Una pistola se clavaba en sus riñones, mientras una voz le ordenaba:

—Llévanos sin rechistar donde tenéis encerrada a *miss* Layton.

Con gesto de terror y aire de vencimiento, el marinero obedeció. Por indicación de Fred, Pete se quedó en la cubierta, para guardarle la retirada en caso necesario. Whitfield siguió al marinero, que se dirigía hacia los camarotes situados bajo la toldilla de popa.

—Ahí está, señor.

—Bien. Vete delante y abre la puerta. Y no olvides que llevo una pistola en la mano.

El marinero obedeció. De pronto, Fred creyó oír un ruido sospechoso a su espalda. Quiso volverse, pero no le dieron tiempo. Una porra de goma cayó con violencia sobre su mano derecha, obligándole a soltar el arma que empuñaba. Al mismo tiempo oyó la voz de Conte, amenazando:

—¡Quieto, Fred! Al menor movimiento te vuelo la sesera...

El marinero se volvió con una pistola en la mano, cambiada por completo su actitud de dos segundos antes. Con la mano izquierda, cogió al agente federal de un brazo, empujándole hacia el camarote.

—¡Entra ahí!

Dennis le propinó un puntapié en la espalda y Fred entró. Quedó sorprendido ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Belle Layton estaba tendida al fondo sobre un diván. En el centre del camarote, sonrientes y triunfales, pudo ver a Archibald Shinwell y otro individuo, elegante, de unos cincuenta años, que por fuerza debía ser el pretendido Gregory L. Marshall. Fue este último quien habló, con un ligero acento extranjero:

—¡Bien venido, Whitfield! Hace rato que le esperaba. Tenía la

seguridad de que no faltaría a la cita...



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

VI

«UN BUEN MORIR...»



ORPRENDIDO, Fred no acertó a pronunciar una sola palabra. Se acordó de Pete; quizá hubiese oído lo sucedido y acudiera en su ayuda. Instintivamente miró hacia la puerta que conducía a la cubierta. Adivinando sus pensamientos, Marshall habló de nuevo, con el mismo acento extranjero:

—Abandone toda esperanza, amigo. Pete no podrá ayudarle. Se encuentra en peor situación que usted.

De labios de Whitfield se escapó una exclamación de asombro. ¿Cómo era posible que Gregory estuviera enterado incluso del

nombre del negro?

—Yo lo sé todo, muchacho —afirmó Marshall, con vanidad orgullosa—; todo lo que me interesa, naturalmente. Hice que Pete viese a *miss* Layton, seguro de que avisaría al «papista» y éste se lo diría a usted. Daba por descontado que vendría aquí y prepararé con cuidado las cosas. Como ve, no me he equivocado en lo más mínimo.

Sonrió satisfecho, advirtiendo el efecto que sus palabras producían a Fred. Luego, con idéntico aire de triunfo, añadió:

—A Shinwell y a Winter consiguió írseles de entre las manos. Por fortuna, yo soy un poco más listo. Y conmigo no pueden ni siquiera los agentes del famoso

F. B. I.

—¿También sabe eso?

—También. Cogimos vivo a su compañero Duncan. Acaso hubiera preferido seguir la suerte de la pobre Jesica. La seguirá, claro está; pero con unas horas de diferencia. Para mí, esas horas tenían una gran importancia.

—Para tratar de hacerle aparecer culpable de un crimen cometido por usted, ¿no?

—Algo de eso, amigo mío. Pero no llame crimen a la muerte de Jesica; más bien fue una intervención, quirúrgica. Me agradaba la muchacha y la consideraba digna de todas las confianzas; pero la obligaron a hablar, y era peligroso que continuase viva. Con su muerte me prestará el último servicio; justificar la de ustedes dos.

—Que es —intervino Shinwell— el final que se merecen los traidores.

Fred le midió de pies a cabeza, con una mirada desdeñosa. Escupiendo las palabras, repuso:

—¿Cree que hay en América entera mayor traidor que usted mismo?

Como contestación, Dennis le asestó un nuevo puntapié por la espalda. Archibald llegó a levantar la pistola que empuñaba, si bien la bajó ante un gesto imperativo de Marshall. Indignado, violento, no quiso dejar en el aire la imputación de Whitfield. Acalorado, rechazó que fuese un traidor. Al combatir a sangre y luego a los negros cumplía con su deber; era leal con su raza.

—Si no supiera que era un cínico —le interrumpió, despectivo,

Fred—, tendría que considerarle un perfecto cretino.

—¿Por qué? —preguntó, irritado, Shinwell, metiéndole casi por las narices el cañón de la pistola que empuñaba.

—Porque sabe tan bien como yo que al defender esas monsergas raciales, al predicar la intolerancia, que puede encender una sangrienta contienda, hace algo peor que traicionar a su raza: traiciona a su país, a la nación que tuvo la desgracia de verle nacer.

—Eso...

—Es la verdad pura y simple. ¿Ignora, acaso, que ese caballero no es americano, como no lo es el dinero que reparte a manos llenas? ¿Supone, acaso, que derrocha millones por el simple placer de que unos cuantos imbéciles pueden saciar sus enfermizos rencores contra las gentes de color?

—Míster Marshall es hombre inteligente y comprende la gravedad de la amenaza que representa la insolencia de los negros.

—Míster Marshall, o como se llame —porque ese nombre le pertenece tanto como a mí—, explota la estupidez y el fanatismo de unos cuantos para presentar a los Estados Unidos como prototipo de barbarie, de explotación y esclavizamiento de las minorías raciales. Pregúnteselo a él mismo, si lo duda.

—¡Basta! —saltó, airada, Shinwell—. Una sola insidia más y te vuelo la cabeza.

—¡Bah! —repuso Fred, encogiéndose de hombros—. Aunque no dijese una palabra más, me matarían lo mismo. ¿No es así, míster como se llame?

—Desde luego —afirmó, con entera sinceridad, el llamado Marshall—. Sabe demasiadas cosas para seguir viviendo. Wiggins sabía mucho menos y pereció; usted ha de seguir la misma suerte —hizo una breve pausa, contemplando fijamente a su interlocutor. Luego prosiguió—: Sinceramente, he de reconocer que ha sido hábil y astuto. Supo engañar a todos éstos, introducirse en sus filas y averiguar que yo era la cabeza directora. Incluso conoce los motivos que me impulsan, y no estoy nada seguro de que ignore mi nombre verdadero y mi nacionalidad. En cierto sentido, le admiro; pero mi admiración tiene, en este caso, un precio muy alto: la muerte.

—¿Le sacudo ya? —preguntó Dennis, impaciente por apretar el gatillo.

—Todavía no, amigo mío. Es preciso hacer las cosas bien. Será

míster Winter quién se encargue de matarles. Como *sheriff* podrá justificar su eliminación. Hace horas que les persigue, acusados del asesinato de Jesica. ¿Se sorprenderá nadie si, al intentar detenerlos, pretenden agredir al bueno de Roscoe y éste tiene que disparar, en uso de su derecho de legítima defensa?

—¿Es ése su plan? —inquirió Fred; luego, ante un gesto de asentimiento de Marshall, añadió—: ¿Y cree que habrá una sola autoridad en los Estados Unidos que haga el juego, a sabiendas, a un agente enemigo, asesinando a dos miembros de la Policía federal?

—Seguro. En las democracias corrompidas y decadentes —y ésa es su debilidad—, todos los hombres tienen un precio. Yo he pagado el suyo a Winter; me servirá, aunque se hunda el país.

—Igual que Shinwell y Conte, ¿verdad?

El llamado Marshall comprendió las intenciones de su interlocutor. Pretendía enfrentarle con sus secuaces. No vaciló, sin embargo. Dejando caer lentamente las palabras, replicó:

—Exactamente igual. Como el *sheriff*, estos amigos han ido demasiado lejos para poder retroceder. Si lo intentasen, no sería preciso que les castigase yo; los jueces americanos se bastarían para llevarlos a la silla eléctrica. ¿No es así, amiguitos?

Archibald y Dennis respondieron en forma que no dejaba lugar a dudas. Conte insistió de nuevo en su deseo de liquidar sin tardanza al prisionero. Marshall se opuso:

—He dicho que tiene que ser Winter, y lo será. Vendrá de un momento a otro. Puedes encargarte, mientras llega, de traer al otro.

Dennis salió para dar cumplimiento a la orden. Fred dedujo que Duncan no debía hallarse en condiciones de ofrecer la menor resistencia, cuando Conte, pese a tener la mano izquierda inutilizada, se creía en condiciones de manejarle a su antojo.

Quedaron todos en silencio. Por el cerebro de Whitfield cruzó la idea de lanzarse a la desesperada sobre sus enemigos. Hubo de rechazarla, convencido de su inutilidad. En la puerta seguía el marinero, con una pistola en la mano, procurando no perder de vista uno solo de sus movimientos; Shinwell y Marshall estaban armados también. Tan pronto como intentase algo, le coserían a balazos.

Belle Layton, que había permanecido medio inconsciente

tendida en el diván, volvió en aquel instante la cabeza, abriendo los ojos. Al ver a Whitfield se escapó de sus labios un sollozo. Miró de hito en hito a los presentes y comprendió lo que sucedía. En movimiento rápido, con un impulso instintivo e irresistible, se puso en pie, corrió hacia el prisionero y le abrazó, llorando.

—Lo siento, Fred; lo siento. Por salvarme a mi has caído en la trampa.

—Habría caído de todas las maneras, Belle —repuso Whitfield—. Tenía que buscar a Duncan y ajustar las cuentas a estos caballeros.

—Pero de no ser por mí no te hubieras enfrentado con ellos, y ahora...

—Te equivocas, querida. Me habría enfrentado igual. Aunque —añadió, tras una ligera vacilación— no puedo negar que por salvarte daría con gusto no una, sino tres vidas que tuviera.

Había un acento de profunda sinceridad en sus palabras, y Belle le creyó. Echándole los brazos al cuello, atrajo hacia sí la cara de Fred y le besó en la boca.

—¡Enternecedora escena! —exclamó, en tono burlón. Marshall, mientras hacía un gesto al marinero, que se apresuró a separar a la muchacha de Whitfield, arrojándola en forma nada amistosa sobre el sofá—. ¡Qué pena que yo no sea un sentimental romántico y cursi!

Fred iba a contestar, cuando se lo impidió el retorno de Dennis Conte. Delante de él, caminando con paso nada firme, venía Jefferson M. Duncan. Traía la cara amoratada y las manos esposadas a la espalda.

—¡Suéltale! —ordenó Marshall—. Nadie iba a creerse que un individuo esposado en esa forma pudo manejar una pistola.

—¿Piensan darme una pistola? —preguntó, sorprendido, Duncan.

—Desde luego —replicó, irónico, Marshall—. Pero será un poco tarde, para que puedan manejarla. Cuando les pongamos las armas en la mano, estarán muertos y bien muertos.

Un marinero apareció en la puerta, anunciando la llegada de Winter. El *sheriff* de Dade County apareció a los pocos segundos. El cuadro que descubrió al penetrar en el camarote no le hizo mucha gracia. En tono malhumorado, preguntó al que lo dirigía todo:

—¿Qué quiere de mí ahora, Marshall?

El que se hacía llamar Gregory se lo dijo en pocas palabras. Whitfield y Duncan debían morir sin tardanza, y tenía que ser Winter quien les matase, o quien declarase haberlos matado.

—Y ¿por qué tengo que ser yo? —Gruñó, irritado.

—Porque nadie le pedirá cuentas. Estos dos tipos mataron a Jessica Trenton. Cuando usted quiso detenerles, le recibieron a balazos; tuvo que matarlos, en legítima defensa. Todo el mundo le creerá... aunque esos tipos sean agentes federales.

—¿Agentes federales? —saltó, alarmado, Winter—. Pero ¿no me dijo usted que no lo eran, que los carnets que exhibían habían sido falsificados?

—Lo que yo dijese —contestó Marshall, eludiendo una respuesta directa— importa poco ahora. Lo que interesa es su desaparición. Y usted tiene que encargarse de ello.

—Pero si pertenecen de verdad al

F. B. I...

—¡Basta, Winter! No consiento que nadie discuta mis órdenes. Si duda, si vacila, puede ser muy peligroso. Tengo algunos documentos que...

El *sheriff* trababa una dura lucha consigo mismo. Temía a Marshall, indudablemente; pero también las consecuencias del crimen en perspectiva. Irresoluto, su mirada fue de unos a otros, sin saber qué hacer, ni qué resolución tomar.

—¡Cuidado, Winter! —le advirtió Fred—. Si asesina a un inspector y un agente del F. B. I, para servir a un espía extranjero...

—¿Quién es el espía extranjero? —le interrumpió, sorprendido, el *sheriff*.

—Marshall. Ni es americano ni lo es el dinero que maneja. Sirve a la propaganda de nuestros enemigos. Si leyera los periódicos rusos, si oyese las radios de Praga o Varsovia...

—¡Silencio, cerdo! —le interrumpió, colérico, Gregory, asestándole un puntapié, sin dejar de apuntarle—. Una sola palabra más, será un balazo.

Whitfield simuló que el patadón recibido le había hecho un efecto terrible, doblándose sobre sí mismo, con un gesto de sufrimiento en el semblante. Belle Layton saltó entonces. Enfrentándose con el *sheriff*, gritó:

—¿Es capaz de consentir todo esto, Winter? ¿Dejará que me asesinen a mí también?

—¿A usted? —preguntó, incrédulo, el *sheriff*.

—¡Seguro! Primero matarán a Fred y a su amigo; luego me asesinarán a mí, porque...

—¡Cállate, perra! —intervino, colérico, Shinwell, abofeteando, furioso, a la muchacha.

Para el *sheriff*, aquello resultó excesivo. Había caído muy bajo; estaba dispuesto, incluso, a colaborar con Marshall, aun sabiendo ya quién era. Pero había nacido en el Sur, estaba imbuido de todas las ideas caballerescas del Sur respecto a la mujer blanca; no sospechaba que Belle pudiera tener sangre negra en las venas, estaba un poco enamorado de ella y no pudo contenerse:

—¡Cobarde! Por pegar a una mujer, merecía que le cosiera a balazos...

Con movimiento rápido, había sacado un «Colt», apuntando con él a Shinwell, que le miraba, asustado. Conte saltó sin vacilaciones. No simpatizaba con Winter y creía llegado el momento de demostrarlo.

—¡Quieto, *sheriff*, o le liquido!

—¿A mí? —preguntó, entre sorprendido y colérico, Winter, volviéndose hacia Dennis—. ¿Liquidarme a mí tú, cerdo? Antes os barreré a ti y a ese cochino de Shinwell, que...

Archibald era cobarde y estaba asustado. Temió que el *sheriff* llevase a la práctica su amenaza y quiso adelantarse. Aprovechando el instante en que su adversario se volvía para enfrentarse con Dennis, hizo fuego. El balazo hirió en mitad de la espalda a Winter, que lanzó un alarido, pero tuvo fuerzas para girar sobre sus talones, gritando:

—¡Canalla! ¡Traidor!

Cada palabra fue acompañada de un disparo. Los dos dieron en el blanco propuesto. Herido en el vientre y el pecho, Shinwell soltó la pistola y rodó por el suelo, mientras de sus labios se escapaba un grito de agonía.

—¡Toma, imbécil!

Dennis Conte hacía fuego ahora sobre el *sheriff*. No dejó de apretar el gatillo ni cuando le vio caer de rodillas. Enloquecido por el dolor, sintiéndose a punto de morir, con los ojos velados ya por

espesas tinieblas, Winter siguió disparando en todas las direcciones, sin saber exactamente contra quién, tratando inútilmente de alcanzar a un enemigo que tenía a su espalda.

Marshall saltó hacia la puerta, queriendo librarse de los balazos, mientras gritaba órdenes, que nadie oía ni nadie se cuidaba de cumplir. Se produjo una confusión espantosa. Dennis Conte tiraba ciego sobre el *sheriff*, deseando terminar cuanto antes con él; Belle se había arrojado detrás del diván, huyendo de la lluvia de plomo; Duncan, pese a su debilidad, acometió al marinero, tratando de arrebatárle el arma que empuñaba, y recibiendo un balazo en el pecho.

Sin perder la cabeza en tan dramáticas circunstancias. Fred supo sacar todo el partido posible de la confusión reinante. De un salto se tiró al suelo cuán largo era, pero en forma que su mano derecha alcanzó la pistola perdida por Shinwell. No perdió tiempo en levantarse para manejarla, y sus adversarios comprobaron pronto su terrible puntería.

Duncan se derrumbaba en aquel instante; pero el marinero que le hirió no tuvo tiempo de gozarse en su victoria. Un disparo de Whitfield le alcanzó entre las dos cejas y estaba muerto antes de caer a tierra. Fred volvió a disparar, y Dennis sintió en el hombro izquierdo el mordisco doloroso del plomo. Furioso, tiró a su vez; poro demasiado alto, para herir a su enemigo. Un nuevo balazo, que silbó muy merca de su cabeza, le hizo comprender el peligro que corría, y fue suficiente para que en dos saltos ganase la puerta del camarote para salir a cubierta.

Igual determinación adoptó Gregory L. Marshall. No estaba herido; ni siquiera tuvo Fred tiempo de tirar contra él. Pero, astuto y prudente siempre, entendía que era preferible que les siete secuaces que tenía en el yate se encargasen de liquidar a Whitfield, sin necesidad de poner en grave riesgo su preciosa existencia. Al salir del camarote lo hizo, gritando a voz en cuello:

—¡Aquí, todos! ¡Deprisa!

Acudieron todos a la carrera; venían empuñando armas de todas clases, incluyendo dos pistolas ametralladoras. Marshall sonrió, satisfecho, al verles. Todavía tenía todos los triunfos en la mano. Levantando la voz, invitó a Whitfield a entregarse. Si pretendía resistir, moriría antes de dos minutos.

—Si me entregase, me ocurriría lo mismo. Prefiero seguir luchando.

—¿Se olvida de Belle, muchacho? ¿Será capaz de condenarla a morir, sólo por la esperanza de prolongar su vida unos segundos?

Fred calló, vacilante, mirando en torno suyo, en tanto que mentalmente se repetía la pregunta que acababa de hacerle Marshall. Fue la muchacha quien se encargó de darle la respuesta. Había salido a rastras de detrás del diván; ahora, cogiendo la pistola, perdida por el marinero muerto, estaba al lado de Whitfield. Con suavidad y firmeza, repuso:

—Yo prefiero... ¡luchar y morir a tu lado!

La contestación debió llegar a oídos de los secuaces de Marshall, porque fue seguida de una lluvia de balazos. Ninguno de los forajidos se atrevía a mostrarse de lleno en la puerta, contenidos por los disparos de Fred y Belle. Pero las pistolas ametralladoras barrían con sus ráfagas el interior del camarote. Aunque las primeras ráfagas fueron altas, no cabían muchas esperanzas de salvación.

—Me parece que se acerca el final —murmuró Whitfield.

—Mejor es caer así que asesinados a sangre fría —replicó la joven.

Los que manejaban las pistolas ametralladoras procuraban bajar la puntería, acribillando el suelo. Un rebote de bala alcanzó a Belle en la pierna derecha, haciéndole lanzar un grito de dolor; otro balazo produjo un rasponazo profundo en la cabeza de Fred que sintió un dolor agudo, mientras un hilillo de sangre le corría a lo largo de la frente.

Alargó la mano izquierda y cogió a Belle, atrayéndola hacia sí. La muchacha acercó su boca a la de Whitfield y le besó en la mejilla. Ninguno de los dos habló una sola palabra, pero ambos sabían que aquél podía ser, sería probablemente, su último beso.

Repentinamente oyeron voces confusas en la cubierta, seguidas de una serie de descargas. Automáticamente dejaron de disparar contra ellos los secuaces de Marshall. En el puente del yate se entabló una lucha violenta y enconada. En un principio, Fred no acertó a comprender lo que aquello significaba. La muchacha, en cambio, lo adivinó en el acto.

—¡Estamos salvados, Fred! ¡Salvados!

Jubilosa se puso en pie. Incluso se inclinó sobre Whitfield para ayudarlo a incorporarse. Fue un gesto que estuvo a punto de costarle la vida. En aquel instante, apareció Marshall en la puerta. Venía con el pecho ensangrentado, una pistola en la mano y una expresión desesperada en el semblante. Al ver que la muchacha le volvía la espalda, una lucecita homicida brilló en sus pupilas. Levantó la pistola murmurando:

—Por lo menos...

Si sus balazos no se hundieron en la espalda de Belle, la culpa no fue suya por entero. Desde el suelo, Whitfield había presenciado su aparición y adivinado sus intenciones. Tiró con rapidez, sin perder tiempo, en advertencias innecesarias. Herido en la cabeza, Marshall giró sobre sus talones antes de caer pesadamente de espaldas.

Belle lanzó un grito de horror; luego se abrazó, sollozante, a Fred, que se incorporaba en aquel instante. Un segundo después un grupo de hombres armados irrumpían en el camarote. A su frente venía el teniente Gaynor, que contempló impresionado el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Señalando el cadáver de Winter, preguntó a Whitfield:

—¿Le mató usted?

—No. Fueron sus propios amigos; Shinwell y Conte. Se enfrentó con ellos por defender a Belle.

—Acaso haya sido mejor así —murmuró, impresionado, el teniente—. De cogerle vivo hubiera pasado un mal rato.

—Por lo menos —comentó, piadoso, Fred—, supo morir con un gesto de hombre. Y un buen morir...

No acertaba, sin embargo, a comprender la oportuna llegada del teniente Gaynor y los agentes de la policía local; como tampoco se explicaba que desde el primer instante se colocasen de su lado. La llegada del padre Baldwin sirvió para que comprendiera ambas cosas.

—Telefoneé a Washington, señalando el peligro en que ustedes se encontraban. Hice que desde allí llamasen al teniente Gaynor. Lo demás...

El teniente Gaynor entró en acción tan pronto como le hablaron desde el Estado Mayor del

F. B. I.

Había tenido una discusión violenta con Winter acerca de Fred, por

estar convencido de que era auténtico el carnet entregado por el inspector de la policía federal. El *sheriff* no quiso escucharle y se marchó al ser llamado por Marshall, sin decir adónde se dirigía.

—Cuando luego de hablar con Washington me dijo el padre Baldwin dónde podían estar, temí que les hubieran matado. Por suerte, llegamos a tiempo...

—Quizá un poco tarde —repuso Fred—. Me hubiese gustado coger vivo al caballero que se hacía llamar Gregory L. Marshall.

Pero si éste había muerto, y estaban muertos también Shinwell y Winter, pudieron coger vivo, aunque herido, a Dennis Conte y a cinco de los secuaces de Marshall. Con sus confesiones y la abundante documentación encontrada en el «Sea Bird», en el Beach Hotel y en las oficinas de la International Trade Company, fue posible aclarar todo lo sucedido en Florida, durante los últimos meses.

Provisto de dinero en abundancia, un agente extranjero —Marshall— había estado sufragando y alentando la intolerancia racial; aliado con pistoleros e irresponsables, utilizando los prejuicios de las masas y la ceguera de algunas autoridades, organizaba incidentes, asaltos y linchamientos de las gentes de color. Con ello no sólo sembraba el descontento y el malestar entre los catorce millones de negros habitantes en los Estados Unidos, sino que proporcionaba argumentos de primera fuerza a la propaganda antiamericana.

—Hoover rió con claridad el peligro y me dio instrucciones concretas antes de mandarme a Florida. Yo he tenido la suerte de descubrir a los culpables. Y digo suerte, porque la fue, y grande, encontrarte a ti. Belle, y que tuvieses el valor de hablarme como lo hiciste.

—¿Cuándo te dije que acabarías siendo un asesino de continuar al lado de Shinwell y Conte? —preguntó la muchacha, y Fred asintió.

Volvían ambos en coche del hospital donde Jefferson M. Duncan acababa de ser operado de la herida del pecho con resultados satisfactorios. Para entonces, ya los forajidos estaban en la cárcel, y Whitfield había recibido la entusiástica felicitación de sus jefes. De pronto Belle recordó unas palabras de su acompañante y le preguntó, con un ligero temblor en la voz:

—¿Y me querrás aunque resulte que yo... que Betty...?

—¿Sea tu madre? ¡Naturalmente! Te quiero siendo quien eres y cómo eres. Yo no tengo prejuicios raciales.

La muchacha le abrazó conmovida. Con un resto de temor recordó a Whitfield su afirmación de que se arrancaría el trozo de piel que hubiese besado una negra. Parando el coche, Fred volvió a besarla, mientras decía satisfecho:

—Tú no eres negra, querida. Y aunque lo fueses, no podría librarme de ti. Te llevo tan dentro, que no sólo tendría qué arrancarme la piel, sino el corazón. Y eso...



APARECERA

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

